

"EL MUNDO EN AUTO"

REVISTA DE ORO



**MAGAZINE
DEL HOGAR**

VOL. III

50

© Biblioteca Nacional de España

N.º 24



MÁQUINAS Y HOJAS DE AFEITAR



VOL. IV
JULIO 1926
Nº 24

EL MUNDO EN AUTO
REVISTA DE ORO
MAGAZINE
DEL HOGAR

SUMARIO

PORTADA, por I. Padró

CARICATURA, por Apa

PÁGINAS
DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA

LA COMPAÑÍA NACIONAL DE
INDUSTRIAS DEL TURISMO,
por Santiago Vinardell

PICOTÍN, EL HÉROE CINEMATOGRAFICO

LA CASITA SOÑADA

LA CASILLA EN LA HEREDAD

LA NECESIDAD DE ALIARSE

JUAN COLOM EN EL LUXEMBURGO

LA EXPOSICIÓN NACIONAL,
por Joaquín Ciervo

NOTICIARIO DE ARTE

LOS ENIGMAS

EL «DANDYSMO» O UNA IDEA SOBRE LA
HISTORIA DE LOS GRANDES ELEGANTES,
por Dalmacio de Mur

PAGINAS DE LA MODA. — DOS MODELOS DE
VESTIDOS DE TARDE. — BLANCO Y NARANJA. —
OTROS MODELOS DE VESTIDOS DE TARDE. —
UN DESHABILLE Y DOS TRAJES PARA JOVENCI-
TAS. — LA MODA EN LA PLAYA.

HISTORIA DE UN ALMA FUERTE, por
Aurelio Mago, ilustraciones de J. Dalmau

LA CULTURA ARTÍSTICA
EN LOS ESTADOS UNIDOS

ROMAIN ROLLAND*

EN PIJAMA NARANJA, por Luis Góngora

SARAH BERNHARDT, por Uno de la Pluma.

EL MUNDO DE LA PANTALLA. — CONSTANCE
TALMADGE. — ¿UNA NUEVA ESPAÑOLADA? —
BUSTER KEATON, EL HOMBRE QUE NUNCA RÍE
PARA HACER REIR. — LOS FAVORITOS DE LA
MODA NO SON SÓLO LOS MODISTOS. — TRAJES
Y ESTRELLAS. — LOS ANDALES EN LA PANTA-
LLA. — ¿FANTASÍA O REALIDAD? — ROMANTICIS-
MO MECÁNICO. — CORINNE GRIFFITH Y EL DOCT-
OR VOHONOFF — ENTRE ARTISTAS Y LITERA-
TOS. — EL PRIMER ACTOR CINEMATOGRAFICO,
O LA SINCERIDAD DE UNA «ESTRELLA».

ALGO DE TÉCNICA NAVAL,
por Emerenciano Roig

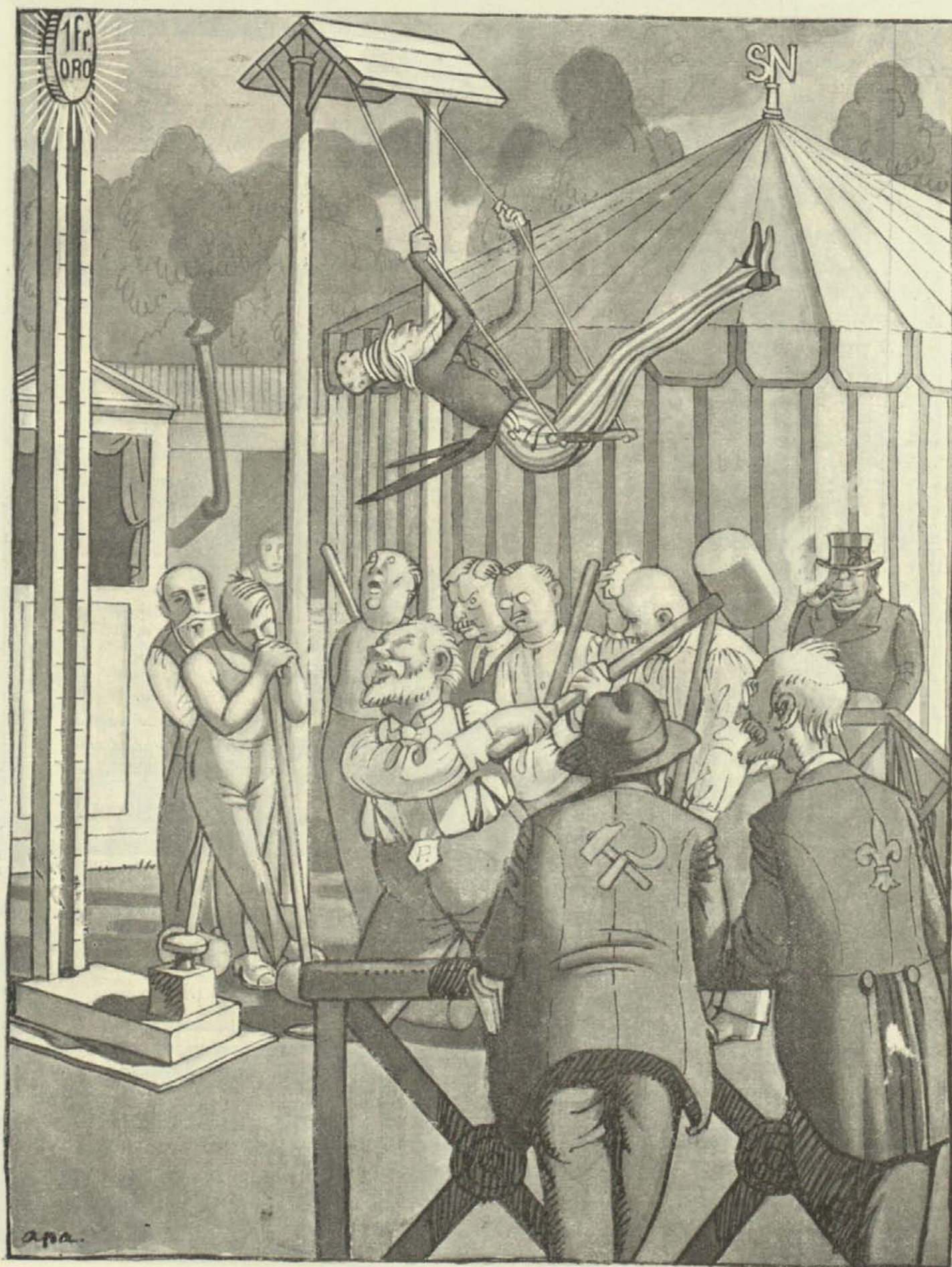
ELISENDA DE MONCADA Y LA FUNDA-
CIÓN DE PEDRALBES, por A. de Castellbó

LA AVENTURA DE MISS BERTHA,
por Guillermo de Sangermán
Ilustraciones de Miret

EL PARAGUAS GENEROSO, por Barradas

AVENTURAS EXTRAORDINARIAS DE
MOSQUILLA Y SU PERRO,
ilustradas por Serra Masana

EN LA VERBENA INTERNACIONAL



Uno de los que están de espaldas: — El golpe bueno va a ser el que cualquier día vamos a dar nosotros!...



Páginas de Historia Contemporánea



NUESTROS recelos y desconfianzas ante las Conferencias del desarme son compartidos en todos los países de aquende y allende los mares. Pero hay que reconocer que los políticos que a ellas asisten necesitan gozar de no vulgares dotes diplomáticas para representar en ellas satisfactoriamente su papel; para acertar a hermanar los fines particulares que a ellas los llevan con los generales que se hacen públicos; para salvar decorosamente las apariencias; para "hallar la fórmula", como se

EUREKA



§ I. — Queda acordado el desarme.
§ II. — Naturalmente, esta decisión no atañe en lo más mínimo a la capacidad de las naciones para armarse.

(Lachen Links, Berlín)

decía entre nosotros en tiempos parlamentarios.

En las últimas sesiones de Ginebra sobre el desarme, se ha hallado también, según Lachen Links de Berlín, la fórmula salvadora. ¡Eureka! Los acuerdos tomados podrían, según el citado, condensarse en estos dos artículos: "Artículo primero. Queda acordado el desarme; Artículo segundo. Naturalmente, esta decisión no atañe en lo más mínimo a la capacidad de las naciones para poder armarse."

LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES ATASCADA



Marte. — ¿Qué sucedería si añadiera yo mi peso encima?
(Groene Amsterdammer, Amsterdam)

EN la Sociedad de las Naciones tenemos la misma fe que en las Conferencias del desarme. Es una cosa muy lógica y muy humana, que cuando a uno no le guardan la consideración a que se cree merecedor, o no le dan lo que piensa que es suyo en un sitio donde está por su libérrima voluntad, se marche. Y eso pasa y pasará en la Sociedad de las Naciones.

Ahora, por una cuestión que podríamos llamar preliminar, aunque de innegable importancia — la cuestión de determinar cuántos y quiénes han de formar su Consejo Permanente —, está atravesando la Sociedad de las Naciones una crisis agudísima que amenaza poner en peligro su misma existencia. España, Brasil, China y no sabemos si alguna otra potencia, amenazan con retirarse.

Cada vez que como alto tribunal arbitral sentenciara un pleito internacional, veríamos retirarse de su seno a alguna potencia que se creyera sinceramente lesionada en sus derechos. Y no sabemos si la sentencia sería acatada. Y tampoco sabemos si cada laudo de paz sería precisamente origen de una guerra.

Es lo que representa gráficamente *De Groene Amsterdammer* de Amsterdam. Marte contempla atascado el carro de la Sociedad de las Naciones sobre un frágil puente que amenaza hundirse; y piensa: "¿Qué sucedería si añadiera yo mi peso encima?"

NO le faltarán a la Sociedad de las Naciones asuntos en que intervenir, ni pleitos que resolver, ni quejas que escuchar. Lo que es lo

mismo, desgraciadamente, que decir que cuando salga de un bache caerá en otro peor. Sin ir más lejos, ahí está la cuestión colonial italiana, de la que Italia quiere también hacer cuestión previa antes de ponerse a discutir de desarmes ni de otras, para ella, secundarias cuestiones.

Italia es un pueblo pleotórico de población; su península europea y las tierras vecinas de Trípoli no bastan para contener la fecundidad de la raza; por otra parte tiene interés en evitar la corriente emigratoria que afluye a la América española, y que al desembocar en el mar de la raza hispana perdía por fuerza su carácter originario para tomar, con el tiempo, el de la raza que los absorbía. Italia, pues, necesita colonias donde expansionar su vitalidad. Y desea



Miss Albion y Mariana. — Sentaos, querida, y hablaremos un poco de desarme.

Italia. — Imposible; no he de reanudar tal discusión con vosotras hasta que pueda sentarme en un sillón tan cómodo como el vuestro.

(Il 420, Florencia)

que la Sociedad de Naciones le resuelva el urgente problema, antes de meterse a discutir ningún otro.

Gráficamente lo representa *Il 420*, de Florencia. Inglaterra y Francia, dos matronas cómodamente arrellanadas en los confortables butacones de sus extensos imperios coloniales, invitan a Italia a departir con ellas sobre el desarme, y le indican que tome asiento en el incómodo taburete de su pequeño dominio colonial. Pero Italia responde con toda claridad: "Imposible; no he de reanudar tal discusión con vosotras hasta que pueda sentarme en un sillón tan cómodo como los vuestros."

EN vista de las enormes dificultades que amenazan la vida de la Sociedad de las Naciones aun en el

AMÉRICA INDEPENDIENTE



—Soy de parecer que cada país se cree su propia Sociedad de Naciones.

(Der Götz, Viena)

mismo punto esencial de su constitución, se hacía preciso también hallar otra fórmula salvadora. El Brasil se aleja de la Sociedad, por creer que los intereses de América no son debidamente atendidos ni están proporcionalmente representados en la Asamblea. Las naciones americanas, en general, participan también de la opinión que asegura que la Sociedad de las Naciones es un organismo puramente europeo. La fórmula, pues, se veía brotar espontáneamente: hacer otra Sociedad de Naciones Americanas para arreglar los asuntos de los pueblos del nuevo continente. Pero el entendimiento camina más aprisa que la realidad, y ya alguien ha pensado en el caso — indudablemente posible — de que en ese futuro organismo americano, y en su congénere europeo, algún otro grupo de naciones se crea desatendido, y forme nuevas Sociedades de Naciones de más reducidas miras. Y así, pensando en nuevos cismas, no es ilógico que se pueda llegar a la molécula nacional, y no parece descabellado que alguien proponga algún día lo que ya profetiza *Der Götz* de Viena. “Señores: soy de parecer que cada país se cree su propia Sociedad de Naciones.”

EL día que esto suceda, habrá Naciones que lo sentirán sinceramente; sus sentimientos altruistas las llevan imperiosamente a interesarse por los demás, a saber lo que pasa en las casas ajenas, y si es posible a intervenir en ellas... siempre por el bien del prójimo, claro está, y con las miras más elevadas. Y la Sociedad de las Naciones puede servir para esto maravillosamente. Podemos comparar a la Sociedad de las Naciones con un casino o círculo en el que se reúnen los vecinos del pueblo, y donde, como “un terreno neutral,

puede cada uno enterarse de lo que pasa en las casas de todos los demás, y aún influir en su vida interna sin que se le pueda acusar de descarados entrometimientos en hogar ajeno.

Un ejemplo a mano de esta inclinación imperiosa a velar por el vecino. Austria salió de la guerra agonizante. Cercenada en su antiguo organismo, quedó empobrecida y deshecha, reducida a un territorio pequeño, presidido por una capital de dos millones de habitantes. Era como un cuerpo de niño con una cabeza de gigante, y de naturaleza depauperada. Las potencias le prestaron su ayuda económica, con el mismo desinterés con que un vecino ayuda a extinguir el incendio de la casa contigua a la suya; con el mismo altruismo con

EL FIN DEL CONTROL FINANCIERO EN AUSTRIA

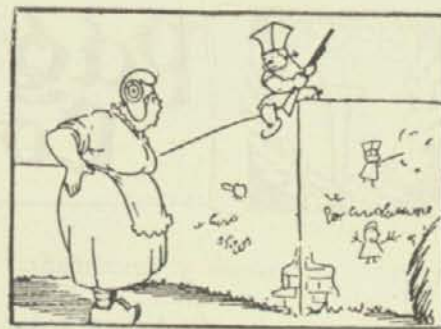


Italia. —Han conseguido ponerte de pie, pero esto no quiere decir que puedas caminar completamente sola.

(Pasquino, Turín)

que un equilibrista se esforzaría en que no cayera el compañero que le hace contrapeso al otro extremo del trampolín. Con esta ayuda y por el trabajo de gobernantes de primera talla, como el canciller Mons. Seipel, la exangüe Austria recuperó con rapidez insospechada un satisfactorio estado de salud.

Esto era un bien para todos; pero hubiera desagradado a muchos que Austria, ingratamente, quisiera desentenderse ya de ajenas ayudas. Por eso un alma caritativa, Italia, en nombre de todos, la amonesta maternalmente, según *Pasquino* de Turín. “Han conseguido ponerte de pie, — le dice —; pero esto no quiere decir que puedas andar ya completamente sola...”



Francia al polaco. —Ten prudencia, pequeño; ten en cuenta los sacrificios que yo he hecho por ti.

(La Sera, Milán)

OTRO ejemplo del mismo interés protector nos lo ofrece Francia respecto a Polonia. Polonia es como un niño a quien se hubiera restituido una herencia detentada largo tiempo por otros poseedores. Uno de los que ayudaron a que la herencia fuese restituida al niño heredero, es Francia. Da la casualidad que esta herencia la poseían antes unos señores respecto a los que Francia tiene mucho empeño e interés en que no sean excesivamente ricos y poderosos. Pero al fin y al cabo, cierto es que a Francia le ha costado no pocos sacrificios restituir su herencia al niño desheredado.

Pero he aquí que el niño parece algo travieso; un *enfant terrible*: le gusta manejar las armas, jugar a guerras y revoluciones y meterse en mil riesgos. Y Francia, alarmada, según *La Sera* de Milán, le dice al niño travieso: “Ten prudencia, pequeño; ten en cuenta los sacrificios que yo he hecho por ti.” ¡Si se malograra el niño! Si se llegara a poner otra vez en litigio su herencia!

Y con los quebraderos de cabeza que tiene Francia en su propia casa! No hay remedio de que no haya echado mano y que no le haya fracasado para contener la caída continua del franco que amenaza llevarla a la quiebra. Los mayores prestigios financieros se suceden y se retiran después de fracasar en la empresa.

Ultimamente había ciertas esperanzas en Caillaux. Se encargó de la cartera de Hacienda dispuesto a intervenir enérgicamente, a cortar por lo sano, a emplear en su terreno financiero la medicina de moda, el enérgico revulsivo de la dictadura. Para poner en práctica su plan necesitaba plenos poderes, y se propuso recabarlos del Parlamento, no sin esperanza de lograrlo.



El perrito francés. — Ya sabes que no me gusta hacer este ejercicio, y que ya otras veces has intentado obligarme a él.

M. Caillaux. — Ah; pero ahora tengo un látigo mucho mejor del que antes tenía...

(Punch, Londres)

Caillaux daba por descontado que, en posesión de tales recursos, había de triunfar en la empresa en que fracasara en anteriores tentativas. *Punch*, de Londres, lo consigna humorísticamente. Caillaux es un domador que, empuñando un látigo, enseña al perrito de lanas francés a hacer ejercicios de equilibrio sosteniendo un franco estabilizado sobre sus morritos. El perro se queja. "Ya sabes que no me gusta hacer este ejercicio. Ya has pretendido que lo hiciera otras veces." — Y Caillaux contesta: "Sí; pero entonces no tenía tan buen látigo como ahora."



El Impotente. — ¡Y pensar que no se os había ocurrido pedirme que os delegase mis poderes!...

(Le Rire, París)

POR cierto que el plan de Caillaux — aun prescindiendo del éxito o fracaso que pudiera coronarlo —, no le ha acreditado ante muchos de perspicaz pensador. ¡A quién ha ido a pedir poderes! Al Parlamento; al que no sólo ha sido impotente para lograr tal propósito por sí mismo, sino que ha esterilizado los esfuerzos ajenos. Sangrientamente se lo echa en cara Nob en *Le Rire* de París. El Parlamento, el señor absoluto que domina con tiranía absurda de fetiche, recibe a los que humildemente van a pedirle que delegue en ellos parte de su poder. Y él, el Impotente, jactándose de su poderío, exclama infatuado: "¡Y pensar que no se os había ocurrido antes pedirme que os delegase mis poderes!"

EL DESFILE INTERALIADO EN 1926.



(Le Rire, París)

PERO la realidad ha superado a la fantasía. Soñados o reales, el Parlamento no quiso delegar sus poderes, y Caillaux tuvo que caer. Con él cayó varios escalones más el franco. En las cajas del Tesoro francés quedaban las últimas monedas. Y los acreedores seguían presentando sus cuentas. El desfile interaliado del año 1926 frente al arco de triunfo, alguien lo vió convertido en dramático desfile. Dos *policeman*, uno inglés y otro yanki, llevaban al franco, —un *poilu* desmedrado y enfermo— amarrado con las cadenas de las deudas interaliadas. Así lo publicó *Le Rire*. Días después, los turistas ingleses y norteamericanos que visitaban París, eran obsequiados por los parisienses con claras muestras de inequívocos sentimientos.

LA VIDA EN PORTUGAL



—Ponte el traje de día de fiesta; esta tarde tenemos también revolución.

(Simplicissimus, Munich)

SUPONGO conocen Vds. el cuento del pastor, que después de haber gritado muchas veces ¡al lobo, al lobo! y engañado el vecindario, cierto día que el lobo vino de veras no encontró quien le creyera y le prestara auxilio. Pues algo así está pasando en Portugal. Acostumbrados como estamos a oír cada mes que en Portugal hay revolución, no lo vamos a tomar en serio ahora que parece que va de veras. La revolución de Gómes d'Acosta fué una cosa seria. Y sin embargo, a los cuatro días fué depuesto, detenido y desterrado a las Azores. ¿Contrarrevolución? ¿Inconsistencia de la obra? No. Mas propiamente diríamos *super-revolución*, confirmación de la obra emprendida. Gómes d'Acosta era un valiente, pero era impolítico. Fluctuante entre la debilidad más inexplicable y la violencia más imprudente, conducido por la camarilla que le rodeaba, comprometía la obra de la revolución misma, y el ejército que le siguió y le ensalzó, lo depuso, lo sacrificó en aras del triunfo de la misma revolución cuyo primer paladín había sido.

Este y no otro es el significado de la última revuelta de Portugal, y de la elevación al poder del general Carmona.

Sin embargo, para una mirada superficial, lo sucedido ha sido sencillamente *otra* revolución en Portugal; una de tantas. Tal para *Simplicissimus* de Munich, que pintando una escena de familia, hace que la mujer diga a su marido: "Ponte el traje de día de fiesta, porque esta tarde tenemos también revolución."

Las victorias a lo *Pirro*, están de moda. Mejor dicho, es que la frase ha hecho fortuna en estos últimos tiempos. Nosotros creemos que en todos los tiempos y en todas par-

LA VICTORIA A LO PIRRO



John Bull. —Ea, querido Baldwin; una victoria como esta equivale a una derrota. (Cuesta 300 millones de libras esterlinas).

(Il Travaso, Roma)

tes toda guerra ha sido un azote, y que también el vencedor, aunque no haya salido tan mal parado como el vencido, ha salido azotado y maltrecho. Y en fin, la Historia nos enseña, que siempre un número, mayor o menor, de victorias, siempre equivalen a una derrota, mayor o menor también.

Y hoy que las luchas, de todos los órdenes, se traban en tan enormes proporciones, no es de extrañar que la misma victoria sea un grave azote, si ya la misma lucha lo es.

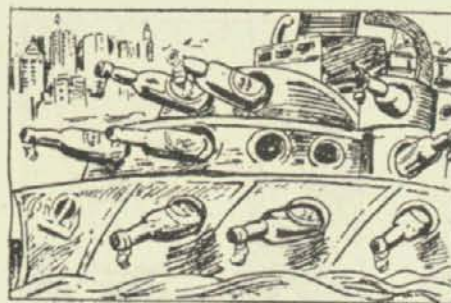
Por eso nos parece un tópico vulgar, si no es una insensatez, echar en cara a un vencedor que su victoria

ha sido una victoria a lo Pirro. Para *Il Travaso* de Roma, la victoria de Baldwin, del Gobierno inglés, en la última hulega general, que se dice que costó al país unos 300 millones de libras esterlinas, ha sido una victoria a lo Pirro. ¡Ayúdeme usted a sentir, amigo, y dígame lo que le hubiera costado la derrota, y apunte la diferencia a favor del Gobierno.

Y conste que en el fondo de la cuestión de la huelga ni entramos ni salimos!

La ley seca de los EE. UU. se nos antoja algo así como el capricho de un hombre rico que no teniendo trabajos se los busca deliberadamente. El derroche de energías y de autoridad que para mantener en vigor dicha ley se necesitan, induce a pensar que al país no le inquietan problemas de más fuste.

Pero debían, al menos, tener en cuenta los yanquis que a los demás mortales nos sobran las preocupaciones, para que ellos vengan a añadirnos otras nuevas. La ley seca molestará a los yanquis, y no digamos si también a los extranjeros que quieran visitarlos; pero molesta también aún a los que no ponen el pie en su territorio. Las Compañías de Navegación, especialmente, sufren más directa y continuamente las molestas consecuencias de



Un acorazado alemán en Norteamérica, tal como se lo representan los agentes de la prohibición.

(Lustige Blätter, Berlín)

tanto celo abolicionista. No solamente no permiten desembarcar licores, pero ni beberlos a bordo en sus aguas, ni llevarlos en el barco, si no es en depósitos sellados. Las molestias han llegado a tal punto que algunas Compañías navieras han suprimido escalas en puertos yanquis.

En la última visita que la escuadra alemana ha hecho a puertos de los EE. UU. los visitantes han debido de ser objeto de semejantes molestas importunidades. Según gráfico comentario de *Lustige Blätter* de Berlín, no se debieron preocupar mucho los yanquis en examinar el armamento de los acorazados alemanes. Los dedos se les hacían huéspedes de otra clase, y ya se les figuraba ver los cañones convertidos en *kolosales* botellas de vino del Rhin.

Mi nene precoz, robusto y sano es la prueba más evidente del maravilloso resultado obtenido con los

HIPOFOSFITOS SALUD



Los hijos que por debilidad ingénita nacen enfermizos y se desarrollan con dificultad, predispuestos a la tuberculosis ósea y al raquitismo, se transformarán rápidamente tomando este famoso Jarabe.

Desde las primeras tomas aumenta el apetito, el rostro aparece con vivos colores, se fortalecen los huesos y enriquece la sangre manifestándose al poco tiempo un espléndido desarrollo.

Más de 35 años de éxito creciente. Aprobado por la Real Academia de Medicina.

AVISO

Rechace todo frasco que no lleve en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD en rojo.

LA COMPAÑÍA NACIONAL DE INDUSTRIAS DEL TURISMO

LA CONSTITUCIÓN DE ESTA NUEVA SOCIEDAD REPRESENTA LA INCORPORACIÓN DE ESPAÑA AL TURISMO MUNDIAL Y ASEGURA EL ACRECENTAMIENTO DE LA RIQUEZA NACIONAL EN GRANDES PROPORCIONES

POR SANTIAGO VINARDELL

ESPAÑA está de enhorabuena. En su ímpetu ascensional, demostrativo de la intensa vitalidad colectiva que se manifiesta en tan diversos planos de la actividad, acaba de fijar su posición internacional de potencia turística de primer orden.

Unos años de innumerables esfuerzos individuales — plausibles tanteos dignos de mejor suerte — le han valido a nuestro país la formación de una conciencia colectiva capaz de advertir los innumerables perjuicios económicos, y hasta de orden moral, que nos proporcionaba nuestro alejamien-

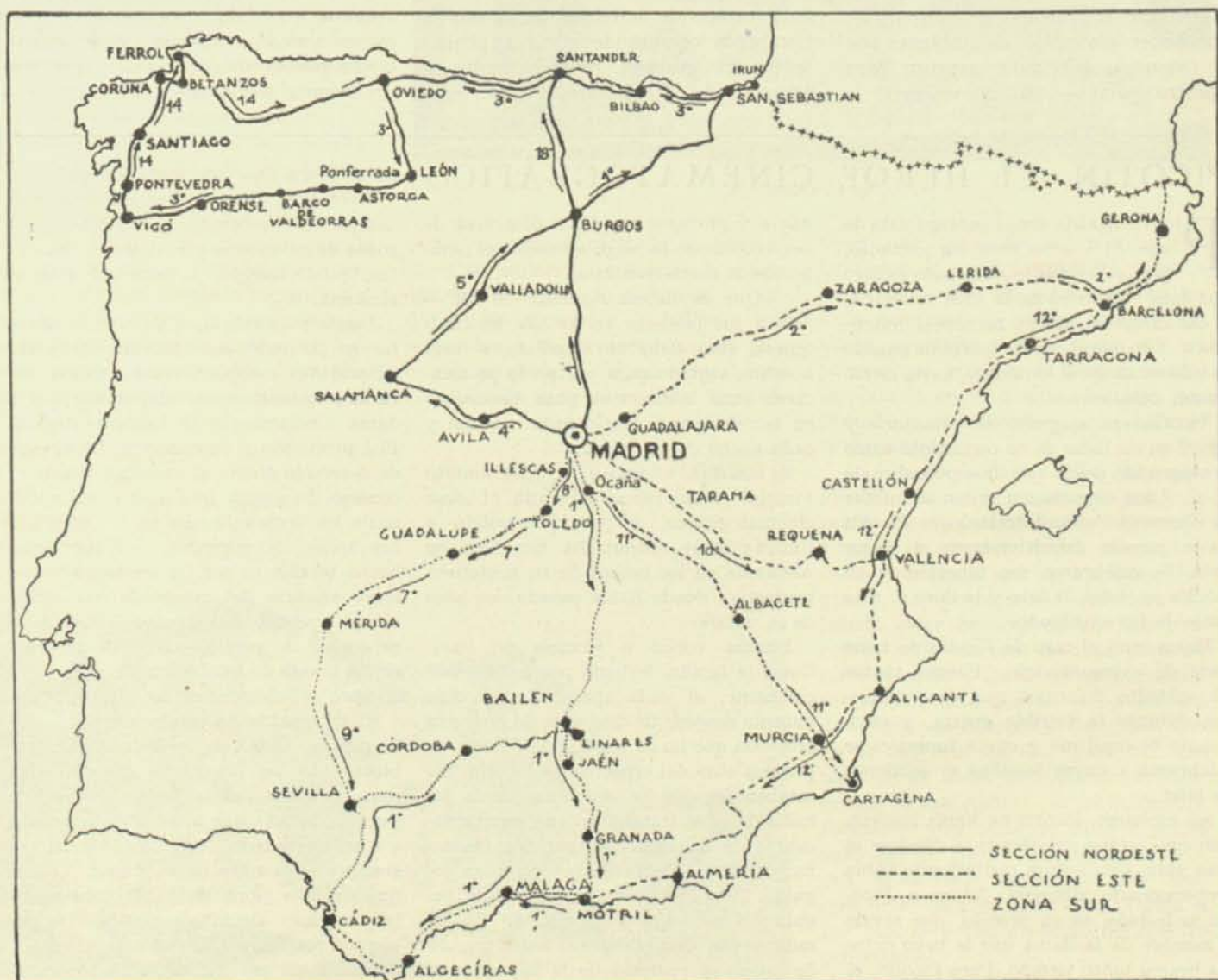
to de la actividad turística mundial organizada.

España, con ser fundamentalmente un país de turismo, constituía una laguna lamentable. Y así, durante años y más años, todo se ha reducido a intentos, tanteos y exploraciones.

El estudio completo de la realidad turística peninsular parecía inaccesible. Y la incorporación definitiva de España a la red turística internacional, que hace afluir ríos de oro a los afortunados países que están en condiciones de beneficiarse, se nos antojaba un sueño.

"Aquí — decíamos — todo está por hacer". Y, al decir esto, renunciábamos a todo intento. Es decir: mirábamos la riqueza turística de nuestro país como algo inexplorable. A lo sumo, el más resuelto, se limitaba a acusar de desidia al Estado, fiel a ese vicio tan nuestro de que todo se nos dé hecho. Y en tales condiciones, como es natural, el desarrollo del turismo, en todos sus aspectos, quedaba siempre en irrealizable aspiración.

Algunos lo plantearon dentro de límites modestos. No era este el ca-



Mapa del Circuito Nacional de firme especial creado para fomentar el turismo por R. D. de 9 de febrero de 1926

mino. Todo lo relativo al fomento del turismo hay que plantearlo en su vasta integridad si queremos para España el puesto de gran potencia turística a que tiene derecho en el concierto internacional.

Esto es lo que va a hacer la "Compañía Nacional de Industrias del Turismo" que acaba de constituirse.

En el número anterior de REVISTA DE ORO me cupo el honor de lanzar la noticia, para lo cual me valí de una conversación sostenida en el "Palace Hotel" de Madrid, por el grupo de fundadores, constituido principalmente por aristócratas madrileños y financieros catalanes.

Como suponía, mi anterior información acaba de ser plenamente confirmada. La nueva sociedad está en marcha. De ahí mi afirmación rotunda, en el primer párrafo de este artículo, al decir que España "acaba de fijar su posición internacional de potencia turística de primer orden". Y así es en efecto. La "Compañía Nacional de Industrias del Turismo", por haber planteado el problema con la extensión adecuada, asegura para nuestro país — sin chovinismo, ei-

primero y principal en interés turístico — la afluencia constante, normal y regular de turistas con el consiguiente acrecentamiento de la riqueza nacional en las mismas proporciones realmente espléndidas de que se pueden vanagloriar otros países que vienen desarrollando planes quizás no tan completos — de algo ha de servir la experiencia ajena — como el que la nueva entidad fomentadora del turismo va a desarrollar, desde este momento, aquí.

Puede asegurarse que asistimos a la inauguración de la era, fecunda y fecundante, del turismo español, con coincidencias tan felices como la de la creación, por el Estado, del circuito nacional de carreteras y el normal funcionamiento de la línea directa que la Compañía Transatlántica — tan afecta a la nueva Sociedad — tiene establecido entre España y Nueva York a base de lujo y unas comodidades capaces de satisfacer al turista más exigente.

El campo de actividad de la nueva Compañía comprende el área peninsular. El grabado reproduciendo el proyecto de "circuito nacional" pue-

de dar idea al lector de las que podemos llamar necesidades apremiantes las cuales obligan a la Compañía a cumplir uno de sus fines esenciales: promover, por todos los medios, el establecimiento de hoteles modelos de confort. Esto sin contar con las iniciativas que, indefectiblemente, surgirán en muchas poblaciones españolas al enterarse de que la "Compañía Nacional de Industrias del Turismo" cuenta con una organización que le permite dar todas las facilidades financieras para la construcción de hoteles o reforma de los existentes.

En fin, no creo que sea el momento de detallar todos los fines que la Compañía se ha impuesto por misión llevar a feliz término. Por hoy basta con dar la noticia de su constitución. Para que todo español pueda sentirse satisfecho al ver que, por el sólo esfuerzo de unos ciudadanos beneméritos, se cumple un deseo nacional, intensamente sentido, que incorpora España al mundo del turismo y le asegura, con ello, una fuente de riqueza saneada, positiva y de cuantiosas proporciones; riqueza que era un crimen social desaprovechar.

PICOTÍN, EL HÉROE CINEMATOGRAFICO

PICOTIN podría ser el protagonista de una film sensacional en jornadas, porque lo que le ha pasado es algo que está muy lejos de la vida ordinaria, y cae directamente en la novela folletinesca. Y lo que él cuenta que le ha pasado es más sensacional todavía y, hasta cierto punto, caballeresco.

Picotin era sargento de infantería y figuró en las listas de su regimiento como desaparecido desde el 6 de septiembre de 1914. Años después, un tribunal militar de Clermont-Ferrand declaró que Picotin había pasado definitivamente a mejor vida. Se celebraron sus funerales y su familia se vistió de luto y le lloró y, más tarde, le fué olvidando.

Hasta aquí, el caso de Picotin no tiene nada de extraordinario. ¡Fueron tantos los soldados franceses que desaparecieron durante la terrible guerra, y cuya muerte se confirmó y cuyos funerales se celebraron y cuyas familias se vistieron de luto!...

Sin embargo, Picotin no había muerto, sino que estaba en Alemania dándose la gran vida. Una señora caritativa le había proporcionado albergue. Ahora a Picotin se le pide, en su proceso, que revele el nombre de la dama que le tuvo entre sus brazos tanto tiempo. Pero Picotin, el héroe cinematográfico, el caballero an-

dante y protagonista de la film viva de sus aventuras, se niega a revelar el nombre de la caritativa dama.

—¿Qué os habéis figurado de mí?— dice a sus jueces.—Yo no soy un cualquiera, sino todo un caballero, y este nombre, sagrado para mí, no lo pronunciarán mis labios sino para bendecirlo en secreto ¡para rezarlo cada mañana y cada noche de mi vida!...

Se nos dirá: «¿Cómo! ¿No había muerto Picotin? ¿Cómo resucitó Picotin, el héroe cinematográfico, y por qué volvió a Francia si se encontraba tan bien en Alemania en los brazos de su misteriosa protectora donde había pasado dos años de su vida?»

Picotin volvió a Francia en 1924. Como la familia le tenía por muerto oficialmente, al verle aparecer en la casa paterna después de diez años de ausencia creyeron que no se trataba de Picotin en persona sino del espectro de Picotin. No estaban seguros los miembros de la familia de si se trataba de una reencarnación o de una sencilla aparición fantasmagórica que debía desvanecerse en seguida. Pero Picotin no se desvanecía, seguía allí sonriente y emocionado. La familia se convenció de que se había muerto de broma y protestó de la superchería, de que no se hubiera muerto de veras,

para haberse ahorrado aquel terrible susto.

Picotin les convenció al fin de que su desaparición prolongada obedecía a razones de galantería y al deseo de fomentar, políticamente, la amistad franco-alemana.

Después de saludar a su familia, Picotin se presentó espontáneamente a las autoridades y explicó sus aventuras, callando, naturalmente, el nombre de la dama alemana que le había protegido. Fué procesado y encarcelado. Le acusan de desertión frente al enemigo, y ante el consejo de guerra que acaba de condenarle ha declarado que en un combate fué herido de gravedad, que fué luego hecho prisionero por los alemanes y que logró evadirse del campo de concentración, cayendo, después de haber sido prisionero de guerra, prisionero de amor en los brazos de esta dama alemana cuyo nombre se niega a revelar Picotin.

El tribunal le ha condenado a un año de prisión. Debía ser fusilado, y este hubiera sido un desenlace sugestionador para las aventuras de Picotin. No le han condenado más que a un año de prisión y a ser degradado. Pero él calla y callará siempre el nombre de su dama. Y dice que tiene la gloria de haber conseguido la paz franco-alemana mejor que los gobiernos respectivos en Locarno y en Ginebra. Y en eso Picotin, el héroe cinematográfico, tiene tal vez razón.

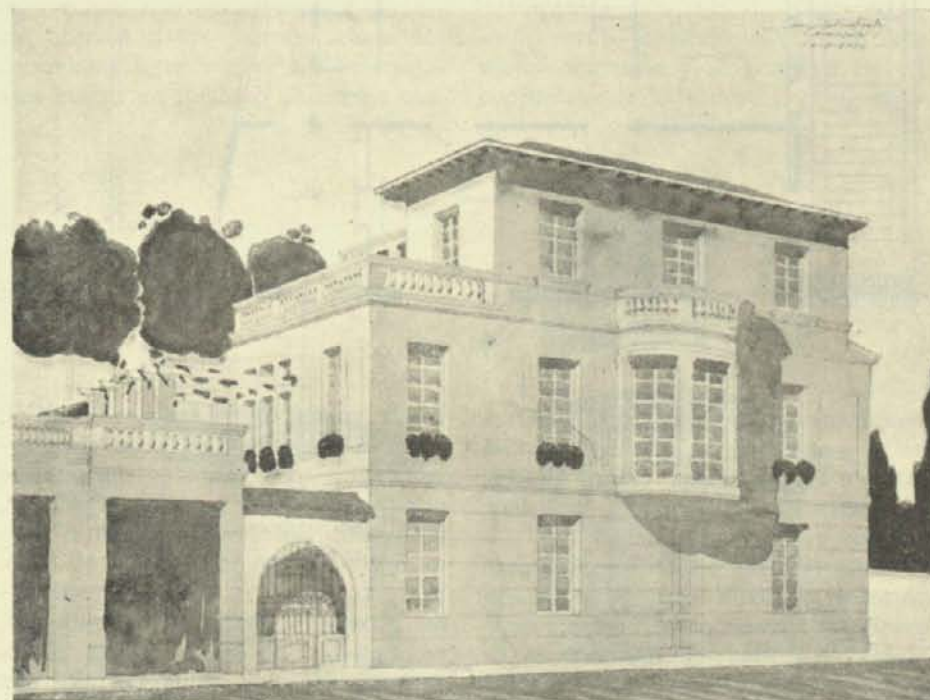
LA CASITA SOÑADA

CASA PROYECTADA PARA DON ILDEFONSO ARNAU, EN SAN JUSTO DESVERN,
POR EL ARQUITECTO DON AUGUSTO MIRET

Si hay una ilusión legítima es la de ser futuro propietario, la de gozar la vida en compañía de los seres amados, en una casita propia.

Pero si el futuro propietario es en cierto modo soñador, el arquitecto, debe ser un mago adivinador de aquellos sueños que pueden ser a veces irrealizables o difíciles de interpretar y más difíciles de resolver, porque con harta frecuencia el que ha soñado, o no ha sabido expresar claramente su dorada ilusión, o no la ha medido con las posibilidades de que dispone. Sin esta aptitud de adivino, de intérprete de ilusiones o sea, de los gustos, necesidades y preferencias del soñador, que debe tener el arquitecto, nunca será la obra proyectada la verdadera casita soñada, hecha a medida del deseo de su morador.

El arquitecto ha de tener además en cuenta la situación del terreno donde debe edificar. El terreno puede tener para el futuro propietario un valor sentimental que la construcción de la casa haga aumentar, o poseer un preciado recuerdo familiar, y por tanto, la casa construida en él podrá ser un motivo de legítimo orgullo. Otros valores materiales o morales pueden también acre-



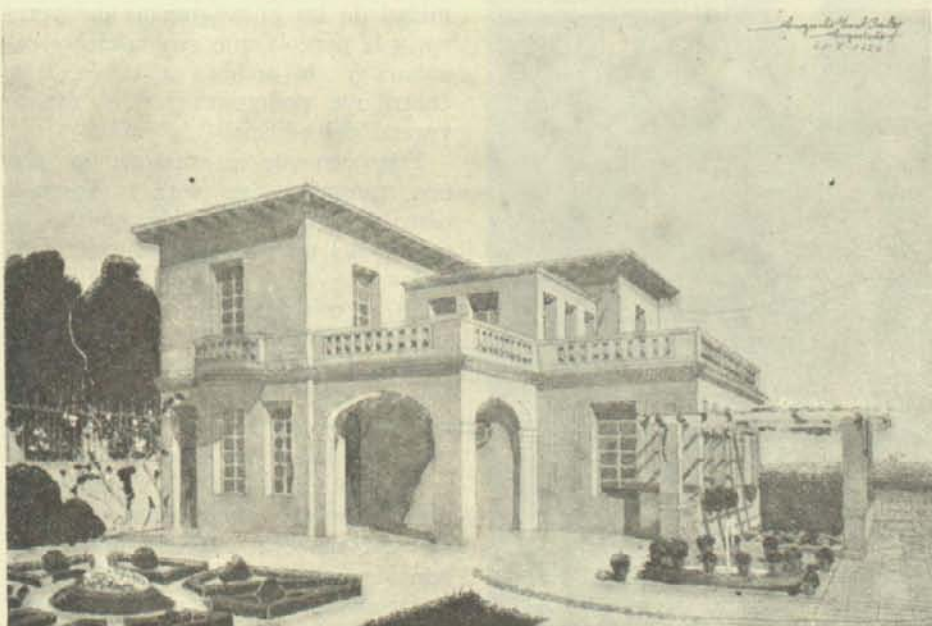
Fachada a la calle

centar el valor natural de un terreno, como su situación comercial, la vecindad del mar o de la montaña, y puede reunir atractivos y bellezas que respondan a las preferencias del gusto del propietario. Y es natural, que el estilo de la construcción haya de

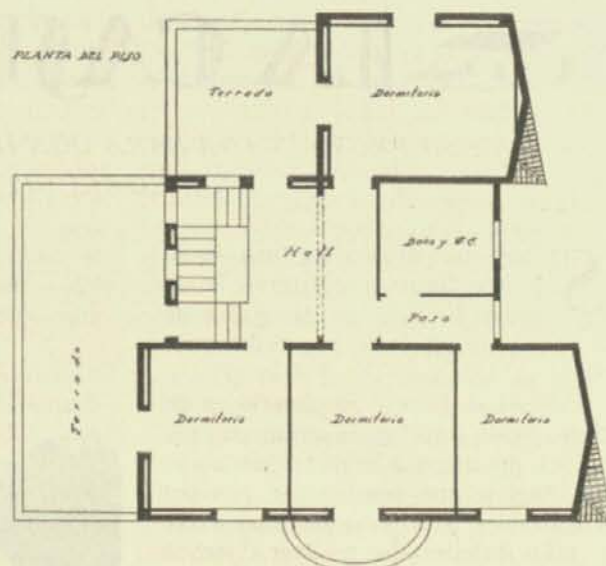
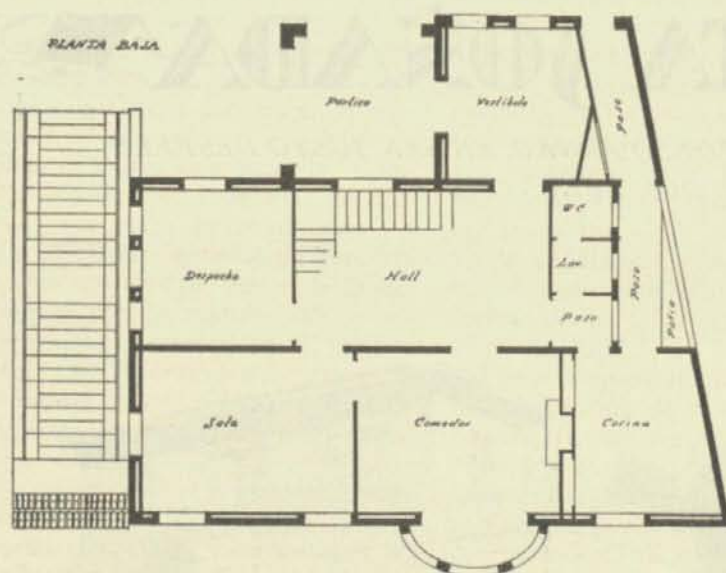
tener una marcadísima relación con su situación y emplazamiento, porque es evidente que un estilo que en un sitio determinado puede resultar bello y acertado y armonizar con el paisaje que le sirve de marco, puede, emplazado en otro sitio, resultar impropio y desentonar hasta hacerse desagradable.

La casita soñada debe ser algo identificado con la manera de ser y de sentir de sus habitantes; algo que, además de resolver todas las necesidades, satisfaga sus aspiraciones, sus gustos, sus preferencias. Además, debiendo estar de acuerdo con los preceptos de la estética, no cabe para un terreno dado y para un determinado propietario más que un corto número de soluciones correctas. De modo que en la mayoría de los casos, no tratándose de casas de alquiler, el ideal es no industrializar la arquitectura formando una serie de tipos *a priori* para que los futuros propietarios escojan, ni se debe hacer una casa, sino que debe hacerse la casa adecuada a los gustos y preferencias del futuro propietario.

Ejemplo de ello es esta casa proyectada para un terreno que reúne



Pórtico y pérgola



condiciones especiales. Aquí el terreno es naturalmente elevado sobre la calle en una altura de cuatro metros, y cortado irregularmente. No hay, ángulos rectos sino agudos.

Requiriéndose una habitación para porteros y además garage, se ha excavado el terreno para construir estas piezas accesorias en una especie de sótano, que resulta tal si se considera desde la parte posterior de la casa, pero que no lo es si se observa desde la calle. Es lo que en una de las vistas de perspectivas aparece como planta baja, y no aparece en la otra. La ancha puerta enrejada da acceso a una amplia escalera que, formada con escalones de sencillas baldosas de tierra cocida, y adornada a ambos lados y en todo su recorrido por grandes macetas de flores, conduce al jardín al nivel de la planta baja de la mansión de los dueños. La entrada principal se abre debajo y a uno de los lados del pórtico, como puede verse en la planta. Desde la primera habitación, que constituye el recibimiento, se pasa al "hall", decorado con la mayor sencillez, que es uno de los aspectos del buen gusto, pero de líneas estudiadas para que produzcan agradable efecto. El "hall" da acceso directamente a un despacho, a una sala, y al comedor, confortablemente decorado con una chimenea a la antigua usanza, y que dispone de una espaciosa y elegante tribuna, con la lejana perspectiva de la ciudad, al lado de la cual, cierra el horizonte la línea azulada del mar.

Indirectamente comunica también el "hall" con el tocador y el W.C., y con la cocina, que además, dispone de un corredor de salida para el servicio.

Expresamente se ha omitido el office.

En el piso, el "hall" comunica directamente con los tres dormitorios principales, y con los dos terrados y, por medio de un pasillo, con el dormitorio del servicio y con el baño. En esta planta se ha dado una forma especial a dos de los dormitorios, recortando, por decirlo así, la planta para suprimir los ángulos agudos que

le hubieran afeado por dentro y por fuera.

El carácter de la vivienda es el de una casa de campo o *masía* modernizada para hacerla confortable. Así la decoración se ha confiado en general al blanco de las paredes, al rojo del tejado y de los ladrillos, y en gran parte, a un elemento demasiado olvidado como recurso ornamental de la casa, al elemento vegetal, que ennoblece, alegra y decora en sumo grado la obra artificial que es la casa. Como elemento puramente ornamental sólo hay los simples recuadros que contribuyen a acusar las formas rectas generales.

En el jardín, un elementalísimo y elegante surtidor al estilo de los del Generalife de Granada, ameniza con su riente murmullo la paz y la intimidad de las horas quietas del verano, y la pérgola que generalmente engalana y da sombra a la escalera, contribuye poderosamente al ornato vegetal del edificio.

Por poco que se examinen los planos transcritos se verá la acertada distribución y el partido que se ha sacado del terreno y de los pies forzados.

Es, en conjunto, la casa amable que, sin la suntuosidad de la mansión del potentado, reúne la mayor suma de bellezas para dar a la vida la apacibilidad y bienestar complementarios y compensadores del afán de la lucha cotidiana. Es el templo familiar saturado de paz y bienestar y donde, de una manera discreta, amable y también confortable se rinde culto a la familia, en la que crecen y se forman nuestros hijos sanos de cuerpo y elevados de espíritu.



LA CASILLA EN LA HEREDAD

NORMAS PARA SU DECORACIÓN INTERIOR

SÉANOS permitido, antes de emprender la continuación del artículo que con el mismo título publicamos en nuestro número extraordinario de mayo, significar la satisfacción con que hemos visto reproducido uno de nuestros grabados y leído el amable comentario que la inteligente pluma del publicista madrileño don José Francés en *Nuevo Mundo* del 9 del corriente julio ha dedicado al mismo tema. Ello nos anima a proseguir, ampliando la simpática vulgarización de los muchos recursos con que, guiados por los elementos del buen gusto, podemos completar la decoración de la Casa del día de fiesta o *Casilla en la heredad*, como nosotros bautizamos este pequeño y asequible ensueño tan humano y justificado en el hombre que consagra los días al trabajo y merece un descanso sano y confortable en los de fiesta; a ello nos anima además la buena acogida dada por nuestros lectores a esta sección.

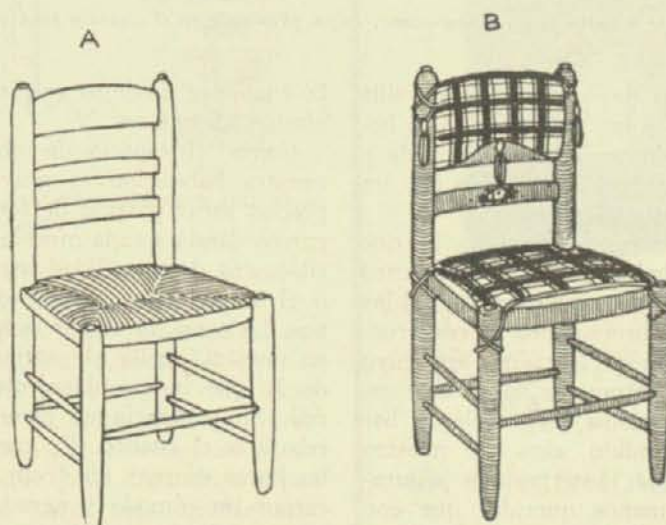
Empezaremos por detallar un sencillo y económico mobiliario, que no por ello dejará de ser estético, con lo cual armonizaremos los dos requisitos de nuestro ideal. La economía, la utilidad y la estética han de converger para formar el principal punto de vista de este trabajo de divulgación artística aplicada al hogar modesto y de sencilla elegancia.

Son muchos los objetos que a pesar de su modesto carácter reúnen li-

neas y proporciones correctas y de buen gusto. Todo consiste en saberlos aprovechar. Aprovecharemos pues estos objetos y los dignificaremos decorándolos ligeramente. No pretendamos buscar en modelos de mayor cos-

ta si se quiere tosco, nos resultará agradable, simpático y amable.

Pintemos esta silla de color nogal, azul, verde, o démosle el tono que mejor armonice y se combine con el conjunto que la rodea. Con guata y



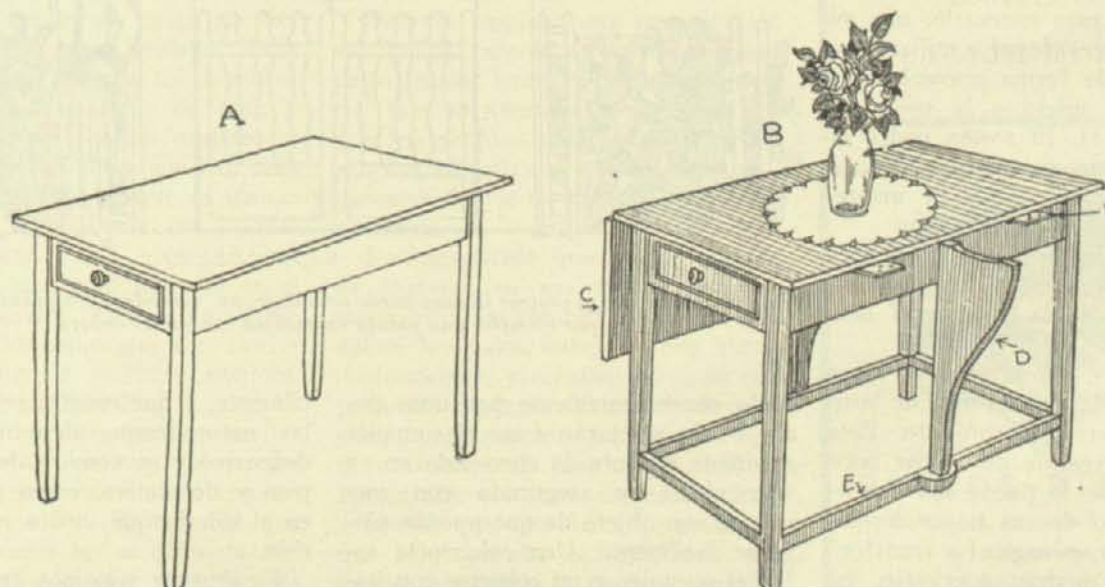
Con un poco de ingenio y buen gusto, una modestísima silla de enea se transforma en un mueble confortable y estético

te la estética indudable que poseen otros que aunque no sean vulgares ofrecen buen gusto.

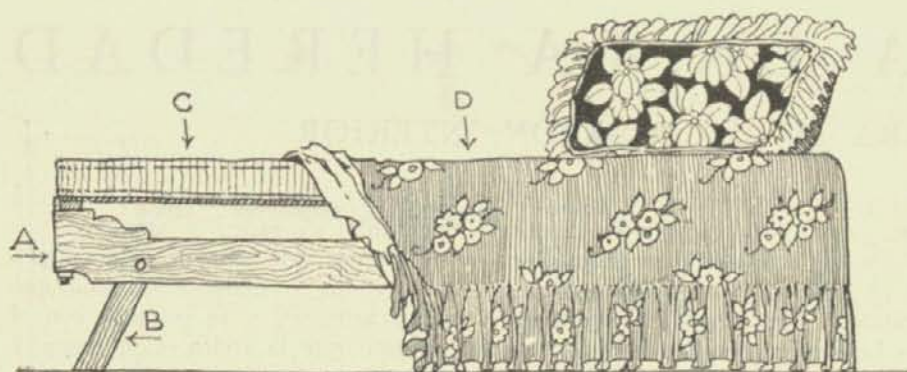
Un ejemplo de ello lo tenemos en esta democrática silla de enea. Escogamos el modelo más simple y corriente y, por consiguiente, más económico. No obtendremos una obra de arte, pero sí una silla bien proporcionada, cómoda, cuyo carácter sencillo y has-

cretona confeccionemos un cojín que colocaremos sobre el asiento de paja, sujetándolo a las patas de la silla con unos modestos cordones de pasamanería terminados en unas sencillas borlas.

Otro cojín confeccionado en la misma forma pero más delgado, lo aplicaremos sobre el respaldo sujetándolo igualmente con unos cordones.



La mesa de la cocina puede convertirse también en una mesa de comedor extensible y muy decorativa



He aquí cómo se construye un diván-cama, cuya presencia en el comedor será oportunísima

El aspecto de nuestra vulgar silla de enea habrá cambiado; tanto la hemos mejorado que está desconocida y todo ello lo hemos conseguido con un dispendio insignificante.

Un modelo nuevo, por sencillo que fuera, nos había de costar más caro ya que no podremos alcanzar en él las ventajas que proporciona la construcción en grandes partidas, en cuyo caso se encuentran las sillas de enea. Además a nuestra vieja silla la habremos infundido algo de nuestro gusto personal, interpretado seguramente por manos queridas que con habilidad le habrán comunicado el encanto que nos es más grato y entonces el valor moral ha aumentado considerablemente.

Ahora necesitamos una mesa de comedor. A este efecto transformaremos, del siguiente modo, una simple y corriente mesa de cocina en una de las llamadas de alas, añadiéndole dos hojas tal como lo muestra el diseño B y C. Estas hojas se fijarán fácilmente por medio de unas bisagras F, para que se extiendan en el mismo plano de la mesa, con lo cual conseguiremos, en caso necesario, una superficie dos veces mayor y utilizaremos un sostén D de forma conveniente, el cual quedará sujeto a la mesa por los ejes G y H. El sostén podrá girar lateralmente en caso de que las tablas de extensión quieran mantenerse plegadas.

La decoración de la mesa, siempre en estilo sencillo, se hará naturalmente igual a la de la silla antes descrita.

Un tapete y un jarro con flores sobre la mesa darán una nota de buen gusto y realzarán el conjunto. Esta mesa tiene la ventaja de ocupar poco espacio, pero se le puede dar extensión por medio de sus hojas desplegadas cuando convenga. La transformación, como podrá observarse, es sumamente económica y puede hacer-

la cualquier modesto carpintero o un simple aficionado.

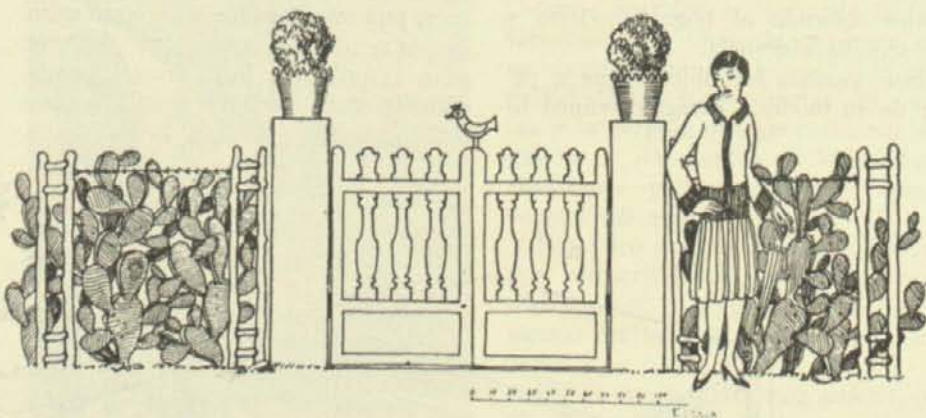
Como el espacio de conjunto de nuestra habitación es muy reducido, precisa sacar partido de todos los recursos dando a cada mueble, a ser posible, una doble utilidad según la hora o el servicio que deba proporcionarnos. La cama, la vulgar cama, tendría, en nuestra casilla, de antiestética, todo lo que indiscutiblemente tiene de útil. Su presencia en pleno comedor rebajaría el cuadro. En cambio, para las horas diurnas un diván puede hacernos un cómodo y agradable servicio, y es de más estético aspecto. ¿Por qué, pues, no hermanar las dos utilidades, combinando los servicios de día y de noche?

Construyamos el ideal diván-cama valiéndonos de un elemento que nos procuremos fácilmente: un sommier A al que mantendremos elevado del

adecuado y elegante, completarán el diván.

Junto a cada una de las dos ventanas de nuestra casita podremos colocar holgadamente un diván-cama. Si fuera necesario, retirando por la noche la mesa del comedor podríamos instalar en su lugar otro diván-cama. Con el cual dispondríamos ya de tres. Durante el día retiraremos este diván, plegaremos las patas del sommier y lo colocaremos encima de otro de los laterales, del que también se habrán plegado las patas. Una vez echado el cobertor encima, y colocado en su lugar junto a una ventana del comedor, tendrá el mismo aspecto y la misma altura que el diván instalado junto a la otra ventana, el cual habremos tenido cuidado de mantener con las patas desplegadas para guardar simetría.

Ya tenemos la casa amueblada con todo aquello que además de indispensable puede proporcionarnos comodidades y honesto solaz. Sólo nos falta cercarla y disponer una puerta de acceso al jardín, sin perder de vista que hemos de obtener todo esto por medios baratos y eficaces y sin descuidar tampoco la posible elegancia. La cerca la construiremos empleando unos troncos de árbol o estacas, que plantaremos en el suelo a distancia prudencial unos de otros, y sobre los que tenderemos, sólidamente sujeta, una línea de alambre de espinos en su parte superior. Junto a las estacas plantaremos chumberas, que se crían fá-

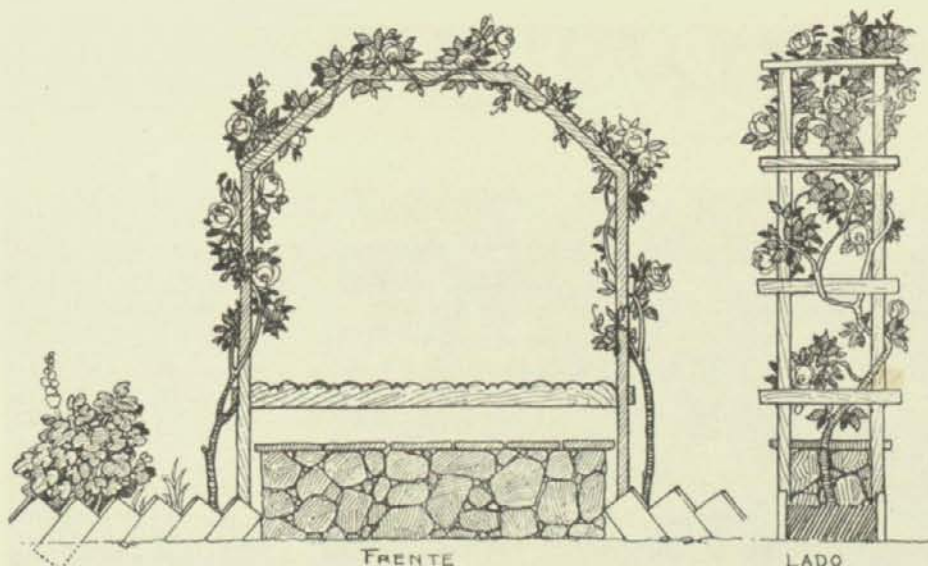


La cerca que rodea y protege la casa puede constituir un verdadero ornamento si se utiliza, por ejemplo, una planta caprichosa como la chumbera

suelo convenientemente por unas patas B. Se sujetarán éstas al sommier mediante un tornillo enroscado en su extremidad, y asegurado con una tuerca, con objeto de que puedan plegarse fácilmente. Una colchoneta sobre el sommier y un cobertor con volante de cretona, de dibujo y colorido

cilmente, y que constituyen por sí solas, naturalmente, algo inexpugnable, defensivo y económico, de aspecto típico y decorativo, como podrá verse en el dibujo que ilustra esta descripción.

Finalmente sólo nos resta ocuparnos de pequeños detalles para embe-



Una sencilla pérgola sobre un banco, constituye un respaldo fantástico y monumental, muy en armonía con el carácter de la casita

llecer el jardín, complemento y solaz de nuestra casita, que podemos realizar nosotros mismos a ratos perdidos y sin gran esfuerzo, lo que nos servirá de entretenimiento.

Un banco con una pequeña pérgola de construcción sencilla y unos ladrillos emplazados en el suelo, en sentido inclinado limitando los parterres donde crecerán las flores, conforme se ilustra en nuestro dibujo, animarán con una nota de distinción nuestra obra, económica, sencilla, pero amable y de buen gusto.

Como observará el lector la decoración propia de la casita en la heredad, no es de grandes vuelos: su ca-

rácter se hermana con el de la construcción. Es algo sencillo y sin importancia; pero cómo cambia el aspecto de la vivienda. Además, el ingenio de cada uno podrá aportar mil ideas diferentes y variadas. Pero nosotros hemos querido exponer algunas al alcance de todos, para demostrar la posibilidad de hacer más amable esta nuestra casita en la heredad, tan simpática y tan amada, para quien no puede aspirar a cosa mayor.

En números sucesivos nos ocuparemos de casitas más capaces, describiéndolas en detalle, e ilustrándolas con planos, dibujos y toda la información necesaria.

LA NECESIDAD DE ALIARSE

LA iniciativa, claro está, ha partido de Norte América, patria común de todas las excentricidades. Se ha fundado, hace poco tiempo, el club de los hombres que reciben malos tratos de obra y de palabra de sus propias mujeres.

Estos pobres hombres que han sentido la necesidad de aliarse, se llaman a sí mismos *El Club de los picados por las gallinas*.

Parece ser que para ingresar en el club son precisos varios requisitos. Son muchos los aspirantes a estas elevadas cohortes de valientes varones, pero pocos los admitidos.

Antes que nada es preciso desnudarse y mostrar sobre su cuerpo señales evidentes, sobre todo recientes, de golpes recibidos. El tribunal que admite los socios no se contenta con golpes y señales lejanas, pues es condición indispensable que los socios

reciban de las mujeres unos cuantos palos cada día.

Después empieza una investigación escrupulosa acerca de la autenticidad de los malos tratos recibidos. Es preciso que un miembro del tribunal vea por sus propios ojos cómo la esposa propina la paliza al marido para convencerse de que no se trata de una superchería.

Porque parece que es tal el afán de ingresar en ese club, puesto de moda, que los candidatos a socios se daban los palos entre sí, con armas contundentes, y echaban luego la culpa a sus mujeres. Y cuando llegaba, para investigar con sus propios ojos el miembro del jurado admisor, se encontraba con una mujercita dulce y blanda que adoraba a su marido y que sólo pensaba en endulzarle, por medio de carños y pudings, sus horas de permanencia en el hogar.

5 diccionarios en uno



DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO MANUAL

EN CINCO IDIOMAS

ESPAÑOL
FRANCÉS
INGLÉS
ALEMÁN
ITALIANO

Precio: **12** pesetas

Editorial "Pal-las", S. A.
Cortes, 719 - Tel. 326 S. P.
BARCELONA

y en todas las librerías



PIANOS-PIANOLA

CONTADO. PLAZOS - ALQUILER

Buenaesora, 5
BARCELONA

NUESTRA PINTURA EN EL EXTRANJERO

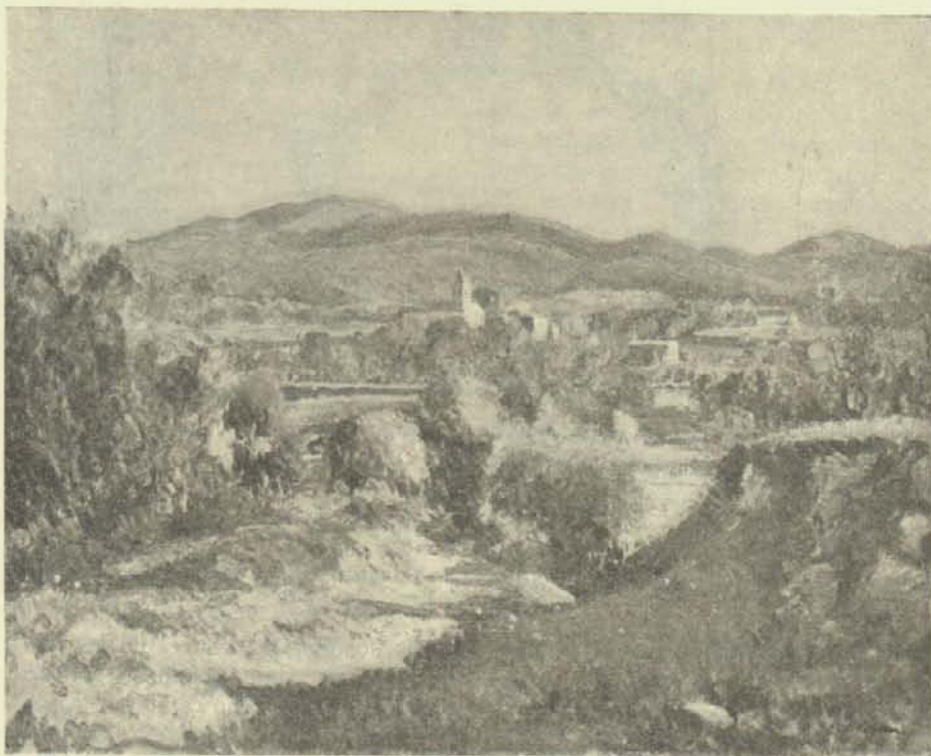
JUAN COLOM EN EL LUXEMBURGO

JUAN Colom, el ilustre pintor catalán de los paisajes dorados, acaba de triunfar de una manera absoluta en París. Si el París artístico — críticos, artistas, *amateurs* — le acogió con vivo entusiasmo, el París oficial haciéndose eco de este entusiasmo, le tributó su homenaje adquiriendo uno de sus lienzos más notables entre los expuestos últimamente en las galerías Durand-Ruel.

Las *fontadas*, los bailes populares, las fiestas mayores, los *aplecs*, los regocijos populares al aire libre, en pleno campo o bajo las tupidas frondas de los bosques de alcornoques, temas favoritos del pintor, han triunfado en París al lado de los paisajes de amplio escenario con la humilde aldea en el fondo, dorada por el sol crepuscular, y el árbol de pomposo ramaje que invita al descanso... Estos temas tan nuestros, estos aspectos tan locales son los que gracias al arte fuerte de Colom, han conseguido el sufragio de los iniciados. Y es que el arte tiene esta misteriosa virtud, posee este secreto que sólo es revelado a los escogidos que son los que pueden transformar las cosas más vulgares en las más bellas y revestir de gracia las menos interesantes.

Y Colom es de estos.

Colom con sus pinceles exalta hasta transformarlo en puro lirismo, el color, el movimiento y hasta el griterío, pudiéramos decir, de las multitudes que hace figurar en sus telas; Colom con su arte suaviza, afina, aristocratiza con su admirable sentido del con-

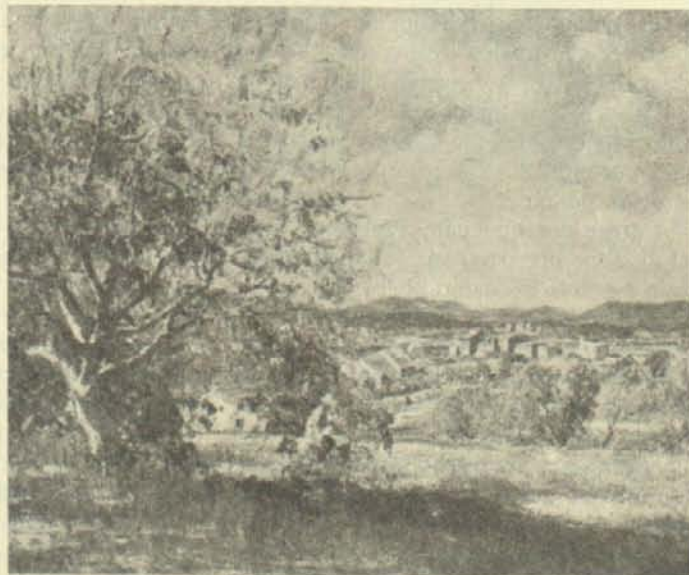


El cuadro de Juan Colom, adquirido para el Museo del Luxemburgo

traste y del color, la crudeza de los tonos que fusiona en una delicada armonía de tintas vivas pero delicadas a la vez. Las figuras de Colom — figuras que son gente de pueblo, de formas pesadas y de siluetas inelégantes — en sus paisajes adquieren la misma gracia que en los lienzos de Coral tienen las figulinas de sus famosas *kermesses*. Y es, lo repetimos, que nuestro artista posee aquel don mágico de transformar en belleza todo aquello que sorprende su retina de exquisito colorista.

No es de extrañar, pues, que en medio del sin fin de exposiciones de

pintura, en el torbellino del París artístico, las obras de Juan Colom hayan triunfado plenamente y que tanto los artistas como los críticos hayan señalado su exposición como un verdadero acontecimiento. No es de extrañar pues, repetimos, que en el ministerio de Bellas Artes se hayan preocupado de esta manifestación hasta el punto de adquirir el lienzo titulado *El poblet de Sant Climent* para el museo del Luxemburgo; obra que desde ahora figurará en aquel museo de arte moderno al lado de las de los más grandes maestros de la pintura moderna.



LA EXPOSICIÓN NACIONAL

POR JOAQUÍN CIERVO



«Lavanderas extremeñas», cuadro de Eugenio Hermoso, que ha obtenido la medalla de oro del Círculo de Bellas Artes

PINTURA

EL singular paisajista Eduardo Martínez Vázquez se ha presentado bajo un atrayente y nuevo aspecto en su cuadro "La rondaña" habiendo interpretado con envidiable soltura una escena popular muy vivida, armonizando figuras y paisajes de manera simpática, con extremo dominio de su arte.

No es posible — y lo lamento — dedicar toda la atención que se merecen a varios expositores de entre los cuales descuella Eugenio Hermoso, autor de la composición "Lavanderas extremeñas" y de dos cuadros más representando desnudos femeninos de intachable dibujo.

En las contraluces logra interesar José M. Vidal Quadras, distinguidísimo. Vemos a Pedro G. Câmio muy notable en dos retratos, especialmente

en el de Rey Barral de gran firmeza acusadora de tecnicismo perfecto prometedora de obras definitivas.

"El Cafetín", original de José Bermejo es un documento del Madrid que desaparece y del mantón que muere; supo hacer copia real del ambiente de los barrios bajos con notoria simplicidad y maestría.

Bien modelados quedan dos retratos que firma Fernando Labrada.

Y López Mezquita, el maestro admirable, expuso pintura robusta, llena de experiencia.

Difícil de pintar es el aspecto de la Plaza de Las Salesas que nos ha ofrecido Bernardino de Pantorba en cuya obra ha salido muy airoso, ajustando con pleno dominio la hora, verdadera puesta de sol.

En "Calle honda" José Gutiérrez rememora una silueta de la Edad Media con visión afortunada.

Un asunto de Brujas trajo Luisa Pérez Herrero, cuadro semirromántico, semiespiritual.

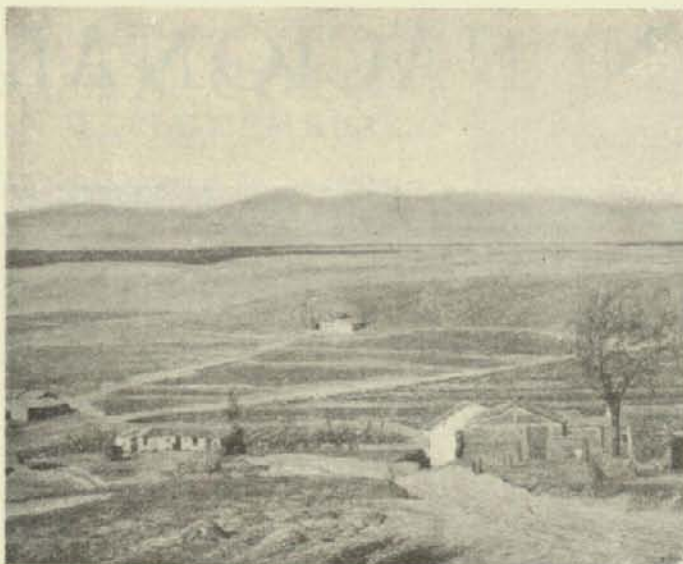
Blanco Ricio se ajustó al romanticismo en "El Huerto del silencio".

Resulta un buen colorista pintando retratos Ortiz de Urbina.

Excelente impresionista es Fernández Ardavin, autor afortunadísimo de "La Plaza en el Mercado de Calatayud". Es este un cuadro trazado de manera encomiable por su relación justa en las tonalidades.

En parecido aspecto queda, acaso miniaturista en exceso, Juan Vila en su cuadro "El Aplech", si bien demuestra una vez más sus ponderadas dotes, como Montserrat Planella en "Claveles".

Serra Farnés no logra sobresalir a pesar de sus grandes cualidades supeditadas al detallismo, pero en su "Gerona" queda firme.

SERRA FARNÉS. — *Cercanías de Madrid*Al lado: RAFAEL ARGELÉS. — *Entierro de Cristo*.

Va siguiendo su credo decorativo José M. Tamburini, y la misma impresión causa "Palacio de Bellas Artes", de Batlle.

Un interior de iglesia de Juan Bueno queda grácilmente pintado.

Lo mismo puede decirse de Carlos Vázquez en su bien estudiado cuadro de contraluz.

Un bello trozo del Cantábrico tuvo Francisco Llorens, con su cuadro titulado "La hora del baño" y un rincón atrayente de Segovia. Ambas obras acusan completo dominio de interpretación naturalista.

Quien estudia con alinco es José Almela, como lo demuestra con "Parque de la Moncloa".

Moderna y espiritual se presenta María Roeset en "Mi hermano y yo".

El gran pintor Vázquez Díaz pugnando por crear algo, va tras premeditada innovación (?).

Hemos de confiar en su talento, que obras ha dado y obras dará.

Plácidamente va pintando el paisaje Brañe de Hoyos.

Resuelto y airoso queda "El Mercado" de Francisco Guinart, el sobresaliente artista, que retiene las multitudes con máximas notas impresionistas. Su cuadro está efectivamente compuesto, y con grandes gallardías, de varias notas unidas sin estridencias, problema éste solucionado por Guinart con ejemplar competencia.

Opuestamente a lo dicho, débese advertir en una marina de Cristóbal Ruiz guiado por vehemente sencillez.

Buena visión del Guadarrama presenta Juan Espina Capo, con un cuadro de grandes dimensiones demostrativo de antiguas tendencias.

La obra de Rafael Argelés supone un esfuerzo; en "Entierro de Cristo" aparecen las buenas máximas estéticas; pero en algo se nota que la pintura sentimental no hace parangón con el sentir de Argelés que en anteriores manifestaciones pudo exhibir cuadros acreditativos de sus ímpetus. No obstante, su última obra es merecedora de elogios por la belleza del colorido.

Dentro de las arrogancias de los temas que ha interpretado se muestra grácil Eliseo Meifren, que es el paisajista de tecnicismo modelo. De lo que mandó sobresale "Natura", cuadro en el que la maestría del artista ha podido hacer filigranas con personal soltura.

Con "Aguiluchos" se presenta Adelardo Covarsi, que pugna por la tendencia realista, tendencia de Vidal Rolland en su notable visión cubana.

Muy bien de observación está la escena "La gaitilla" donde el costumbrista Francisco Sancho sitúa, con gran acierto, atrayentes figuras.

En otras ocasiones el significado paisajista B. Puig Perucho quedó a mayor altura; en la actual su tecnicismo sigue siendo admirable, pero acaso la personalidad quede mermada en aras de visiones extrajeras.

Labor comparable a esmalte ha hecho Julio Moisés al resolver un desnudo de púber; la galana finura de los matices aporta encantadoras suavidades en los claro-oscuros.

Opuesto en un todo a Moisés aparece Gustavo de Maeztu, enamorado de las masas efectistas que a distancia y en sus cuadros de dimensiones causan excelente efecto.

Aseméjense en el mecanismo constructivo Pedro Antonio y Sorio Aldo y en un estudio de figura queda muy bien Manchón.

Suntuoso es el cuadro de Cruz Herrera "Ofrenda a la cosecha", pudiéndose asegurar que está pintado con singular deleite a la vez que acusa depuración decorativa; véanse en varios fragmentos sendos estudios de notadores de excelente pintor.

Varios aspectos se han expuesto de las Baleares; entre los que llaman la atención están las obras de B. Gili Roig, quien, muy acertadamente, ha sabido prescindir de aquella su peculiar gama ocre, de la que tanto había abusado. Hoy su pintura gana en vigor y realismo.

El técnico ponderado, Rafael Forns, resulta atrayente, así como Gómez Gil se repite en sus marinas.

Mejor resultaría un retrato de señorita de Martí Gras si suprimiese minuciosidades; y lo mismo acontece con Rafael Aguado dentro de sus problemas técnicos.

Las excesivas dimensiones que ha dado Lorenzo Aguirre a su notable cuadro "Crepúsculo de vidas" hace perder interés pictórico a su escena de *sinoves* cuyo simbolismo es atrayente.

Convence por completo la manera como Alfonso Grasso ha sabido interpretar un interior de iglesia. Todo queda bien expuesto y resuelto a satisfacción.

ARTES DECORATIVAS

Peyró es por excelencia un esmaltador admirable, de grandes jarrones,

cuyo trabajo lo ensalzan las tonalidades verdes depuradísimas.

Podemos ponderar los vidrios de Gol, de fantástica y rica decoración, que ya van siendo justamente solicitados cual joyeles.

Muy bellas son las telas de V. Durán y las joyas de Mercadé; la orfebrería de Juan José llama la atención, así como los cueros de Martín de la Arena.

En la difícil elaboración de tapices a mano muestra especial buen gusto y maestría Aymat.

Otro esmaltador que debe mencionarse es Gil Losilla y, en el arte de repujar, Benedicto y Muñoz Morató.

Mucho se podría decir de la escultura decorativa de Emiliano Barral, pero el espacio manda.

Completan el conjunto unos carteles bellamente trazados originales de Bartolozzi, López Roberto, Ribas, Baldrich, Fábregas, Larraya y Gutiérrez.

ARQUITECTURA

Han enviado trabajos: González Villar, García Mercadal, Caviades, Mo-ya, Blanco y otros.

Se ha podido apreciar la restauración del Palacio de Justicia de la Corte, que practicó Joaquín Rojí, mediante abundantes fotografías.

Los proyectos ostentan como lema varios títulos. Recordamos: "La casa mediterránea"; "Residencia de artistas"; "Cementerio romántico".

GRABADO

Pueden apreciarse todos los procedimientos dentro de la manipulación de planchas y ácidos.

Enérgico, muy competente, vemos a Juan Espinosa; a Castro Gil, completo, dominador de su especialidad, como siempre.

Es magnífico el retrato de dama que expone Santo, de quien son dignos compañeros Eduardo Navarro, Ernesto Gutiérrez y Antonio Caseros, costumbristas ambos de escenas populares y románticas.

La falta de espacio me impide dar la extensión que requieren las artes decorativas, aplicadas o artes menores de notoria valía en nuestro país y que van demostrando la inmensa importancia que se les concederá en lo futuro.

LOS PREMIOS

Contadas veces ha imperado la expectación entre nosotros como en este Certamen. ¿Por qué? Sencillamente, por dos motivos. El primordial, a mi entender, obedece al número respetable de artistas noveles que en afán al enaltecimiento personal bucean con perfecto derecho hacia el estímulo personal.

Varios son los que — hablemos con franqueza — estimulados por periódicos poco timoratos, para desbancar a unos cuantos profesionales *pompier*s no se paran en barras para encumbrar a sus amigos, los halagan, en ocasiones, sin comedimento, y claro está, ellos creen de buena fe lo que en el fondo sólo es trabajo de zapa, por lo general.

De ello resulta la discordancia entre esa gran familia de artistas que debería trabajar en perfecta unidad espiritual...

Por otra parte, en la actual Exposición de Bellas Artes se preparaba una verdadera lucha entre los candidatos a la Medalla de Honor.

¡Todo maquinado exactamente igual a las antiguas elecciones de políticos!

Y ya queda de manifiesto en números anteriores de nuestra revista nuestro parecer al respecto. Débense modificar las vigentes disposiciones en virtud de las cuales se otorgan las recompensas, de manera especial en lo que atañe al premio de Honor.

Dejemos, por ahora, consideraciones a un lado y reseñemos los acontecimientos ocurridos.

Quedaron designados tres premios extraordinarios: la medalla de Honor, la que concede el Círculo de Bellas Artes y otra medalla de oro creada por la Asociación de Pintores y Escultores.

Tales recompensas se concedieron conforme está reglamentado, siendo preciso que el votante firme su voto. De las otras ordinarias la concesión fué a cargo del Jurado.

PINTURA. — Primeras medallas: "El cafetín", de don José Bermejo Sobera; "La ofrenda de la cosecha", de José Cruz Herrera; "Campos de Zaragatan", de Aurelio García Lesmes; "El barrio del Cubillo", de Juan A. Gómez Alarcón.

Segundas medallas. — "En el claustro", de Roberto Fernández Balbuena; "Idilio ibicense", de Rigoberto Soler; "Galerna", de Nicolás Oría; "Retrato del Rey Barral", de Pedro García Camio; "Cristo en el sepulcro", de Rafael Argelés Escrich; "Crepúsculo de vidas", de Lorenzo Aguirre Sánchez; "Horas de labor",



JOSÉ CRUZ HERRERA. *La ofrenda de la cosecha*



LORENZO AGUIRRE. *Crepúsculos de vidas*

de Salvador Fuset; "Segovia al caer la tarde", de Emilio García Martínez; "Hoz del Huécar en Cuenca", de Emilio García Martínez.

Terceras medallas. — "Figuras del pueblo", de José Aguilar; "Cercanías de Madrid", de Pedro Serra Farnés; "Huyendo de la borrasca", de José Blanco Coris; "Carnestolendas", de Joaquín Díaz Alberro; "Coralito", de Mariano Sancho San José; "Era tarde", de Enrique Igual Ruiz; "La marisma", de José Seijo Rubio; "Arrabal de Santiago de Avila", de Carlos Dal'zeme; "Josefina", de Ricardo Segundo; "Pola de Somiedo", de Joaquín Vaquero; "Retrato de la señorita Consuelo Manadi", de Ricardo Bernardo; "Desnudos", de Luis Verdejo; "De endecha", de Paulino Vicente Rodríguez; "Supersticiosa", de Esteban Doménech; "Pastoral", de Eduardo Navarro Martín; "Otoño en la sierra", de Abelardo Bustamante.

ESCULTURA. — *Primeras medallas:* "Santa mujer gallega", de Francisco Asorey; "El hombre de la sierra", de Luis Marco Pérez.

Segundas medallas. — "Diana", de Manuel A. Laviada; "Aretusa", de Vicente Bertrán; "Héroe", de Ramón Mateo; "Retrato de la señorita Pinaso", de Manuel Mateu.

Terceras medallas. — "Labrador valenciano", de Carmelo Vicent; "De vuelta de la fuente", de José Chicharro Gamó; "Retrato", de Gregorio Domingo; "El hijo pródigo", de Mariano Timón; "Torso", de José Núñez.

SECCION DE GRABADO. — *Primera medalla.* — Juan Espina y Capo, por "Tablero", conteniendo diez aguafuertes de las cercanías de Madrid y de la Sierra de Guadarrama.

Segunda medalla. — José Pedraza Ostos, "Un marco con una prueba".

Terceras medallas. — Julio Nieto Nespereira, por "Triptico de Vigo", y Ernesto Gutiérrez, por "Panneau", con tres pruebas al aguafuerte.

SECCION DE ARTE DECORATIVO. — *Primeras medallas.* — José María Gol, por "Vidrios esmaltados", y Antonio Peiro Mezquita, por "Conjunto de cerámica".

Segundas medallas. — Tomás Aymat Martínez, por "Primavera" (tapiz tejido a mano), y Rafael Bargues Asensio, por "Mueble con aplicaciones de marfil".

Terceras medallas. — Juan Miguel Sánchez, por "Aurora sevillana"; Sal-



MARÍA ROEST

Mi hermano y yo

vador Bartolozzi, por "Cartel anunciador"; de Mariano Redondo Anant, por "Collar y tapas de libro, talladas"; Ramón Martín de la Arena, por "Sillón repujado y labrado"; Ángel Ximénez, por "Regreso de cacería"; y Pablo Remacha, por "Conjunto de obras forjadas".

Premios de aprecio retribuidos. — Roberto Martínez Baldrich, Florencio Vidal, Luis Muntané, José María de

Hoyo y Enrique Martínez Echevarría.

Premios de aprecio, honoríficos. — Doña Lorenza Moreno y doña Inés Garrido.

El hecho de no haberse concedido recompensas a pintores y escultores catalanes motivó resonantes revuelos.

No se explicaba que habiendo concurrido a la Nacional setenta artistas radicados en Cataluña, con ciento veinte obras, ninguno sea, a criterio del Jurado, merecedor de medalla.

LA MEDALLA DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

La ganó el ilustre artista, trabajador incansable, Eugenio Hermoso que tantas y tantas pruebas viene manifestando de su maestría reconocida desde años ha.

LA MEDALLA DE LA ASOCIACIÓN DE PINTORES Y ESCULTORES

Se ha otorgado al docto y admirable pintor Eduardo Martínez Vázquez, que se consagra por completo al Arte.

LA MEDALLA DE HONOR

El galardón para Marinas; el triunfo, de Mir

Así ha sido. El laureado escultor, profesor de la Escuela Oficial de Bellas Artes y autor de varios monumentos erigidos en distintas regiones españolas, ha ganado la máxima recompensa.

Ahora, que no podemos ahondar si realmente Aniceto Marinas es ganador de la Medalla en mérito a su larga labor profesional o si lo ha sido juzgándosele las dos obras que ha expuesto... Sea como sea, el escultor segoviano puede añadir tal galardón a las recompensas de antaño.

También el genial colorista e ilustre innovador de los matices que inspira la pintura ante el paisaje, nuestro gran pintor Joaquín Mir ha triunfado a pesar de su derrota en la votación para el premio de Honor.

Ha triunfado. El plebiscito formado por la *vox intellectus* lo aclamó y como pública demostración de admiración hacia el catalán insigne espontáneamente se aprobó entre muchos colegas de Mir ofrecerle una medalla.

Gesto este que es, en esta ocasión, elocuentísimo, ejemplar, caballeroso y conmovedor.



CHICHARRO GAMÓ

Tanagra

NOTICIARIO DE ARTE



Del último Salón de los Independientes.—Procesión de la Pasión en Roquebruno, por F. Augusto Marocco

DESDE PARIS

EXPOSICIÓN DE ARTE HOLANDÉS

En el Museo del «Jeu de Paumes» tuvo lugar la exposición de óleos, acuarelas y dibujos: en total 163 obras. Un conjunto que viene a ser el complemento de la celebrada en el mismo local en 1921 y en que la representación del siglo XVII era magnífica. No así en lo que se refería al arte moderno. Y este es, precisamente, el que trata de mostrársenos hoy. Todos son artistas vivos, excepto uno, G. H.

los impresionistas, más impresionistas de forma que de color. Típicos representantes de las tres indicadas orientaciones son Breitner, Konignenburg e Isaac Israels, respectivamente.

TRANSACCIONES DIVERSAS

Ventas en Berlín: Colección Heinrich: tapices del siglo XVI, cuadros de la Italia del Norte, esculturas de Donatello y de da Majano.

Ventas en Bélgica (Galería Giroux): colección Robert Pauwells: Miniatura de Picardi, 3,800 francos.

En la misma galería: Venta Samuel.

Ventas en Londres (Galería Christie): «Retrato de dama», por Van Dyck, 950 guineas; un Strigel, 1,500 guineas; un Houdecooster, 820 y un Limón de Vlieger, 380.

Ventas en Amsterdam: Ampliamos detalles venta colección Castiglioni. Esculturas: «La loba del Capitolio»; bronce del siglo XV, 4,700 florines; «Mujer sentada», 3,150; «Virgen con el niño», de Giorrenne da Pisa, 5,700; otra ídem de Andrea della Robbia, 13,000; otra de Domenico Roselli, ésta en mármol (las otras en tierra cocida), 7,600; «Perfil de mujer joven», de F. de Giorgio Martini, 4,000; «Perfil de un emperador romano» (también bajorrelieve), del mismo, 2,000; «Ángel arrodillado», de Benedetto da Majano (mármol), 2,400; dos «Ángeles con candelabros» (tierra cocida) del maestro Florentino del siglo XV, 6,000; «Busto de hombre joven», de la misma época y escuela (tierra cocida), 4,000; «Bustos» (mármol), de F. Raibolini, 7,400; «Tabernáculo», de Julio Lombardi, 4,000.

Ventas en París: Un cuadro, escuela de Ruysdael, 4,800 francos; «Retratos», por Ribot, 6,000; «Escena marroquí», de Benjamín Constant, 3,500; «Westminsters», de Monet, 72,100; «Meditación» y «Croquet» de Renoir, 70,000 y 35,000; un cuadro de Pissarro, 43,000; un Friestz, 10,000; dos Utrillo, 32,000 y 23,000; un Derain, 1,100; una obra de Dufresne, 12,000.

LIBROS

Últimas canciones, de Richepin, con ilustraciones de Steilen, 3,600 francos; *La cité des eaux*, de Henry de Regnier, ilustrado con aguafuertes de Jonás, 2,250; 17 estampas representando vistas de puertos franceses por José Vernet y grabadas por Cochin, 32,000; *Fábulas de La Fontaine* con 275 figuras de Oudry grabadas por Cochin, Aveline, etc., 30,000.

UN MONUMENTO NOTABLE



Interior, por J. Lluysters (Exp. holandesa)

Breitner, muerto hace tres años y cuya labor ha sido considerada indispensable, al exhibirla, por su significación.

Dos tendencias se marcan netamente: la realista y la simbolista. También el impresionismo. Los primeros son desde luego verdaderos «pintores» en la propia acepción de la palabra. Gentes que tratan la materia con desenvoltura, expresándola en toda su riqueza. Los simbolistas, de símbolos para nosotros incomprensibles casi, tienen bien poco de pintores. Más bien son dibujantes. Y dibujantes a quienes atrae la construcción geométrica unida a un cierto primitivismo. Y por último,



Fragmento de monumento a la Declaración de la Independencia, en Boston

Para conmemorar un acontecimiento trascendental como es el de su independencia, se erige en Boston un monumento.

Para formar parte del conjunto total se encargó al escultor John Francis Paramino un bajo relieve que previamente fué aprobado por aquel Municipio, con la intervención de la Comisión de Arte de Boston.

El monumento fué inaugurado, sin estar completamente acabado, en la noche de primero de año.

El relieve mencionado va dedicado al Ayuntamiento, y conmemora el famoso Consejo que fuera causa y motivo de la Independencia.

Las actitudes de las numerosas figuras son apropiadas, y la composición general refleja una época que perdurará.

Es a la vez un símbolo de tenacidad, de valor cívico y de amor a nobles ideales de un pueblo que sabe y quiere trabajar para sí y para los suyos.

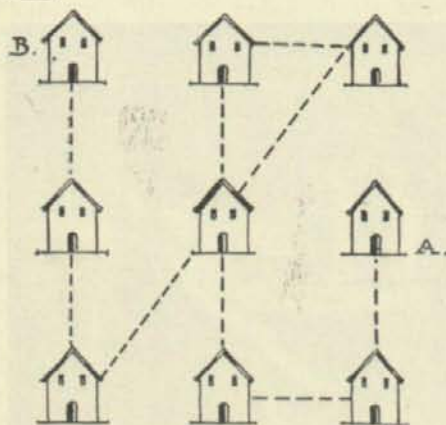
(Foto Underwood)

LOS ENIGMAS

AGRUPAMOS bajo este nombre clásico y sugestivo toda la inmensa variedad de acertijos, adivinanzas, rompecabezas y demás problemas que se suelen poner con el principalísimo objeto de proporcionar amena distracción, excitando la curiosidad y poniendo en tensión las facultades intelectuales. Y sobre ellos queremos hablar hoy con nuestros lectores.

Podrá parecer el asunto puramente infantil; y nosotros no queremos discutir sobre su trascendencia. Lo que sí afirmamos es que no solamente lo trascendente, sino también lo ameno e interesante tiene igual derecho de hospitalidad en nuestras columnas; y que por otra parte, el asunto de que nos ocupamos, si no es ameno e interesante por excelencia, será superado por pocos en amenidad e interés, a pesar de su aparente trivialidad.

Y decimos aparente, porque, para disipar el último recelo de algún lector más hosco, añadiremos que estos problemas de pasatiempo y diversión se enlazan directamente y sin solución de continuidad con los *testos* o problemas psico-fisiológicos que sirven para medir y especificar las facultades sensoriales e intelectivas, y que por lo mismo gozan de un predicamento científico e intelectual que los ennoblece.



LA RUTA DEL GRANJERO.—En este barrio de nueve casas, vive, en la señalada con la A, un granjero que surte de huevos a sus ocho vecinos. Cada día sale de casa y siguiendo la línea de trazos, recorre las ocho viviendas, terminando siempre su reparto en la casa señalada con B. La ruta del granjero está, pues, formada por *seis* trazos rectos. Pero podría visitar las casas de todos sus vecinos, saliendo de A y terminando en B, y siguiendo una ruta compuesta de *menos de seis* trazos rectos. ¿Con cuántos trazos menos podría usted trazar la ruta deseada?

Y francamente, la sugestión que todo enigma—usaremos siempre esta palabra en el significado general que al principio hemos definido — ejerce sobre la mente humana, es universal; ha existido en todos los tiempos y en todos los pueblos, se extiende por igual a todas las clases sociales, y prácticamente a todos los individuos; hasta tal punto que bien se puede afirmar que quien no siente el interés de la sugestión ante un enigma, es una persona extraordinaria. Y para que nadie se sienta halagado con este epíteto de "extraordinario", y adopte actitudes fingidas de hombre superior, nos atreveremos a emplear la palabra precisa que emplea un especialista en la materia, y en vez de extraordinario, le llamaremos "anormal".

Las declaraciones de este especialista norteamericano, Sam Loyd, que durante más de treinta años se ha consagrado a la invención y resolución de enigmas, y a su publicación diaria en un centenar de diarios de su país, son extraordinariamente interesantes. La correspondencia que durante estos seis lustros ha recibido de los aficionados, ha sido preciosa materia para hacer valiosos estudios y estadísticas. Y no es de extrañar, si se tiene en cuenta que durante algunas temporadas, en las que había planteado alguno de sus enigmas de más éxito, llegó a recibir un promedio de 50.000 cartas al mes.

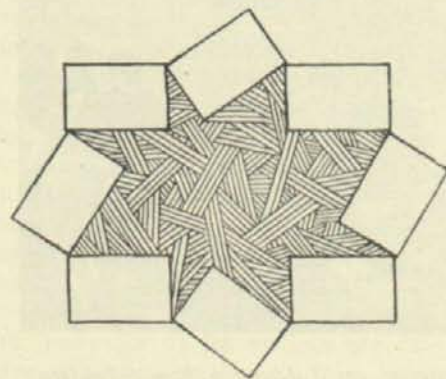
El mayor contingente de aficionados a la solución de enigmas lo dan los inválidos y convalecientes. La necesidad que sienten de distracción, y la imposibilidad de entregarse a tareas de más fuste, explican suficientemente el hecho. También está demostrado que en los pequeños pueblos hay proporcionalmente más aficionados en activo que en las grandes ciudades; lo cual también se explica satisfactoriamente por la falta de variados pasatiempos que en los pequeños centros de población se siente. Finalmente, es también digno de consignarse, que las mujeres dan doble contingente que los hombres entre los solucionadores de enigmas.

Por lo demás, no hay clase social que se exima o que particularmente se señale en la formación del gran ejército de aficionados al enigma. Abogados, médicos, clérigos, profesores, publicistas, rentistas, burócratas, forman por igual en él. Ni faltan tampoco las

grandes figuras, los nombres consagrados en la ciencia, o en la literatura o en la política. Newton, Euler, Tindall, Cardan, Huxley, Herschel, Byron, Voltaire, Macaulay, Longfellow, Cowper y Edgar Poe son autores de ingeniosos enigmas. Napoleón se recreaba en su destierro solucionando algunos de ellos. Edison recomienda la solución de acertijos como fecundísimo ejercicio mental, y en sus famosos cuestionarios revela extraordinaria disposición para inventarlos y plantearlos. El expresidente de los Estados Unidos Teodoro Roosevelt era apasionado por los enigmas, y recomendaba a sus hijos que tomaran parte en los concursos enviando sus soluciones.

Ni se crea que esta afición es exclusiva de nuestros tiempos.

En la misma Biblia tenemos el ejemplo más antiguo quizás de estos enigmas. Sansón, Juez de Israel, fue, como es sabido, hombre de extraordinaria fuerza. Cuando era joven, yendo cierto día por las viñas de la ciudad de Tamnata, se vió asaltado por un león. Sansón luchó con la fiera a brazo partido, sin arma alguna, y la desquijaró. A los pocos días, yendo a visitar a una joven con la que estaba prometido, pasó por el lugar de la lucha, donde yacía aún al cuerpo inerte del león. Un enjambre de abe-

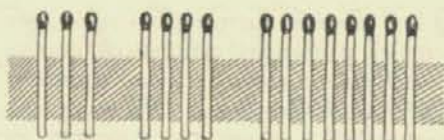


EL ROMPECABEZAS DEL AGENTE DE FINCAS. — He aquí, señalados en ocho rectángulos blancos los solares que han comprado ocho señores para construir sus casas.

Los solares son rectangulares, y la anchura de cada uno equivale a tres cuartas partes de su largura. El propietario que los vendió cobró por cada uno la suma de 1.200 duros. El área interior, sombreada en el dibujo, y destinada a jardines de las ocho fincas, la quiere vender valorando la unidad a igual precio que los solares. ¿A cuánto ascenderá el valor de toda el área interior?

jas había anidado en la boca abierta de la fiera, y había fabricado su dulcísimo panal. Al llegar a la ciudad, Sansón propuso a los vecinos que fueron a visitarle, un acertijo, con la condición de que si en el plazo de siete días no lo resolvían, le habrían de entregar treinta vestidos y treinta túnicas, y por el contrario, él les entregaría igual número de prendas si lo resolvían en dicho plazo. El acertijo era el siguiente: "Del devorador salió manjar, y del fuerte salió dulzura". Los vecinos no atinaban con la solución, pero acudieron a la novia de Sansón y con amenazas lograron de ella que sonsacase al incauto enamorado y les comunicase la solución. Y entonces ellos, satisfechos, se presentaron a Sansón diciéndole: "Qué cosa más dulce que la miel, ni quién más fuerte que el león?" Y Sansón tuvo que pagar las prendas convenidas.

Los griegos dieron al enigma el marchamo de estética y buen gusto con que sellaron todas sus producciones. Famoso es principalmente el enigma de la Esfinge de Tebas. Apostada a la entrada de la ciudad, proponía a los viandantes la siguiente adivinanza: "¿Cuál es el animal que por la mañana anda sobre cuatro pies, al mediodía en dos, y a la tarde en tres?". Y había ya devorado a innumerables desgraciados que no habían atinado con la solución. Al fin, cierto día llegaba Edipo a Tebas. La Esfinge le propuso el temible enigma; pero Edipo le dió solución satisfactoria. "Es el hombre — dijo — que en el amanecer de su infancia se arrastra sobre sus pies y manos; en el mediodía de la plenitud de su vida, anda sobre sus dos pies, y en el atardecer de su ancianidad necesita además el



DISPÓNGASE quince cerillas en tres grupos de tres, cuatro y ocho unidades, respectivamente, com indica el dibujo. Dos personas pueden entablar un juego, que consiste en que cada una de ellas, alternativamente, tome de uno solo de dichos grupos una cantidad cualquiera de cerillas; el que se ve obligado a coger la última cerilla, pierde.

Ahora bien; el que coge el primero, debe ganar siempre. ¿Qué debe hacer para ello? ¿Cuántas cerillas debe coger cada vez, y de qué grupo?

apoyo de su bastón." La Esfinge, desechada, se arrojó desde lo alto de una roca, y por el ingenio de Edipo, la ciudad se vió libre del azote de aquel monstruo.

Todavía conocemos este otro enigma de tradición helénica. Se atribuye a Cleóbulo uno de los Siete Sabios de Grecia, y debe datar de unos 700 años antes de J. C. "Este es un padre — dice el enigma — que tiene dos veces seis hijos; cada hijo tiene treinta hijas, cada una de las cuales tiene una mejilla blanca y la otra negra, no enseña nunca las dos a la vez, y no vive más que veinticuatro horas."

Se nota, evidentemente, en estos enigmas antiguos una ingenuidad quizás excesiva, y cierta tendencia a simbolizar conocimientos fundamentales de la vida humana. Indudablemente, nuestros enigmas de hoy día son más complicados y difíciles, y más variados e indiferentes. Pero en cambio no pican tanto nuestro amor propio ni tomamos tan a pecho la empresa de resolverlos como parece que se tomaba en aquellos tiempos ingenuos. Si hemos de creer a Plutarco, el gran Homero vino a morir de tristeza por no haber podido solucionar satisfactoriamente un enigma que se le propuso.

Los rompecabezas o enigmas manuales o mecánicos, que consisten en ordenar y disponer piezas de cartón o de madera para obtener determinadas figuras, en soltar o prender alambres, o hilos, o en lograr determinados resultados con diversos objetos, tienen también en la historia remotos antecedentes. Uno de ellos es el famoso nudo gordiano. Un labrador, llamado Gordio, llegó a ser rey de Frigia; entonces ató sus instrumentos agrícolas de una manera tan complicada, que no había quien la pudiera desenmara-

ñar. Los oráculos anunciaron que el que lograra soltar aquel nudo llegaría a ser emperador de toda el Asia. Tiempo después, le fué presentado el hudo al joven Alejandro Magno. Después de algunas inútiles tentativas, el joven guerrero picado en su amor propio, sacó su espada y cortó la cuerda. El nudo estaba suelto.

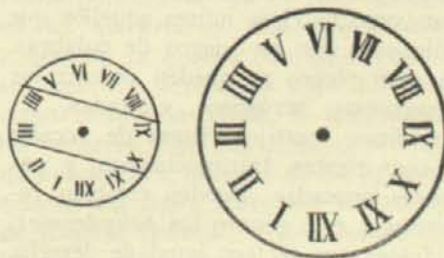
Esta solución radical tiene una conocida moraleja de ejemplaridad que la convierte en tópico cuando se trata de recomendar decisión, energía y lo que vulgarmente se dice "cortar por lo sano". Pero contiene además otra enseñanza en esta particular materia de la resolución de enigmas. Muchas veces, cuando se nos propone un enigma, excluimos, sin saber porqué y sin razón ninguna, ciertas soluciones o ciertos caminos o procedimientos para hallar la solución, que precisamente son quizás los únicos que nos lleven a ella. Nos complacemos en hacer el enigma más difícil de lo que es en verdad, y excluimos las soluciones obvias "porque no tienen gracia".

Esto sucedía con el problema del nudo gordiano, y más recientemente y entre gente nuestra, esto sucedió también con el problema o enigma del huevo de Colón, que *si non e vero e ben trovato*. Propuso cierto día el célebre navegante a sus contradictores el problema de lograr que un huevo se sostuviera tieso en el sentido vertical de su eje mayor, afirmando por su parte que él sabía lograrlo. Tras repetidas inútiles tentativas de los presentes, Colón cogió decidido el huevo, lo golpeó con cierta fuerza contra la mesa, como para asentarlos por uno de sus casquetes, y naturalmente, chafada la cáscara, el huevo se sostuvo en la posición propuesta. Un ¡ah! de desencanto se debió escapar de todos los labios. Pero la verdad era que a nadie se le había ocu-

6	1	8
7	5	3
2	9	4

El dibujo de la izquierda reproduce un cuadrado mágico, cuyo origen se pierde en las lejanías de la historia. Sumando sus números horizontal, vertical y diagonalmente, en cualquier sentido, dan la suma constante 15.

¿Podría usted disponer los números de este cuadrado en el de la derecha, dejando el 5 en el sitio central y de manera que sumados horizontal, vertical y diagonalmente, den ocho sumas diferentes?



ESTE dibujo enseña cómo puede dividirse en tres secciones por medio de dos rectas la esfera de un reloj de modo que la suma de las horas contenidas en cada sección sea igual a 26. ¿Cómo dividiría usted la esfera en cuatro secciones de modo que la suma de las cifras contenidas en cada una de ellas sea la misma?



HE aquí tres casas y tres pozos. Cada una de las casas puede traer agua de cada uno de los tres pozos por medio de su correspondiente cañería. Se necesitan, por lo tanto, para ello nueve cañerías. Pero las ordenanzas locales prohíben que una cañería pase cruzando por encima o por debajo de otra. ¿Cómo haría usted para llevar agua de cada uno de los pozos a cada una de las casas, introduciendo en ellas las correspondientes cañerías por la puerta delantera o por la trasera, sin contravenir las ordenanzas locales?

rrido aquel recurso tan sencillo.

Insistimos en este particular porque en muchos de los acertijos o enigmas que se ponen, hallaremos la solución por estos caminos obvios que nosotros *a priori* nos complacemos en desechar. Más concretamente, entre los enigmas que por vía de ilustración proponemos en este número, hay alguno cuya solución podría quizás decepcionar a algún lector por ser precisamente de estas que se desechan... o no se nos ocurren.

La esencia de un enigma consiste en construir una proposición ingeniosa sobre ciertos datos hábilmente velados. Su fin primordial es provocar la curiosidad y excitar la imaginación, y aunque la satisfacción al resolverlo es proporcional a las dificultades vencidas, el enigma no debe parecer difícil a primera vista. Su exposición debe ser clara y precisa, sin que haya lugar a interpretaciones dudosas y ambiguas.

Hay infinitas clases de enigmas, y por lo común, se reflejan en cada uno las inclinaciones y aptitudes intelectuales de su autor. Podemos considerar como de clase infima aquellos que sólo consisten en juegos de palabras. A este género se pueden reducir los anagramas, acrósticos, charadas, jeroglíficos, acertijos, fugas de vocales o consonantes, transposiciones, y palabras cruzadas. Pueden también referirse a este género los *palindromos*, o frases que se leen igual de derecha a izquierda que viceversa. Tal es aquel conocido:

Dáble arroz a la zorra el abad

Todas estas especies de enigmas, como fundadas que están en peculiaridades de cada idioma, son, por lo común, intraducibles.

Los enigmas matemáticos suelen ser simples problemas aritméticos que se resuelven con suma facilidad planteándolos algebraicamente. Sin embargo, propuestos a gente poco versada en matemáticas, para que los resuelva la imaginación, suelen parecer complicadísimos. Sobre todo si se procura complicarlos todavía más con la exposición de los datos. Tal es el siguiente:

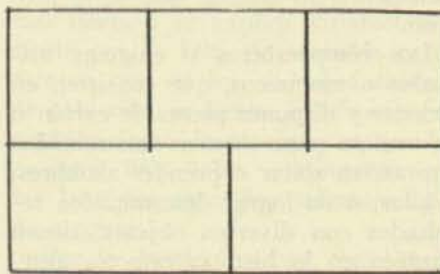
"Jaime quiere saber la edad que tiene Carmen, pero sólo consigue averiguar los siguientes datos: Sumando la edad de Carmen con la de su hermana Luisa, se tienen 44 años, y Luisa tiene doble edad de la que tenía Carmen, cuando Luisa tenía la mitad de la edad que Carmen tendrá, cuando Carmen tenga tres veces más edad de la que Luisa tenía cuando Luisa tenía tres veces más años que Carmen. ¿Qué edad tiene Carmen?"

Los enigmas geométricos obtienen favor porque distraen la imaginación sin abrumarla ni fatigarla en demasía.

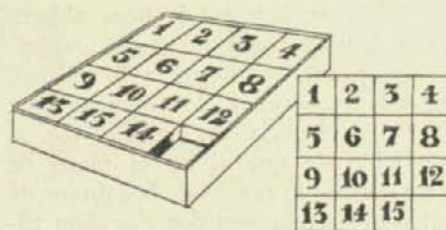
También los enigmas de este género tienen antiquísimo abolengo histórico. Entre los chinos viene siendo como un pasatiempo nacional desde hace muchos siglos cierta especie de rompecabezas que consiste en siete piezas planas de madera, limitadas por rectas y ángulos de 45 y 90 grados, y con las cuales se pueden formar un sin fin de variadísimas combinaciones.

Los cuadrados mágicos, enigmas que tienen carácter mixto de geométrico y aritmético, fueron objeto de veneración de los egipcios, que les atribuían un poder mágico; y aun hoy día se afirma que los soldados chinos y coreanos los llevan como amuletos, confiándoles la protección de sus vidas.

Hay otros muchos enigmas que, como el de las cerillas y el de la esfera del reloj, que aquí publicamos, participan del doble carácter de aritmético y geométrico, porque su esencia consiste en relaciones aritméticas,



HE aquí un problema que parece fácil. Redúcese a copiar este diseño trazando tres líneas continuas que no se crucen en ningún punto. No existe una solución perfecta; pero sí una solución de truco que pudiera parecer satisfactoria a algunas personas. ¿Cuál es?



Los números de las fichas que ocupan esta caja están colocados por su orden excepto el 14 y el 15. Trátase de mover las que se juzgue necesario, utilizando el espacio hueco, hasta dejar en su orden correlativo toda la serie. A falta de caja y fichas puede utilizarse una cuadrícula dibujada en papel y quince cuadrados de papel con los correspondientes números. La solución es imposible por la razón que se da en el texto de artículo.

pero está concentrada en figuras u objetos sensibles que ayudan a la imaginación.

El enigma de las tres casas y los tres pozos, parece geométrico, pero no lo es: la solución no es geométrica; es un recurso de ingenio; algo así como la solución del nudo gordiano y la del huevo de Colón.

Esto nos lleva de la mano a tratar de los enigmas insolubles. Aunque parezca increíble, se han publicado a veces enigmas de los que no se poseía la solución, con la esperanza, quizás, de hallarla en breve tiempo. Cierta editor de Cleveland, en los EE. UU., publicó el enigma de los cinco ladrillos, que ilustra el artículo, ofreciendo una buena recompensa por su solución. Se acercaba la fecha señalada para publicar la solución prometida, pero ni el editor ni ninguno de los suyos había podido hallarle solución satisfactoria. Pasó la fecha; el público se creyó burlado y se indignó contra el editor. Este tuvo la feliz ocurrencia de pedir la ayuda de un profesional afamado y este halló un medio de salir del paso, mediante una solución puramente de truco, pero que tuvo la virtud de satisfacer al público y calmar los ánimos. Invitamos al lector a que busque esta solución.

Otro enigma insoluble es el famoso "14-15", que tuvo intrigada a toda una generación hace cincuenta años. Muchos fueron los que anunciaron victoriosamente haber hallado la solución, pero ninguno pudo repetir ante testigos autorizados lo que afirmaba haber logrado a solas. El enigma es insoluble por la sencilla razón de que para poner en orden correlativo los números 14 y 15, hay que alterar el orden de otros dos números.

EL «DANDYSMO»

O UNA IDEA SOBRE LA HISTORIA DE LOS GRANDES ELEGANTES

POR DALMACIO DE MUR

EN las revistas de modas y en las conversaciones de salón se rinde culto a la elegancia de las mujeres. Muchos escritores, desde Marcel Prevost a Martínez Sierra, exponen sus teorías sobre la mujer y sobre la elegancia de la mujer. En cambio, desde Barbey d'Aurevilly, el autor de *Les Diaboliques*, que fué al mismo tiempo un gran elegante, un gran dandy y un teorizador de la moda masculina, pocos escritores han expuesto sus ideas sobre la elegancia de los hombres, o sea sobre el dandysmo.

En las grandes revistas de modas, es en la última página y en un lugar discreto y casi escondido, donde el hombre puede enterarse de cómo se llevará el frac este año o cual será la forma de los chalecos y de los vestones. Se sabe, en términos generales, que si sobre indumentaria femenina dictamina París, en cuestiones de indumentaria de hombres, Londres dicta las leyes.

Y ya casi no se sabe nada más. Hay gente erudita que no tiene ninguna idea sobre el dandysmo, ni sabe cuáles fueron los grandes elegantes de la historia. Se conoce vagamente el nombre de Brummel o el de Lauzun, pero no se sabe nada de su vida ni cuál fué su norma de elegancia, ni su teoría estética del dandysmo.

Si bien la palabra dandy es muy moderna, puede decirse que ha habido dandys desde que el mundo es mundo. Ya entre los habitantes de las cavernas debió haber hombres descuidados en el vestir y hombres figurines que sacaban la moda en la manera de llevar las cuatro pieles en que consistía entonces el vestido.

Pero si hemos de decir verdad, esos dandys de la edad de piedra no han pasado a la historia. El primer dandy de que tenemos noticia no fué Adán, sino Alcibiades, el gran elegante de la antigua Grecia.

Alcibiades era noble y poseía una belleza física de las más esclarecidas. Supo conservar su belleza hasta en la época de su decrepitud por medio de toda clase de ejercicios gimnásticos que tendían a dar elasticidad a sus músculos. Tenía un defecto de pronunciación que, según aseguran, daba una gracia singular a todas sus fra-

ses. Nos habla Plutarco de sus maravillosos vestidos de púrpura que dejaba arrastrar por el suelo hacia atrás en sus paseos, en los que le seguían todos los jóvenes de Atenas imitando su manera de hablar y dejando arrastrar sus mantos por el polvo. Le se-



Alcibiades

guían además las más bellas mujeres de la ciudad, enamoradas de su barbita en punta, llena de los más olorosos cosméticos.

Cuando debía ir a la guerra, Alcibiades usaba, en lugar de aquellos grandes escudos hechos de cuero y de láminas de hierro, un pequeño escudo de oro puro, en cuyo centro había hecho labrar un Cupido lanzando flechas a los corazones. Era valiente, y a pesar de aquel escudo, que no era otra

cosa que una coquetería, las flechas le respetaban como si conociesen a aquel hombre famoso por su elegancia a quien todo el mundo veneraba.

Alcibiades era capaz de todas las extravagancias para lograr que se hablara de él por todas partes, y se comentaran corriendo de boca en boca, sus hazañas. Había gente que lo encontraba insoportable y a quienes sus hechos parecían solamente impertinencias. Pero esa misma gente quedaba rendida en presencia del seductor y nadie tenía bastante valor para mantener ante su cara los insultos murmurados *sotto voce*. Aristófanes decía: *El pueblo desea ver a Alcibiades en todas sus fiestas, a pesar de que hay mucha gente que lo encuentra insoportable.*

Petronio, *elegantiae arbiter*, según lo llama Tácito, el dandy de la antigua Roma, era muy diferente de Alcibiades. Habiendo nacido en las cercanías de Marsella, su fortuna y su cultivado espíritu le elevaron pronto al cargo de consejero de Nerón, en los buenos tiempos en que el Emperador se preciaba de protector del arte y de las letras. Era voluptuoso como buen romano de adopción, pero gustaba de los placeres como hombre profundamente refinado. No obstante su fortuna y su favor imperial, Tígil, capitán de las guardias palaciegas, lo hizo caer en desgracia ante el emperador, y logró que Nerón enviase a su antiguo favorito la orden de abrirse las venas. Petronio estaba muy amargado por la profunda vileza en que había caído el emperador, bajo la inspiración vulgarísima de Tígil. Bebió por última vez el vino de oro en un maravilloso vaso que poseía, y después lo quebró con un martillo, en lugar de arrojar la copa al mar, como el rey de Thule. Y abriéndose las venas se dejó morir, en el año 66 de nuestra era, después de haber asistido a una fiesta entre sus amigos y de haberse recitado, a los acordes de las liras, bellos versos heroicos y breves epigramas. Mientras las esclavas más bellas trenzaban sus pies desnudos en los pasos de una danza, murió el gran elegante de Roma, después de haber escrito una sátira contra Nerón.

Petronio fué un perfecto *dandy*, protector de las letras y de las artes, amante de coleccionar bellas estatuas de mármol en sus jardines y de rodearse de poetas para deleitarse con la música de las estrofas y los armoniosos acordes de las liras.

En un término medio entre la leyenda y la historia se mantiene la figura del marqués de Villena, aristócrata y literato de la Edad Media, tildado de nigromante y alquimista hasta el punto de que se cuenta de él que hizo parir las redomas. Sus maravillosas alquimias se verificaban bajo las bóvedas misteriosas del palacio de Samuel Leví, en Toledo, donde hoy se alza la casa del Greco y sus deliciosos jardines. En las lóbregas estancias que encerraron los fantásticos tesoros de Samuel, el marqués de Villena tenía sus redomas donde destilaba el oro de su quimera.

El marqués de Villena fué todo un elegante, a pesar de la alquimia, y de que la leyenda pinta al alquimista como un hombre desaliñado y sucio, entregado únicamente a su ceguera de encontrar la piedra filosofal, viviendo entre telarañas y polvo y fórmulas misteriosas. El marqués de Villena fué todo un gran señor, y en una época en que incluso entre los grandes no había ninguna higiene, con gran escándalo de muchos, se cambiaba de camisa cada diez días y de vestido cada tres días, teniendo un cuidado especial en lavarse y presentarse siempre muy limpio.

No es difícil probar que ser un *dandy* en aquella época tenía el carácter de un verdadero heroísmo y que hay verdaderos fundamentos históricos para creer que las bellas damas de ideal belleza que presidían los torneos, se lavaban muy de tarde en tarde, a pesar de vestirse de brocados y de armines.

El duque de Lauzun, conocido entre las damas con el sobrenombre de *el guapo Lauzun*, fué el gran elegante de la corte de Luis XIV. Era, además, un verdadero intrigante y un hombre de una desfachatez verdaderamente extraordinaria.

Había nacido en el castillo de Lauzun en 1632, y aunque, sin ninguna fortuna, cuando se convenció de que por sus atractivos podía aspirar a las más altas esferas del poder, se hizo presentar a la corte, y supo hacerse tan simpático al rey, que obtuvo el nombramiento de coronel de dragones, gobernador del Berry, y que se crease expresamente para él el grado



Petronio

de coronel-general de dragones. Como el rey no quiso refrendar su título, Lauzun insultó al rey y le trató tan mal, que Luis XIV levantó su bastón y, no queriendo pegar a un gentilhomme, lo tiró por el balcón. Estuvo algunos días en la cárcel, pero lo sacó de ella Mlle. de Montpensier, prima del rey, que se enamoró de Lauzun hasta tal punto que lo hizo nombrar duque y se casó secretamente con él. Entonces Luis XIV se humilló e hizo las paces con aquel hombre que lo había insultado y que iba vestido con mucho más lujo que él mismo. Siempre por el favor de las mujeres y por la propia reina, a quien hizo la corte, obtuvo el mando del ejército de Flandes.

Cometió la imprudencia de no hacer el amor a la Montespan; y la Montespan lo desbancó de su favor en la corte, despechada de que aquel hombre, más guapo y más elegante que el mismo rey, no le hubiera hecho caso. Por esta causa estuvo encerra-

do nueve años en la Bastilla, hasta que la Montpensier logró sacarle, dándole el condado de Eu y el principado de Dombes.

En 1693, después de la muerte de la Montpensier, Lauzun llevó su luto en la corte de Francia, lo que pareció un gran atrevimiento, tratándose de un casamiento secreto, y sabiéndose además los disgustos que había dado Lauzun a su fiel enamorada. Murió en 1723, después de haberse hecho perfumar y vestir de la manera más digna para recibir a la muerte. *"La muerte es una mujer, dijo, y debo recibirla con todos los honores"*.

El gran elegante del siglo XVIII fué el aventurero italiano Casanova de Seingalt. Nació en Venecia en 1725, y visitó muy joven Roma, Nápoles, Corfú, Constantinopla, después de probar todos los oficios y de haber tenido numerosas aventuras. Francia y Alemania fueron su campo de acción. Jugador y protegido por los hombres más ricos de su tiempo, gastó sumas inmensas, presentándose un día hecho un gran señor y otro día sin un céntimo en el bolsillo. Cuando volvió a Venecia, fué condenado a prisión bajo los plomos del palacio ducal, por haber inventado algunos trucos de magia para sacar el dinero de los incautos. Después de tres años de prisión, se escapó de los plomos, siendo uno de los más interesantes capítulos de sus copiosas memorias el de su evasión de la terrible cárcel veneciana. Aquella evasión y la fama de sus aventuras y de sus elegancias, le dieron celebridad. Entonces fué el hombre a la moda del siglo, que ganaba y gastaba sumas fabulosas, amigo de Voltaire, de Rousseau, del gran Federico de Prusia, de la gran Catalina de Rusia, de Luis XV, de madame de Pompadour. Cultivó la amistad de todas las grandes celebridades de su época y tuvo su lugar predilecto en todos los salones de moda del gran mundo, donde cautivaba por su refinado espíritu y su viva inteligencia, por el relato de sus aventuras y de sus viajes, y por el modo como llevaba sus lujosos casacas bordadas por las primeras bordadoras del mundo.

Durante su viaje a España, Casanova trabó en Madrid gran amistad con Mengs, el pintor de retratos de la corte, y, habiendo llegado a Barcelona, fué condenado a muerte por haber hecho el amor a la mujer del director de la Ciudadela. Logró escapar una vez más, y vuelto a París y ya un poco viejo y achacoso, se hizo

amigo del príncipe de la Ligne, quien le hizo bibliotecario de su castillo de Dux, donde acabó tranquilamente sus días, después de haberse hecho amigo y de haber vuelto a reñir varias veces con la república de Venecia. Allí, en el refugio del castillo, escribió y publicó algunas de sus obras, y, sobre todo, la más célebre de ellas, sus Memorias. Murió en 1798, después de haber llenado casi todo el siglo con la celebridad de sus aventuras y de sus elegancias.

Aunque Casanova fué, fundamentalmente, un aventurero y un intrigante, puso en todos sus actos, incluso en los más reprobables, como las trampas de juego y las cábalas de su magia para sacar dinero de los incautos, un sello de distinción. Sacó varias veces los últimos reclamos de la moda y gastó sumas inmensas para vestir de una manera admirable en una época en que los vestidos de los hombres eran tan costosos como los de las mujeres, pues usaban todos los maquillajes, perfumes, bordados y ricas materias de terciopelo y de encajes. Casanova llevaba además encima una gran cantidad de joyas de valor, pues poseía una rica colección de diamantes y de rubíes, y a cada gesto brillaban sus manos materialmente cubiertas de anillos, e irradiaba su pechera de encajes de Inglaterra, que cambiaba muy a menudo, cuajada de toda clase de piedras preciosas que pendían entre la cascada de los encajes. Bastones con puño de oro tenía más de veinte, y cuando había lucido tres veces una casaca, por ricamente bordada que fuese, la regalaba a sus criados. Y lo mismo hacía con las medias, los zapatos y la ropa interior.

Georges Brummel fué un admirable dandy inglés, el primero, indudablemente, de los modernos dandys. Nació en Westminster en 1778, y, al salir de la universidad de Oxford, entró como corneta en el décimo regimiento de húsares, que mandaba el príncipe de Gales. Se hizo en seguida gran amigo del heredero de la corona de Inglaterra, y dejó el regimiento para no separarse más de su generoso protector. Su elegancia le valió entonces el sobrenombre de *rey de la moda*. Su modo de vestir, sus gestos, su aire glacial y la exquisita manera de su elegancia fría, fueron el alto tono de toda la aristocracia inglesa. Vivía de las liberalidades del futuro Jorge IV, porque Brummel no poseía bienes de fortuna. Pero como también

el Príncipe de Gales era un gran elegante, no tardaron en surgir las primeras nubes en la amistad de los dos dandys, y como todo el mundo encontraba mucho más elegante a Brummel que al príncipe, éste, ofendido, le retiró la protección.

Entonces, como ya era viejo y no podía hacer el reclamo de sus establecimientos, su sastre, su guantero y su perfumista lo encarcelaron por deudas que ascendían a varios millones, porque Brummel no les había pagado



Goethe

nunca ni le habían presentado jamás sus facturas. En los últimos años de su existencia llevó una vida miserable, y por fin, habiendo presentado síntomas de manía persecutoria, le encerraron en el asilo de "Bon-Sauveur", en Caen, donde murió en el año 1840.

La elegancia a la manera de Brummel es verdaderamente la teoría de elegancia de todos los dandys modernos. Su fórmula es la siguiente: *El verdadero elegante es el que no lleva sobre su cuerpo ningún detalle que no*

sea escrupulosamente cuidado, y que pueda pasar por el centro de Londres, a la hora de más tráfico cosmopolita, sin llamar la atención de nadie y sin que nadie pueda decir que entonces pasa un dandy de gran renombre. El único atrevimiento que tuvo Brummel fué el de ser uno de los primeros londinenses, que lució sombrero de copa, lo que promovió en la calle verdaderas bullangas, tiros, heridos y hasta algunos muertos. Mientras perseguía la multitud, para lincharlo, a un hombre con sombrero de copa, Brummel tiró al Támesis el suyo y se escabulló, decidiendo, como el príncipe de Gales, no llevar sombrero de copa hasta que hubieran sido linchadas las primeras víctimas, y cuando ya fuera prenda aceptada por todos los elegantes. Y esta fué la única vez que el gran elegante inglés estuvo a punto de llamar la atención.

Para terminar, vaya una anécdota curiosa. Un día el sastre le acababa de traer un gabán de verano que Brummel se había hecho hacer tan corto, tan extremadamente corto, que los faldones del frac le salían por debajo del gabán. No se turbó por esto el gran elegante. Hizo cortar los faldones de su frac y quedó una prenda nueva y extraña.

—¿Qué nombre daremos a esta prenda que no es ni una vulgar americana ni un frac?

Brummel respondió rápido, lanzando al aire bocanadas del humo de su cigarro:

—Le llamaremos "smoking", porque lo he inventado fumando...

Al cabo de pocos días los mejores sastres de Londres confeccionaban "smokings" para toda la aristocracia inglesa. Todos los elegantes de la juventud dorada querían ser los primeros en lucir la nueva invención de Brummel.

HULES Y LINOLEUMS

CONFECCIÓN DE TAPETES

TELAS GOMADAS PARA CAMAS

DESUDADORES · DELANTALES · GORROS BAÑO

PLUMEROS · CEPILLOS

ESPONJAS · GAMUZAS · SACUDIDORES, ETC.

JUAN RIBERA

PUERTAFERRISA, 25 FRENTE CALLE PÍO — TELÉFONO A 5222 BARCELONA

—Y así pasamos a hablar de algunos *dandys* de época más moderna, sin dejar de mencionar a dos grandes poetas que fueron, al mismo tiempo que prestigios universales por el valor inmortal de sus obras, grandes elegantes y hombres físicamente perfectos. Hablamos de Goethe y de lord Byron. No hemos de abocetar la historia de su vida ni de sus obras, harto conocidas de todos. Su norma de elegancia fué la de todos los grandes *dandys*, siguiendo las normas sin afectación de Brummel.

Barbey d'Aureville, el ilustre autor de *Les Diaboliques*, obra que obtuvo una gran popularidad e hizo rápidamente el renombre de su autor, escribió la vida de Brummel y la teoría estética del *dandysmo*. Se hizo notar por algunas excentricidades y tuvo la preocupación de devolver al severo vestir de los hombres modernos, el uso de los bordados. Se presentaba en los bailes de las Tullerías, en la corte del Segundo Imperio y ante Napoleón III y la egregia emperatriz Eugenia de Montijo con las bocamangas de su frac adornadas de encajes de Inglaterra, y con una larga corbata de seda bordada y de encajes siglo XVIII. Pero sus innovaciones no cuajaron y el frac siguió tan negro y tan severo como antes de su bella audacia renovadora.

Hablando de la corte de Napoleón III, hay que decir algo de aquel príncipe de Sagan, cuya única innovación consistió en usar una ancha cinta de moaré para sostener el monóculo, que hasta entonces se llevaba atado de un cordoncito lo más fino posible. Se hizo también célebre por su condecoración de "Caballero de la Orden de la Primavera", como decía Villiers de l'Isle Adam. El príncipe de Sagan hizo cultivar en el invernáculo de su castillo una infinidad de gardenias, para que su ojal pudiera ostentar la perfumada condecoración todos los días del año.

Una figura preeminente de príncipe elegante de época moderna fué la de Eduardo VII de Inglaterra, que fué tantos años príncipe de Gales y tan pocos rey, por la larga vida de su



Lord Byron

madre, la reina Victoria. Este príncipe, que batió el record de los aspirantes a un trono, al que debía subir en su vejez, no tenía otras distracciones que las del *dandysmo*. La reina Victoria era una soberana absorbente y no dejaba intervenir a su hijo en el gobierno del grandioso estado insular y colonial. El príncipe de Gales decía, quejándose:

—He aquí a mi sobrino Guillermo II de Alemania que, siendo tan jovencito, es el centro de toda la política y lo dirige todo. ¡En cambio a mí, que ya tengo cabellos blancos, mi madre no me permite otra cosa que vestir bien!...

Tenía una gran instrucción, como correspondía a quien estaba destinado a reinar sobre un gran estado. La muerte de su padre, en 1861, le obligó a una nueva vida de corte que no le divertía mucho. La reina Victoria, que sintió de todo corazón la muerte de su esposo, dejó de presidir todas las fiestas de la corte, dedicándose al gobierno político del país. El imperio de las fiestas de la corte correspondió al príncipe de Gales. Según una curiosa estadística publicada en 1890, el

príncipe, desde enero a octubre asistió 128 veces a las carreras de caballos, 230 a las funciones reales del *Covent-Garden*, 443 a bailes, *garden-partys* y comidas, cumpliendo, además, 450 obligaciones oficiales y presidiendo la alta cámara 52 veces.

El príncipe era amigo apasionado de las artes y de las elegancias y un ferviente propulsor de los deportes. En su modo de vestir, los *smarts* de Inglaterra y de todo el mundo veían el último grito de la moda masculina. Viéndolo en Marienbad o en París, con su sombrero de fieltro partido o con su sombrero de copa un poco inclinado, con su americana flotante o con su levita lanzada por él en forma peculiar, o con el *smoking* del florido ojal, se debía tener la sensación de admirar a un *dandy* perfecto. Prefería pasar antes por gentleman que por príncipe, en Marienbad y en París, y usaba alguno de sus numerosos títulos nobiliarios antes que el de heredero de la corona de Inglaterra.

Alfredo de Musset fué, como Lord Byron o Goethe, un *dandy* en el más puro sentido de la palabra.

En su novela *La Confession d'un enfant du siècle* se lamenta de la pobreza del vestido moderno de los hombres, con estas palabras: *Para llegar a la triste oscuridad de nuestros vestidos de hoy, es preciso que hayan caído todas las mallas una a una y todos los bordados flor a flor. Y así nos hemos quedado tristes y negros como sepultureros de melodrama...* Pero, a pesar de esta justa queja, no probó a lanzar la moda de las mallas ni de los bordados. Alfredo de Musset ha desaparecido antes de la época de la fotografía, habiendo alcanzado tan sólo los primeros daguerreotipos. No obstante, en dos dibujos de su elegancia, el de Eugenio Lamí tan conocido, y el de Laudelle, nos lo muestran con su exquisita silueta de perfecto *dandy*, el de Lamí en plena juventud y el de Landelle en el crepúsculo de su breve existencia, con su aire un poco cansando, pero gentilmente elegante, con su noble cabeza de rizados bucles y su fina barbilla

Pruebe
usted el

Bergougnan-Unicorde

Neumático
de
inmejorable
fabricación



Alfredo de Musset

en punta. Sabido es que Musset murió en plena madurez de su talento, envejecido prematuramente, cantando siempre el amor ideal de una mujer que no pudo conocer.

Un curioso ejemplo de *dandy* maniático nos lo dá aquel curioso marqués de Anglesey, barón Paget, conde de Uxbrigge, que nació en 1875 y que murió en 1905, después de haber llenado de estupefacción con sus excentricidades el país correcto de Brummel.

Dos años después de su casamiento, en 1900, su mujer pidió y obtuvo el divorcio. El marqués de Anglesey tenía otras preocupaciones que hacer la felicidad de su consorte. Tenía la constante preocupación de su guardarropa, que exigía el trabajo de seis criados y de un secretario. En un sin fin de armarios roperos, y debidamente clasificados, tenía 362 chalecos, 227 vestidos de día y 137 *smokings*, con un número igual de fracs, de chaqués y de levitas. En grandes vitrinas y a la vista de todos los curiosos tenía un número considerable de pijamas de seda de todos los colores y doce fracs de seda blanca maravillosamente sutil. Las vitrinas de bastones, de corbatas, de zapatos y de calcetines ocupaban doce salones de regulares dimensiones. El secretario de su guardarropa y los seis criados afiliados a su servicio clasificaban y ordenaban continuamente lo que el marqués desclasificaba y desordenaba.

Pero todo esto no hubiera podido nada contra una fortuna tan sólida como la del marqués de Anglesey, si no

se hubiera lanzado en gran escala a fiestas teatrales de mucha importancia. En la capilla gótica de uno de sus castillos hizo construir un gran teatro con un escenario capaz para los espectáculos más maravillosos, y con una sola butaca, en forma de trono, para él en el público, porque para estas grandes fiestas que costaban millones de francos, no había más espectador que él. Contrató los mejores actores del mundo, pagando espléndidamente y gastando en decorado y vestidos sumas enormes, para mandarlo destruir luego. Por último ya no se contentó con ser espectador, sino que quiso ser actor. En un baile fantástico que hizo montar con un sin fin de bailarinas y de comparsas, el propio marqués de Anglesey lució un vestido oriental todo cuajado de diamantes que le costó dos millones de libras esterlinas y que mandó destruir el día después de la función, junto con todo el decorado y los demás vestidos. Su pasión por los espectáculos iba aumentando y su fortuna iba disminuyendo.

Cuando estuvo arruinado, los acreedores lo vendieron todo, sus castillos, su guardarropa, sus invernáculos de orquídeas y sus perros bulldogs. Esto pasó en 1904 y el prodigioso maniático murió en la Riviera al año siguiente.



NO ES NINGÚN SECRETO PARA NADIE

que REVISTA DE ORO
va directamente a la conquista
del anunciante. Su enorme
tirada y el precio ínfimo a
que se vende, no tendrían
razón de ser sin el ingreso que
representa la publicidad en
sus páginas. Y es sabido que

LA PUBLICIDAD
SÓLO TIENE EFICACIA
EN LAS EDICIONES DE
TIRADA ENORME



Alfredo Vanderbilt

Cierto que el marqués de Anglesey bate el record del *dandy* del copioso guardarropa, pero también es cosa cierta que se puede ser un gran elegante sin poseer tan inmenso vestuario. Brummel y Barbey d'Aureville, Goethe y lord Byron, Alfredo de Musset y el príncipe de Sagan, perfectos *dandys*, no debieron poseer, con toda seguridad un guardarropa que exigiese un secretario y seis criados.

Dejando para otro artículo próximo la historia de algunos *dandys* españoles, cerramos esta breve historia de los *dandys* extranjeros hablando del multimillonario americano Alfredo Vanderbilt, poseedor de numerosas cuerdas de caballos de carreras, que pasó a la posteridad por la más sublime, la más admirable de las elegancias.

Alfredo Vanderbilt era pasajero del *Lusitania* en su último viaje. Pudo ceñirse, al momento de ser torpedeado el buque por los submarinos alemanes, el cinturón de su salvavidas, e iba a lanzarse al mar sobre cubierta, yendo hacia la vida. Pero, en aquel instante, Vanderbilt vió a una mujer que corría por allí despavorida porque no tenía salvavidas y no quería morir. Y el multimillonario yanqui, que tenía delante de sí una vida feliz, pues iba a desposarse en breve, se desprendió heroicamente, elegantemente, de su salvavidas, y se lo ciñó a la pobre mujer despavorida. Y la mujer fué camino de la vida y el elegante sublime fué camino de la muerte, después de haber cumplido con su deber de admirable galantería.

PÁGINAS DE LA MODA

Por su extrema simplicidad, este modelo de vestido de tarde, lanzado por uno de los primeros modistos neoyorkinos, es verdaderamente elegante. Confeccionado en seda marrón claro, con la falda plisada, tiene como única nota extremada la larga corbata de fina cinta blanca. Todo lo demás es sencillo y severo, y hasta el modisto creador no ha puesto nombre al modelo al lanzarlo. Será por esto por lo que la jovencita americana que lo está luciendo para gusto de nuestras lectoras y hasta de nuestros lectores, aparece pensativa en la fotografía, sin ofrecernos su sonrisa.



DOS MODELOS DE VESTIDOS DE TARDE



En cambio este modelo de vestido de tarde es todo lo contrario del anterior. Se llama «Tarde de Verano» y esto sólo ya es un feliz augurio. El florido adorno de seda translúcida forma parte de la bocamanga, de la corbata y de los lados de la falda, en algunos volantes discretos. El optimismo del modelo se trasfunde a la jovencita que lo está luciendo en la presente fotografía, que sonríe graciosamente, con un gesto no de «mannequin» de oficio, sino de «niña bien» que se encuentra en un salón y que se apoya discretamente en un mueble.

(Fotos Underwood)

BLANCO Y NARANJA



MODELO de tul en color naranja, con el cuerpo formado por volantes concéntricos y la falda plisada por los lados, con pliegues suaves en el centro. En el hombro se anuda un gran lazo del mismo tul, que alegra el modelo con una nota de extremada y selecta novedad.

MODELO confeccionado en seda blanca con el cuerpo cubierto por un corpiño de tul sembrado de florecitas bordadas. La falda tiene todo el encanto de una cosa completamente improvisada, teniendo, no obstante, sobre el cuerpo de esta graciosa mujer un delicioso sabor de modernidad.

MODELO confeccionado en seda, con la falda plisada, en uno de cuyos pliegues, para quitar uniformidad, se dibuja una línea oscura. El cuerpo está todo formado por volantes y entredoses y en cada uno se forma un lazo a un lado, lo que da al modelo un gran saber de novedad.



Fotos



Underwood

De los tres modelos que ofrecemos en esta página, el de arriba es un modelo de vestido de tarde en seda azul marino, con la falda en volantes no muy simétricos. El «chic» del modelo está en la gran flor de crisantemo estilizada que luce a un lado del hombro y de la que se desprende la manga de fino tul que cubre apenas la desnudez del brazo.

El grabado inferior de la izquierda, reproduce otro modelo de vestido de tarde de encajes blancos y tul negro. Muy soñadora, la jovencita que lo está luciendo en la presente fotografía, alza con un gesto de su diminuta mano cuidada la vaporo-

sidad de la falda, para que nuestras lectoras se convenzan de su fragilidad. La corbata se anuda al cuello, bajo el collar de gruesas perlas blancas y negras.

En el grabado inferior de la derecha, damos un modelo de vestido deliciosamente femenino, confeccionado en seda estampada y sembrada de millares de flores diminutas sobre fondo verde, ni más ni menos que un prado primaveral. Claro está que la jovencita se ríe, y está su risa muy en carácter bajo el diminuto sombrero verde oscuro, ceñido por una guirnalda de florecitas semejantes a las que cubren por completo el prado del vestido.



OTROS
MODE-
LOS DE
VESTI-
DOS DE
TARDE



Fotos Underwood



VÉASE, en la parte superior, un delicioso «deshabillé» en seda blanca que forma el más elegante de los vestidos de interior. Un lazo se anuda en forma de corbata y el único adorno, en diminutos pliegues, se repite en las cómodas bocamangas y en el bajo de la falda que cae sencillay confortablemente.

De los dos modelos inferiores, el de la izquierda es de un vestido de noche muy propio para jovencitas recién puestas de largo, en tul plateado, con corbata de pluma y falda en pliegues. Este modelo, lanzado últimamente por uno de los primeros modistos neoyorkinos, tiene un nombre sugestivo. Se llama «Sueño de una noche de verano». La jovencita que o está luciendo aquí, parece iluminada por



la luna en su belleza rubia y sonriente, pero, a pesar de la luna y de la plata de su vestido, esta mujercita parece no tener nada de romántica. En el grabado inferior de la derecha ofrecemos un modelo de vestido veraniego de calle, en seda naranja con capa superpuesta del mismo tono y sombrero cuya novedad consiste en la pluma que baja, como una flor deshojada, hasta el hombro. El conjunto es muy elegante y alegre, y tiene un nombre muy propio, pues el modisto creador le ha puesto «Belleza callejera».

Realmente el hecho de encontrar por la calle a una mujer bella como la de esta fotografía y luciendo este conjunto, es ya un feliz augurio para todo el día.



UN
DESHA-
BILLÉ Y
DOS
TRAJES
PARA
JOVEN-
CITAS



Fotos Underwood

LA vida de sociedad, que antes parecía encerrada en los teatros y los salones y salas de recibir, va invadiendo paso a paso todos los rincones del hogar doméstico y persiguiendo a los hombres y mujeres que quieren ser elegantes por dondequiera que vayan. Ya no le basta a una mujer acicalarse para presentarse en los círculos propiamente sociales; es preciso que se acicale para descansar en su lecho, para desayunarse y para entrar o salir del baño en su casa o en plena playa. A medida que el sentido del recato corporal se embota, surgen inesperados refinamientos que los modistos traducen en fantásticas prendas flexibles y deslumbrantes como las aguas del mar, que reflejan el azul del cielo y el oro del sol.



El primer modelo de la izquierda es de una capa engomada, adornada con diseños futuristas en diversos colores, azul, rojo, verde y oro. Es una prenda ideal para cubrirse al salir del baño.

El del medio es otra capa engomada, con un amplio cuello capucha y largos pliegues, que la hacen muy airosa. Resulta tan atractiva como útil.

El de la derecha es casi un vestido que se lleva sobre el de baño para pasear por la playa, antes de entrar en el agua. Está confeccionado en crepe gruesa de diversos matices de azul, verde, rosa y oro viejo.

Algo de la elegancia pagana de otros tiempos parece renacer en estas creaciones al amparo del extraño concepto moderno del recato femenino.

LA MODA EN LA PLA- YA



Fotos Underwood



HISTORIA DE UN ALMA FUERTE

POR AURELIO MAYO

Ilustraciones de J. DALMAU

I

RECOSTADA en el sofá y casi deseosa de pasar inadvertida entre la muchedumbre de los invitados, Teresa escuchaba a ratos el lejano murmullo del cuarteto de cuerda que tocaba en el salón, y se distraía frecuentemente con la idea de la próxima llegada de Luisa. La cariñosa cartita azul recibida por la tarde prometía su asistencia a la fiesta. Llegada de un largo viaje a América, la amiga de la infancia y confidente de la juventud se apresuraba a ocupar su lugar junto a su compañera de toda la vida. Desde sus días de colegialas habían ofrecido las dos el interesante espectáculo de una amistad, más que fraternal, absoluta, sin los excesos demostrativos que empuñen tantos afectos femeninos, y con una serena confianza casi impropia de su edad y, por lo mismo, tanto más graciosa. Físicamente, sólo se parecían en la estatura, ligeramente elevada y en la esbeltez del tallo. Teresa era rubia, de un rubio apagado que parecía oscilar entre el oro y la plata; de tez blanquísima, ojos grises y boca fresca, que le daban un tipo de niña-mujer, como a Luisa le daban un tipo de mujer-niña su mirada expresiva y sus labios contráidos a la más ligera emoción de su corazón inquieto; el matiz moreno de la tez de ésta parecía claro junto a la masa abundante de su cabello negro. En realidad, cada una de las dos amigas realzaba su belleza por contraste al lado de la otra.

El cuarteto estaba ejecutando una transcripción del Preludio número 17 de Chopin. Teresa se dejó llevar por algunos instantes de la magia de aquel canto indeciso que tantas veces había ella misma arrancado de su piano. Luego se incorporó a medias, buscando con la mirada a su amiga, ausente, y sin poder dominar una sonrisa de felicidad a la idea de la gran confidencia que le preparaba. En el curso de la tumultuosa entrevista que habían tenido aquella misma mañana a la llegada del largo viaje, había sido imposible olvidar la presencia de ambas familias y las dos amigas habían acordado tácitamente aplazar para

otra hora el verdadero cambio de impresiones, el de las referentes a sus respectivas vidas morales, a esas pequeñas aventuras de la sensibilidad que, aun en ausencia de las ilusiones amorosas, sazonan la existencia cotidiana de las almas exquisitas. Las impresiones de una buena lectura, de un espectáculo nuevo, de una visita a un lugar memorable, eran para ellas motivo de interminables charlas. ¡Cuántas cosas tendría Luisa que contarle, después de aquella visita de tres meses a las grandes ciudades norteamericanas! Las cartas fechadas en Boston, en Filadelfia, en San Francisco revelaban entusiasmos, aunque de otro género, casi tan intensos como los que ella, Teresa, había sentido en Roma durante el Año Santo. Pero por muy grandes que fuesen las emociones de la evocación de aquella vida febril entre ferrocarriles, teléfonos y ascensores, mucho mayores serían las que la misma Luisa experimentaría al saber que su amiga íntima, su hermana del alma estaba... ¡enamorada!

¡Enamorada!... ¿era ésta la palabra? ¿Por qué no? Aunque él no lo

hubiese leído cien veces en sus ojos, aunque él no hubiese dado señales inequívocas de que comprendía y correspondía, no hubiera dejado de ser cierto que ella había empezado a conocer por experiencia ese delicioso estado que parece un sueño y es, sin embargo, la más fuerte realidad en la vida del que lo goza. Hallábase ahora precisamente en el momento más sabroso de este maravilloso poema sentimental: el momento en que los dos interesados, seguros del lazo que los une, van a confesárselo el uno al otro. Luisa iba a oír esta confesión antes que él... Y Teresa sonreía palpitante de felicidad a la idea de que, además de tener un amigo digno de ser su dueño, tenía una amiga digna de conocer por adelantado tan delicioso secreto.

La joven se incorporó de nuevo, recorrió con la vista el gran salón, y miró el reloj semiculto por las palmeras que decoraban las paredes. Era temprano todavía; su propia impaciencia la había hecho adelantarse; y sonrió nuevamente, comprobando que casi se alegraba de aquella espera que



Entonces advirtió Teresa que los ojos de su amado tenían extrañas distracciones.

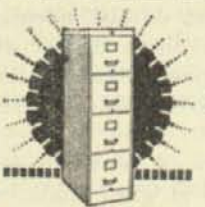


No debe preguntarse por la salud de las personas que toman

MAGNESIA KING'S

Siempre es buena, inmejorable

Deliciosa bebida y remedio seguro



EQUIPE SU OFICINA CON MUEBLES DE ACERO

Allsteel

Y AHORRARÁ ESPACIO, TIEMPO Y DINERO

Archivadores, Ficheros, Cajas de Seguridad, Estanterías desmontables, Armarios, etc.

Pide detalles y presupuestos, sin compromiso, al Agente General para España

VENANCIO GUILLAMET

Ronda Universidad, 31 - BARCELONA

Pianos

BECHSTEIN



R. RIBAS

Rambla Estudios,

11

BARCELONA

Pianos

BLUTHNER

mantenia sus nervios en tensión y le daba lugar de repasar por centésima vez el prólogo de su novela sentimental. Cuando Luisa emprendió su viaje, el prólogo había empezado en realidad, aunque Teresa no se hubiera atrevido a creerlo aún, ni a hablar de ello a su amiga íntima. Fué una noche de concierto en el Teatro de la Comedia. Tocaba Sauer, y ella, en la platea, en una butaca de cuarta fila, entre su madre y su primita Irene — jovencita melómana que se dejaba invitar siempre a los conciertos — había escuchado con religiosa atención la primera parte. Cuando se fatigaba de mirar las plateas guedejas del ilustre concertista, Teresa había descansado los ojos, casi sin darse cuenta, en otra cabeza masculina mucho más joven que, situada delante de la butaca de Irene parecía escuchar con igual recogimiento. Y el sincero interés que en ella despertaba la Sonata Apasionata, no le impidió comprobar que aquella cabeza era, por su clásica corrección, digna de pertenecer al héroe de algún gran poema como el que estaba interpretando Sauer. Terminada la primera parte del concierto, la primita Irene soltó una carcajada y llamó a su vecino con el nombre familiar de "Andrés". Tratábase del hermano de una antigua compañera de colegio, y a Irene le parecía extremadamente divertido el hecho de haber estado sentada detrás de él durante media hora sin que él lo sospechase.

Hecha la presentación, Andrés Velasco y el padre de Teresa habían simpatizado inmediatamente. Luego, este buen señor tuvo deseos de fumar y hubo de salir, dejando a las tres mujeres en compañía del joven. Y del modo más natural del mundo, sólo porque sabía llevar la conversación mucho mejor que su madre y que su primita Irene, fué Teresa quien cambió sus impresiones con aquel nuevo amigo. Hacía de esto cerca de un año. Desde aquella velada, Andrés no se había apartado de sus pensamientos.

Si se hubiese tratado de otro joven, Teresa hubiera debido decidir muy pronto entre aceptar relaciones normales o rechazar sus atenciones. Con Andrés el caso era distinto. Sus frecuentísimas visitas, sus largas conversaciones con ella, habían tenido desde el principio un carácter intelectual y artístico que parecía quitarles toda otra significación. Entusiastas ambos de la música y de todas las literaturas, podían hablar indefinidamente sin tener que recurrir a lo que parece ser

el único tema posible entre dos jóvenes de la misma edad y de idéntica posición social. De suerte que, aunque la primita Irene los había dado por casados — no sin cierta envidia — desde la quincena siguiente al concierto de Sauer, Teresa no había oído aún una verdadera declaración. Por otra parte, sus padres no sabían vivir sin tener la casa llena continuamente de amigos e invitados y, entre aquella muchedumbre elegante y sociable que casi cada día cantaba, bailaba y practicaba todos los juegos de buen tono, se advertían menos los largos diálogos de Teresa y Andrés junto al piano de cola o ante los estantes de la biblioteca.

Estas conversaciones, en las que Beethoven y el padre Coloma desempeñaban tan importante papel como las novedades sociales o los comentarios sobre las modas, habían ido dejando en ellos el sentimiento de una amistad pacífica y franca, que gradualmente debía convertirse en este otro afecto profundo y exquisito cuya próxima revelación a su amiga del alma, hacía estremecer de gozo a Teresa. Entre ella y Andrés se había hablado algunas veces del amor; mas no habiendo llegado para ellos el momento de personalizar, eran uno y otro demasiado nobles para entregarse a ese juego peligroso de galanterías y coqueteos que tantas veces constituye, por desgracia, toda la preparación sentimental del matrimonio. Pero, paso a paso, había ido ilusionándose Teresa con la idea de que sus vidas se acercaban, como dos ríos tranquilos, a un paraje de cielo claro y de ambiente oloroso de tomillo y de flores silvestres, en el que se unirían con felicidad inefable, al calor de uno de esos amores que muchas jovencillas sueñan, y que ella sabía vivir. Así lo entendía también Andrés, indudablemente. En los últimos días había adoptado con ella un tono casi tierno, de hermano mayor, la había aconsejado en varias ocasiones, le había regalado flores, de un modo natural, sin acompañarlas de frases demasiado expresivas, y si no había bailado con ella, porque Teresa no bailaba nunca — rareza social que todos se habían acostumbrado a perdonarle — había dejado de bailar con otras señoritas. El domingo anterior, a las siete de la mañana, le había encontrado en la calle, al volver sola de la iglesia, y Andrés no se había recatado de decirle que estaba aguardándola pura y simplemente porque, sa-

biendo que pasaría por allí a aquella hora, había querido saludarla; no le había dicho que había salido de su casa expresamente con este objeto: eso podía suponerse; tampoco se había atrevido a acompañarla: tres minutos de conversación en la acera, un breve apretón de manos y nada más. Pero sus ojos habían hablado...

Y ahora estaba esperándole ella en aquel sofá, bajo las hojas de las palmeras que adornaban el salón y arrullada por la lejana armonía de los violines. Primero llegaría Luisa, seguramente, pues Andrés tenía el tacto de no anticiparse nunca. Así charlarían las dos un rato, y cuando Luisa hubiese recibido la confidencia y empezase a mostrar su inmensa curiosidad por conocer al dichoso poseedor del corazón de su amiguita del alma... entonces llegaría Andrés, como un héroe de leyenda, aureolado por el romanticismo de la situación, que realzaría más aún su varonil apostura. Teresa se complació en evocar una vez más la adorada imagen del amado; la noble corrección de sus facciones, que, como en la noche del concierto, le hacían pensar a ella en los personajes clásicos; la gracia viril de sus movimientos, la vida de sus ojos, y, sobre todo, ese sello personal y casi indefinible que nos hace a una persona atractiva sin necesidad de consideraciones ni pruebas materiales en apoyo de sus excepcionales cualidades. A su lado le parecía a Teresa que la vida sólo podía ser una especie de ensueño. Y esto se iba acercando... Por de pronto había para aquella temporada la perspectiva de un veraneo en Santander, donde estaba invitada la familia de Teresa y adonde Andrés se proponía ir también.

Hay momentos felices en la vida. Teresa cerró los ojos y pensó que se hallaba en uno de ellos. Era casi probable que en aquella misma velada, cuando Luisa, conmovida por sus confidencias, se apartase discretamente, iniciaría Andrés otra confidencia... y ¡quién sabe si esta misma querida Luisita que habría empezado escuchando en secreto la gran noticia podría acabar felicitándoles a los dos, por así decirlo, oficialmente!...

II

—¡Adivina quién soy!

Mimosamente, Luisa había cubierto con sus manos enguantadas los ojos cerrados de su amiga. Teresa se las

cogió y la atrajo hacia sí, obligándola a inclinarse hasta poner la frente al nivel de sus labios. Luisa le devolvió la caricia y se sentó a su lado. A las dos les parecía que era aquel el verdadero momento de su reunión después de la larga separación de seis meses.

—Papá y mamá están en la otra sala, con otros invitados — dijo Luisa a media voz — pero quédate un poco aquí conmigo, querida y déjame decirte que estás muy guapa.

—Por lo menos estoy muy contenta.

—Yo también, hijita. Las compañeras como nosotras no deberían separarse nunca; ¡si supieras cómo te he echado de menos! Ninguno de los que iban con nosotros sabía escucharme como tú, ni parecía comprender siquiera lo que a mí me admiraba más...

Teresa se echó a reír.

—¡Es claro! A mí me sucedía lo mismo el año pasado en Roma; ¿quién sabe como yo lo que has pensado y admirado y querido desde que podías pensar y admirar y querer? Si te proponías ir por el mundo sin mí, deberías haber empezado por no meterme dentro de tu alma.

Impulsivamente Luisa atrajo a su amiga y la besó de nuevo en la frente.

—¡Muy bien dicho! Y como tú has hecho lo mismo conmigo, no puedes tampoco pasarte sin mi compañía. ¡Mucho mejor! así sabemos las dos lo que es una amistad verdadera; sabes que hay momentos en que me parece que eres mi mamá y otros en que me parece que eres mi hijita?

—También esto está muy bien dicho... Ya ves si tenemos que hablar, y por mi parte... ¡prepárate, Luisa!

—Y tú — replicó Luisa, tomando el rubor repentino de su amiga por un efecto del calor que se dejaba sentir en aquel rincón — ¡prepárate, Teresa! Piensa únicamente, tantos barcos, tantos hoteles, tantas ciudades... pero esta noche no vamos a poder hablar aún, porque veo que empieza esto a llenarse de gente. Dime solamente que vas a venir con nosotros a Santa Cecilia: papá quiere estar allí el primero de Julio, es decir, dentro de ocho días.

—¿A Santa Cecilia?

—Sí; es la nueva casa de campo, casi en las afueras de Zaragoza. Papá la compró en otoño; recuerdo haberle hablado de ella.

—¡Tienes razón! Ya ves: lo había olvidado.



SIGA ESTE CONSEJO

«Por la mañana al levantarse y por la noche al acostarse, límpiense los dientes y la boca con Dentífricos Pierre».

No sólo conservará sana la dentadura, sino que evitará muchas infecciones.

Pasta dentífrica rosa	1'60 ptas. tubo
» » esmalte	1'40 » »
Elixir dentífrico núm. 2 bis	5'00 » frasco
» » gran modelo.	10'00 » »
» » ½ litro	20'00 » »
» » 1 »	28'00 » »

Si no lo encuentra en las perfumerías o droguerías de su localidad, pídalo al Concesionario Fbte.: A. PLIIG, Valencia, 335 - BARCELONA

DENTÍFRICOS DEL DR. PIERRE



Chocolates y bombones suizos

NESTLÉ

PETER

Cailler

KOHLER

Pídalos en el teatro y en las buenas confiterías y demostrará su suprema distinción

—No es extraño, porque yo no la conozco aún. Pero creo que es una residencia muy fresca y agradable. ¡No me digas que no vas a venir!

—¡Y con qué gusto, Luisa! Sin embargo, no puedo prometerte nada todavía. Papá quiere ir al Norte, a Santander; también a una casa de campo. Nos han invitado los Vélez Araujo y creo que irá mucha gente; habrá regatas o cosa así... Además... hay una razón especial...

Y esta vez, si hubiera Luisa advertido la emoción de su amiguita, si no la hubiera distraído la repentina algazara producida en la sala inmediata por la llegada de algunos invitados.

—¿Una razón especial? ¿algún compromiso de tus papás?

—No; no es cosa de mis papás... He de explicártelo, Luisa... Precisamente quería hablarte de ello esta noche...

El rumor de las voces y las risas crecía por momentos. Estaban llegando los últimos invitados. Bien lejos de sospechar la naturaleza de la confidencia que Teresa le anunciaba, Luisa había vuelto la cabeza, más que por curiosidad, por el temor de parecer desatenta permaneciendo aislada con Teresa en aquel rincón. Justamente en aquel instante un caballero de agradable aspecto estaba mirando desde la puerta del salón hacia aquel lado. Era un joven de unos veintiseis a treinta años, elegante sin afectación, cuya frente despejada bajo un cabello abundante recordaba las de las estatuas griegas que se admiran en los museos. Luisa extrañó un poco la insistencia con que miraba en aquella dirección, y bajó los ojos. Al hacerlo advirtió que Teresa estaba saludándole. El joven se inclinó entonces y se acercó lentamente.

La repentina aparición de Andrés Velasco había causado en Teresa, además de una profunda alegría, un ligero sobresalto. Era el momento en que iba a hacerle a Luisa la preciosa confidencia y le parecía que, no estando informada de la gran novedad, su amiga podía mirar a Andrés como un intruso, cuando ella deseaba tanto que le acogiese con simpatía, como a un hermano. Pero no había ya tiempo de hacer otra cosa que presentarlos. Con aturdimiento sólo explicable por su emoción, Teresa se puso en pie, y, al imitarla por natural cortesía, pensó Luisa que el recién llegado debía de ser un personaje de elevada categoría social, y, en todo caso, un visi-

tante tratado con poca familiaridad en la casa de su amiga.

Era tan bello el conjunto que, en aquella actitud, ofrecían las dos jóvenes que Andrés se detuvo un momento como para contemplarlas. Hemos dicho que sus dos tipos se completaban y realzaban mutuamente. Acostumbrado a la hermosura rubia de Teresa, el recién llegado pareció impresionado por la arrogante figura de Luisa, cuyo vestido color de fresa y oro viejo armonizaba admirablemente con el matiz moreno de su piel y el negro brillante de sus ojos y de su cabello; en tanto que el tono gris perla del vestido de Teresa, que tan bien se aliaba con su blancura y con los reflejos dorados de su cabellera, contribuía a idealizar su delicada compleción.

Para un observador de buen gusto, debía ser forzosamente difícil decidir cuál de las dos era la más bella. Para un enamorado sincero la indecisión sólo podía ser momentánea: pasada la sorpresa, pasada la fugaz emoción de la novedad, la mujer amada no necesita ser muy hermosa para eclipsar a todas las otras. No obstante, Andrés, rebasando el límite de la absoluta corrección, parecía no poder quitar los ojos del rostro de Luisa. Y sólo para dar un curso natural a la conversación se volvió hacia Teresa, a quien, como amiga más antigua, correspondía dirigirla. Tras de unas cuantas frases sin importancia, el joven rogó a las dos amigas que se sentasen y continuasen su conversación; pero Teresa, feliz de verle y ansiosa de conservarle a su lado, insistió en que se quedase y conociese a su amiguita del alma, de quien tantas veces le había hablado. Y, aturdida aún por sus emociones, se sentó en un silloncito, dejando a su amado el lugar que ella misma había ocupado en el sofá, al lado de Luisa.

—No debe tomar al pie de la letra lo que Teresa le haya contado de mí — le dijo la joven — porque me quiere demasiado para ser justa; pero si le ha dicho que sus amigos lo son también míos, en esto sí que no ha exagerado.

—¡Muchísimas gracias! — contestó Andrés visiblemente contento. — Me parece que Teresa no ha exagerado ni en este punto ni en ningún otro.

Luisa le miró un momento, miró a Teresa y se echó a reír, sin saber que la risa daba a sus labios fresquitos y a sus ojos expresivos un encanto particular cuyo efecto no podía

perderse para Andrés; y en seguida dijo:

—Entonces es probable que hayan exagerado los dos: ella antes y usted en este momento. Pero me voy a tomar la libertad de hablar de otra cosa ¿qué les parece a ustedes el tema del veraneo? Es el que nos ocupaba a Teresa y a mí hace un instante...

Y fué entonces cuando la pobre enamorada empezó a darse cuenta de que los ojos de su amado tenían extrañas distracciones. En los primeros momentos la había halagado sinceramente la afectuosa cortesía de Andrés hacia su amiga del alma y ello le había parecido augurio de mil felicidades para los tres. Al mencionar Luisa el tema del veraneo había resonado en su interior una de las cuerdas de su lira sentimental: para ella, el veraneo debía ser en aquel año, la estancia en una residencia campestre en compañía de varias familias invitadas, entre ellas la de Andrés, quien, sin prometer expresamente su presencia, le había dicho varias veces que esperaba con impaciencia aquella temporada de vacaciones, frase amable a la que no podía dar Teresa la significación de un ocioso cumplido. Llena de ilusión, veía en ello la enamorada una de esas inteligencias tácitas que acusan la mutua confianza y son para el corazón dulces como una caricia. Había, pues, dejado de mirar a su amiga para recoger en los ojos de Andrés la habitual seguridad de su íntima simpatía, cuando advirtió que el joven sonreía como embelesado, reflejando sin darse cuenta con las cejas y con el rostro entero la movible expresión de Luisa, como los niños lo hacen al mirar al narrador de una historia que les interesa intensamente.

A esta observación siguió el recuerdo en masa de las particularidades de la actitud de Andrés en los minutos que acababan de transcurrir. Ese embeleso y no un mero interés de cortesía social era lo que se había pintado en su atractivo rostro cuando miraba a Luisa, es decir en casi todos los segundos de aquellos pocos minutos; y aunque su amiga, seria y modesta como lo era por carácter y por educación moral, no hubiese pensado siquiera en usar el menor recurso de coquetería, bastaba verla para comprender que se apoderase desde el primer momento de la atención de un hombre tan sensible a la belleza expresiva como lo era, An-

drés. No era aquel embeleso la serena admiración que había tenido para ella la noche del concierto de Sauer. Andrés estaba admirando a Luisa de un modo distinto, como si encontrase en ella una misteriosa correspondencia a todos los anhelos de su alma. Y Teresa no le había visto aquella expresión nunca ni aun en su primera entrevista en el teatro de la Comedia, cuando siendo una desconocida para él, como ahora lo era Luisa, podía representar todas las promesas que deben lógicamente ilusionar a un hombre. Y, lo que era peor, entonces Andrés no quería ni era querido por ninguna otra mujer, mientras que ahora...

Y ya no fué la vibración de una cuerda de su lira sentimental, lo que Teresa sintió en sus entrañas, sino el filo finísimo de un cuchillo que empezaba a rasgárselas buscando el corazón para abrirlo y llenarlo de la hiel más amarga para una mujer verdaderamente enamorada.

—¡Teresa!

La joven miró a su amiga y se sintió confortada por aquella invariable expresión de leal afecto.

—Es preciso que veas cómo arreglas eso de Santander. Te dejo ir allí... ¡quince días! ¿estás contenta? pero luego te quiero a mi lado por el resto del verano.

—No puede ser, Luisa. ¿Por qué no vienes tú?

—¡Es verdad! — exclamó Andrés, con inesperada animación — ¿No conoce usted aquel país?

—Lo he visto sólo de paso — contestó Luisa, dirigiéndose a Teresa tanto como a él. — Pero me causó buena impresión, y estoy segura de que el veraneo es allí muy agradable; de suerte que me gustaría mucho acompañarte si no fuese porque papá y mamá se quedarían tristes en Santa Cecilia. Tú, en cambio, Teresa, puedes dejar a los tuyos por algunas semanas, en una sociedad tan animada...

Antes de contestar, Teresa volvió de nuevo los ojos a Andrés para cruzar con él la mirada de inteligencia que su corazón se obstinaba en esperar y que acaso hubiera revelado a Luisa de golpe lo que ella no había tenido tiempo de comunicarle de palabra. Pero Andrés miraba hacia otro lado, hacia el lado en que la mano de Luisa jugaba con una de las almohadas orientales diseminadas por aquel rincón. Esta, siguiendo los ojos de su amiga, miró también al joven, y añadió algo al azar:



— Esta noche he aprendido a querer generosamente...

—El señor Velasco me ayudará a convencerte.

—Andrés — observó Teresa sonriendo, pero casi sin aliento — va también a Santander con su familia y... y no puede aconsejar a nadie que desista de hacer lo mismo.

Luisa se echó a reír, sin poder ver en aquella frase más que una réplica ingeniosa, y quiso continuar la broma:

—Entonces tendré que empezar por convencerle a él de que debe venir a Zaragoza.

—¡Quién sabe! — exclamó el joven, siempre mirando a Luisa. — ¿Está Santa Cecilia muy cerca de la ciudad?

Durante un par de minutos, Teresa no vio ni oyó nada. Inmóvil en su sillón, ignoró en absoluto si estaba despierta o dormida, en un salón lujoso o en el fondo de una cueva, sola o acompañada. Luego, sintió el cosquilleo de dos lágrimas e instintivamente se llevó el pañuelo a los ojos. Un coro de risas femeninas la volvió a la realidad. Luisa acababa de ser descubierta por un grupo de amigas, entre ellas Irene, que le dedicaban una ruidosa bienvenida con motivo de su reciente llegada. Teresa oía voces y veía vestidos multicolores; pero nada más. Todas sus potencias estaban concentradas en el esfuerzo de apartar momentáneamente de su imaginación la horrible novedad, para que su llanto no estallase. Sentía vagamente que

acababa de rompersele el alma y que los dolores serían espantosos apenas se pusiera a considerar su situación. Si media hora antes le hubiesen dicho que esto podía ser, se hubiera echado a reír, como quien oye una necedad insensata. Debía ser que su imaginación la había engañado haciéndole ver en Andrés un afecto comparable al que ella sentía por él... ¡Cuidado! ¡Atención!... ¡que se le torcía la boca y de nuevo amenazaba desatarse el torrente de las lágrimas!... Y ni siquiera le quedaba el recurso de coger a Luisa, llevársela a su cuarto y desahogarse en su pecho fiel de hermana, pues, siendo ella precisamente el actual objeto de las galanterías de Andrés, aquel dolor hubiera parecido despecho, envidia rabiosa, y, además ¿cómo creería Luisa lo que a ella misma le parecía imposible, es decir, que aquel mismo Andrés que apenas la miraba, y que desistía de pasar el verano a su lado en Santander, la había rodeado, durante largos meses, de atenciones delicadas, de esas atenciones que a una mujer enamorada le parecen más elocuentes que las palabras y tan claras como una confesión?

III

Cuando Teresa pudo creer que sus ojos no tenían ya más lágrimas que verter ni su pecho más sollozos que lanzar, acababan de dar las cuatro y

Mientras una mala calculadora le ocasionará grandes perjuicios y trastornos, la



Brunsviga

le pondrá absolutamente a cubierto de ello

Pida demostración gratis, sin compromiso, al Agente General para España

VENANCIO GUILLAMET

Ronda Universidad, 31 :: BARCELONA



AGUA DIXOR

(NOMBRE REGISTRADO)

COMPUESTO CIENTÍFICO DESTRUYENDO EL VELLO SIN QUEMARLO

POR ABSORCIÓN DE LA SAVIA CAPILAR

LA HIPERTRICOSIS

== (PELOS SUPERFLUOS) ==

ES UNA VERDADERA ENFERMEDAD

El AGUA DIXOR se vende en todas partes a pesetas 10 el frasco

Se manda por correo certificado, contra reembolso, por pesetas 11'50, pidiéndola a

ANTONIO PUIG

Valencia, 335 - BARCELONA

RENAULT

CÓRCEGA, 293 y 295

Tel. 1880 G

BARCELONA

media de la mañana en el reloj del vecino despacho de su padre. Hacía cosa de dos horas que había terminado la fiesta. Nunca se hubiera creído capaz de tanta energía; con la muerte metida en el corazón había logrado hablar, sonreír, escuchar la música, comer dulces, beber champaña y, lo que era más difícil, ver cómo Andrés, que siempre había mostrado empeño en probarle su adhesión privándose del gusto de bailar, sólo porque ella no lo compartía, bailaba sin descanso ¡y especialmente con Luisa!... Había logrado además ocultar hasta el fin su pena a su amiga, gracias a que la gran animación propia de una velada de aquella naturaleza, había distraído mucho a aquella. Y sólo al final, en el momento de besarse, después de haber alargado a Andrés una mano fría e inerte, un sollozo seco y único había estado a punto de descubrirla. Luisa había levantado la cabeza, como una madre cuando oye una tos sospechosa en la cuna de su hijito, y la había interrogado con sus ojos oscuros, tan nobles, tan leales y afectuosos. Teresa había podido sonreír un poco más y la amiga del alma se había alejado con sus padres sin sospechar el drama que dejaba tras de sí.

Pero al desplomarse sobre su lecho vestida con todas las galas de la fiesta, había creído morir. Libre de dar curso a su llanto y de saturarse de la amargura de aquella inmensa desilusión, la infeliz había penetrado por primera vez en su vida en esa tenebrosa región de los grandes dolores humanos, cuyo horror sólo puede conocerse por experiencia. En el momento en que, embriagada por la más exquisita ilusión que pueda gozar una mujer sensible, iba a hacer a su amiga del alma la confidencia de aquella felicidad, el destino la hacía retroceder brutalmente, para poner en su lugar a esta misma amiga... Y él, el amigo que había estado a punto de tomar otro título más dulce e íntimo, no tenía ninguna palabra que recoger, ninguna promesa que retirar, ninguna prenda que devolver, y podía aparecer ante la amiga como el correcto caballero que anunciaba su apuesta figura. No habiendo sido nunca oficial ni oficioso el cambio de simpatías con el hombre amado, no teniendo ofendida su dignidad femenina ante las demás personas, otras mujeres, las que no saben querer, hubieran podido alzar los hombros y hallar una satisfacción poco noble en el odio hacia la amiga afortunada. Ella no; ella sabía querer

y no podría nunca odiar a Luisa ni alzar los hombros ante el abandono de Andrés; al uno y a la otra les había dado su corazón sin reservas. Además, Luisa era enteramente inocente y, por mucho que la hiciese sufrir, no merecería otra cosa que la correspondencia al cariño que siempre le había dado. ¿Qué podía, pues, hacer Teresa?

Lo que estaba haciendo: llorar, llorar indefinidamente la pérdida de aquella gran ilusión, la destrucción de aquel porvenir risueño, tejido con los rayos de luz irisada de un amor noble y poético, tierno y profundo, como ella lo había soñado, como parecía soñarlo y ofrecérselo el arrogante amigo con cabeza de ídolo griego, hermoso y sensible al parecer, pero quizá no más sincero y constante que los dioses helenos... ¡Qué drama Señor!... si ese debía ser el fin de aquel idilio esbozado ¡más valiera no haberlo empezado nunca!... Y una nueva ola de amargura estremeció su cuerpo y arrastró su alma un poco más adentro en la región tenebrosa de los grandes dolores humanos, cuyo horror sólo lo puede conocerse por experiencia.

Pero el alma, prisionera del cuerpo, puede aprovecharse de sus descuidos, y cuando le ve sucumbir por la fatiga de las emociones, sabe a veces elevarse; entonces la inteligencia ilumina el desolado paisaje moral y trata de reconocer los estragos causados por la convulsión y de hallar su camino a través de ellos. A las cuatro y media de la mañana, Teresa había alcanzado esta fase.

Lentamente, se sentó en el lecho, se recogió las hebras de oro de su hermosa cabellera, y empezó a soltar los broches de su vestido gris perla que con tanta alegría se había puesto algunas horas antes. En la mesita de noche había una cartera de piel con un espejo: Teresa lo cogió maquinalmente y volvió a dejarlo en su sitio con ademán abatido, sin haberse mirado en él. No tenía sueño y sí sólo un cansancio que ponía su cuerpo de plomo. Dejose resbalar fuera del lecho, se descalzó, cambió su vestido por una bata y se dirigió a una mecedora de rejilla para descansar un poco en otra posición y aclarar sus ideas, si esto resultaba posible.

Frente a la mecedora de rejilla pendían de la pared una hermosa estampa de la Inmaculada Concepción y un Crucifijo de metal. Apenas recostada en la mecedora, los ojos fatigados de la joven cayeron sobre aquel rincón de recogimiento e inmediatamente, como

impulsada por un resorte, Teresa se levantó y corrió a arrodillarse. Al mismo tiempo las lágrimas, que había creído enteramente agotadas, volvieron a correr con profusión y los sollozos sacudieron de nuevo su pecho de virgen. Aquel Cristo, aquella Inmaculada Concepción, que habían oído impasibles sus oraciones todas las noches desde su infancia se habían conmovido ahora, al verla tan desgraciada y la invitaban a que viniera a desahogarse, a contarles sus penas, a ellos que tanto habían amado y sufrido en este mundo...

Teresa necesitaba a todo trance un apoyo moral y se precipitó con afán sobre el que le brindaba su fe religiosa, sin dejar de sentirse confusa por no haberse acordado antes del gran Amigo de los que padecen. Durante algún tiempo lloró impulsivamente, casi sin pensar en nada, y sólo con la íntima seguridad de que desde más allá de este valle de lágrimas la estaban mirando, de que su pena era conocida y recibida como una ofrenda preciosa. ¡Oh! esto no le quitaba del corazón la amarguísima hiel de aquel desengaño; pero parecía darle algunas fuerzas para resistir sin volverse loca, sin ceder a la tentación de odiar a alguien... quizás a sí misma.

Al cabo de algunos minutos levantó la cabeza y se enjugó los ojos. La Inmaculada le mostraba sus manos juntas en actitud de orar. Orar ¡sí! ella lo haría, como cada noche, más que cada noche, porque tenía tantas cosas que pedir... o mejor, una sola, pero ¡con qué ansias!... ¡Señor!... ¿cómo había podido suceder aquello?... Ella creía, estaba segurísima de que el afecto, la fidelidad de Andrés le habían sido concedidos definitivamente... esto estaba entendido... ella había sido siempre piadosa; se había enamorado apasionadamente, es verdad, pero con sentimientos puros, con sincero deseo de ser una esposa cristiana después de haber sido una doncella cristiana, como lo son tantas mujeres temerosas de Dios ¿qué había pasado, entonces, para que se le quitase de golpe aquella felicidad? "¡Señor, Señor! ¿por qué este castigo? ¿qué he hecho, Madre mía, qué he hecho para sufrir así?" Un gran acceso de enternecimiento, de lástima hacia sí misma abrió de nuevo las fuentes de sus lágrimas y sacudió su cuerpo convulsivamente.

Pero, a pesar de aquel desconsuelo, iba afirmándose en el fondo de su corazón el sentimiento de que en el

Cielo se conocía su dolor y se oía aquel pobre reproche de hija mimada que no sabe aún lo que es la vida. Cuando empezó a calmarse su agitación. Teresa miró tímidamente la efígie del Crucificado. Allí dentro, en su conciencia, empezaba a apuntar una luz nueva en tanto que resonaban en sus oídos las palabras que sus labios habían pronunciado: "¡Señor, Señor!... ¿por qué este castigo?" La infeliz juntó las manos e inclinó la cabeza, como si se dispusiese a oír una contestación, y, sin esfuerzo alguno por su parte, como venidas por su propia iniciativa, cruzaron por su memoria dos frases de la *Imitación de Cristo*: "Por qué buscas el reposo cuando has nacido para la fatiga? La Cruz te espera en todas partes, y no puedes evitarla". Y en seguida, asombrada por aquel inesperado juego de su espíritu extrañamente lúcido, cuando debería hallarse extraviado por el sufrimiento, o adormecido por el cansancio corporal, Teresa recordó con entera claridad algunas reflexiones propias brotadas espontáneamente en el curso de su vida de doncella cristiana. Ese camino real de la Cruz, de que habla la *Imitación*, ella lo conocía: era el que Dios ha ofrecido a todas las almas para que dejen la falsa vida de las ilusiones terrenales, de la concupiscencia, de la ignorancia espiritual, y entren en la verdadera vida del conocimiento de la voluntad divina y de la conformidad absoluta con ella. Los que no quieren seguirlo son los débiles, los materialistas, los epicúreos, los que se resisten a creer, para poder envilecerse libremente, dándose todos los gustos posibles y huyendo con espanto del dolor, como si no hubiese una ley moral augusta e inexorable. Los que quieren seguirlo son los fuertes, los que adoptan esa ley como eje de su voluntad y bendicen el dolor, que pone a prueba la sinceridad de su amor a Dios, ennobleciéndoles y levantándoles sobre este triste mundo de bajas pasiones y ridículos apetitos. Teresa sabía esto, gracias a su educación religiosa y a sus cristianas costumbres; pero, siempre feliz al lado de unos padres ricos y que la adoraban, había pensado frecuentemente que Dios la quería así, con sus moderadas virtudes domésticas y sociales, con sus devociones fáciles, y sólo vagamente había temido que más adelante, un día u otro, al doblar un recodo de su vida, podía encontrarse frente a esa Cruz que "nos espera en todas partes y que no podemos evitar". Luego, estas re-

AL COMPRAR
UNA PILA ELÉCTRICA.
FÍJESE
SI ES
DE LA
RENOMBRADA
MARCA
**RADIO
LOT**

PASEO SAN JUAN
Nº 17
BARCELONA




Pelo o Vello
desaparece hasta la raíz sin molestia, usando los productos premiados en París, Roma, Amberes y Londres

En Perfumerías,
**DEPILATORIO
BORRELL**
CONDE ASALTO, 32
BARCELONA

**DEPILATORIO
BORRELL**

Astra



**ES LA SUMADORA QUE LE
CONVIENE. POR SER LA MAS
COMPLETA Y RESISTENTE**

Pida demostración gratis sin compromiso
al Agente General para España

VENANCIO GUILLAMET
Ronda Universidad 31 BARCELONA

PILAS HELLESENS SECAS



**SOBRINOS
DE
R. PRADO
S. A. D. L. T. D. A.**

CASA CENTRAL
M A D R I D
P R I N C I P E 12

BALMES 129 BIS
TEL. 1048 G
BARCELONA

**MATERIAL
ERICSSON
RADIO**

BALSAMO ORIENTAL
CALLICIDA INFALIBLE

USÁNDOLO DESAPARECEN
CALLLOS, SABAÑONES, BERRUGAS, OJOS
DE GALLO Y DUREZAS DE LOS PIES

Pídalo en Centros de Específicos, Farmacias, Almacenes de
Curtidos, Perfumerías, Droguerías, Zapaterías, etc.

Segafá, Andreu, Oller, Tarín, Salus, Se-
rra, Alsina, Uriach, Tarrés, etc.

flexiones se esfumaban lentamente en la atmósfera tibia de su bienestar, llegando a quedar olvidadas durante semanas o meses enteros. Y las oraciones de cada mañana y de cada noche, apenas eran otra cosa que salutations de una buena educación social que considera al Cielo como un salón concurrido por personajes selectos que casi no exigen de nosotros más que esas ligeras cortesías.

Esta cómoda modorra espiritual se había acentuado desde que conoció a Andrés, pues cuando el espíritu está prisionero de una fuerte ilusión de esta vida mortal no es fácil tener puesta la atención en las cosas de la eternidad. Y, paso a paso, la joven se había ido habituando a aquel sentimiento de seguridad en la felicidad de un porvenir inmediato junto al hombre que su corazón había elegido y que parecía comprender y corresponderla cumplidamente.

El desencanto había sido horrible. Y cuando sus lágrimas hubieron disipado el polvillo de oro de la ilusión, que cubría el horizonte de su espíritu, Teresa vio allí su Cruz, la Cruz inevitable, que aplasta a los que se resisten a soportarla, y que sólo puede soportarse armándose de las virtudes nobles y recias que caracterizan al verdadero cristiano. Dios no la quería mundanamente feliz, con sus devociones fáciles, y sus moderadas virtudes domésticas y sociales; Dios no la quería embriagada de ilusiones al lado de aquel hombre apuesto y, al parecer, capaz de hacer dichosa a una esposa amante; Dios la quería sola, con el corazón vacío y lavado por el puro rocío de las lágrimas, con el amor propio humillado y la voluntad presta a entrar en aquel camino real de la Cruz que parecía estar tan lejos del camino de su existencia fácil y reglada. Nuevamente levantó Teresa los ojos al Crucificado, que se moría agobiado por todos los dolores físicos y morales que pueden flagelar a la naturaleza humana, y otra frase de la *Imitación* cruzó por su memoria: "¡No busco tus dones sino a ti mismo!"...

He ahí, pues, lo que su Cruz significaba. Dios la quería más cerca. La voz de aquel Cristo que había presenciado sus secretos alborozos de doncella enamorada, se alzaba ahora expresiva en el fondo de su conciencia, sobre los ecos trágicos de su gran dolor, para pedirle que se sometiera. Y ella, la pobre apasionada, que pocas horas antes se hubiera ido al fin del

mundo tras del hombre amado, reconocía sin saber cómo el acento del Dueño y Señor de todas las almas, y se inclinaba resuelta, asombrándose de su propia sumisión y balbuceando otra frase que el autor de la *Imitación* ha completado con un versículo del Salterio: "Señor, benditas sean vuestras palabras, más dulces a mis labios que la miel"...

Porque, en efecto, aquel solo acto de sumisión había operado una transformación en su espíritu. Una alegría serena, que iba creciendo gradualmente, empezaba a bañar su pobre corazón lavándolo de aquella hiel amarguísima y llenándolo de un misterioso bálsamo que lo sosegaba por completo. Ya no necesitaba recordar frase alguna de ningún libro: el Maestro le hablaba directamente, y ella comprendía muy bien todo lo que estaba diciéndole. Su vida quedaba partida en dos pedazos separados por la Cruz. Hasta ahora había alimentado de goces profanos, aunque lícitos, de satisfacciones sensibles, de esperanzas amables y de una gran ilusión que había llenado su alma durante muchos meses; desde ahora se alimentaría de aquellos goces espirituales que, como florecillas de suavísima fragancia, brotan entre las espinas que tapizan el camino real de la Cruz, de los dolores que su espíritu necesitaba para robustecerse purificándose, y, sobre todo, de otra gran ilusión que, mediante su buena voluntad, se realizaría como se realizan todas las promesas divinas: la ilusión de acercarse paso a paso al Dueño y Señor que la había llamado, hasta unirse espiritualmente con El, como se habían unido tantas otras almas llamadas también de repente en el torbellino de una gran alegría o en el abismo de un gran dolor.

IV

Cuando Teresa dejó el reclinatorio, el sol entraba a torrentes por el balcón abierto de par en par. Las acacias del jardín brindaban los suaves escondrijos de su ramaje a una muchedumbre de pájaros alborotados como chiquillos traviesos, que saltaban de una a otra rama, se posaban unos segundos, doblaban sus graciosas cabecitas a uno y otro lado, y cambiaban nuevamente de lugar, siempre gorjeando sus canciones incomprensibles. Teresa los miró un rato con extraña simpatía; también su corazón saltaba y gorjeaba como un pajarillo libre; la dulzura

inefable de aquel toque de la gracia duraba aún, comunicándole aquella inesperada juventud espiritual, mil veces más robusta, fresca y feliz que la juventud física. Era una sensación deliciosa de alegría y libertad, que no puede compararse con ninguno de los estados de la vida ordinaria. Luego vendrían las otras fases del proceso de la purificación, las añoranzas, las melancolías, las sequedades, las tentaciones sutiles, los escrúpulos enfadosos, quizá otras congojas más dolorosas, entre las que encierra esa pavorosa "noche oscura", que tan exactamente ha descrito San Juan de la Cruz, y que en mayor o en menor extensión conocen todas las almas cuando han empezado a avanzar por los senderos del mundo interior... Todo lo aceptaba Teresa, porque todo es poco cuando se ha escuchado y reconocido la voz del Dueño y Señor de todas las almas.

Tras de un rato de mirar los pájaros y las flores, la joven se retiró del balcón y sonrió pensando en la extrañeza que experimentarían muchas de sus amigas si conociesen aquella extraordinaria aventura espiritual. Las que habían advertido su tácita inteligencia sentimental con Andrés, y, entre ellas, su prima Irene, que la conoció desde el principio, creerían en una discordia, en una riña de enamorados y supondrían que Andrés hacía la corte a Luisa para vengarse, y que ella misma, Teresa, se entregaba a la piedad para representar el interesante papel de víctima. No se creería que la graciosa presencia de su amiga del alma hubiera podido despertar en aquel joven un sentimiento o, si se quiere, una pasión ardiente que eclipsaba repentinamente al otro sentimiento, de simpatía serena, de afecto casi fraternal, que había demostrado tener hacia ella. Mucho menos se creería que el gran dolor de aquella brusca desilusión que rompía todas las fibras de su corazón amante, se hubiera convertido en uno de esos toques deslumbrantes de la gracia que sorprenden al alma y que, secundados por una voluntad sincera, bastan para transformar una vida. Su misma familia, sus amigas, aun muchas que se tenían por piadosas, sonreirían y encogerían los hombros como encoge los hombros y sonríe el mundo para negar lo que no conoce.

Teresa se dirigió al tocador para recogerse el cabello. Sobre el cristal de la mesilla y entre un pañuelo y una revista ilustrada, veíase una prueba fotográfica. Era un grupo tomado

en aquel mismo jardín que ahora animaban los pájaros con sus gorjeos: en dos sillones de junco estaban sus padres, y detrás, en pie, estaba ella, entre su prima Irene y Andrés. Por ambos lados asomaban cuatro o cinco figuras más de otras tantas amigas; Teresa sólo veía una figura, la del apuesto joven de cabeza clásica, que le sonreía, como si fuese a decirle por fin lo que durante tantos meses había estado ella esperando. Sus labios se contrajeron y su garganta se apretó. Luego, cerró los ojos, se recogió un momento y rompió la prueba fotográfica lentamente, en varios pedazos, mientras su pecho se sacudía con un sollozo. Acababa de dar el primer paso en el camino real de la Cruz.

... ..
A los veintitrés años no se pierde una noche impunemente. Después de recogerse el cabello y de lavarse el rostro, Teresa había cerrado el balcón y, vestida como estaba, se había dejado caer en el lecho. Sus párpados fatigados se inmovilizaron, su pecho se sosegó y, durante cinco horas, sólo se oyó en la estancia el ritmo tranquilo de su respiración.

Hacia las once se abrió la puerta silenciosamente, y los tenues rayos de luz que se filtraban por los postigos, dibujaron sobre las paredes la sombra esbelta de Luisa. A tientas, porque venía deslumbrada del exterior, la amiga fiel buscó y halló un silloncito, se acomodó en él, se quitó el sombrero, y esperó. Su espera no fué larga; como por instinto Teresa a través del sueño que la dominaba empezó a tener conciencia de la presencia de su amiga. Apenas hizo el primer movimiento, encontróse en brazos de Luisa.

—Soy yo, hijita; y tengo que perderte perdón por haberte despertado.

Teresa le devolvió el beso fraternal con que solían saludarse y, antes de tener plena conciencia de la realidad, sintió un dolor vago en alguna recóndita región de su alma, una especie de aviso de que era hora de sufrir. En seguida acudieron de golpe a su memoria todos los sucesos de la noche y de la madrugada, y la infeliz se preguntó cómo podría guardarlos secretos para aquella amiga íntima que, a solas con ella leería en su interior como en un libro abierto.

—¡Oh! no querían dejarme pasar, y tenían razón, porque la fiesta acabó muy cerca de las tres; pero... ¡tenía muchos deseos de verte, Teresa!

—No puedo recibir mejor visita

RECLAMOS LITOGRAFÍA



Especialidad en tricromía
"Offset"

Plegables : Pay-pays

Documentación comercial
Etiquetaje : Envoltorios de
todas clases : Carteles mura-
les : Cubiertas para novelas.

Estampaciones luminosas

Placas calendario : Secantes
Tarjetas perfumadas : Calen-
darios bolsillo : Interesantes
colecciones de cromos: Últi-
ma edición: "RAID PLUS
ULTRA"

**PLIK - PLEK
PLIK - PLEK**

(Artículo patentado)

Gráfica Manén

Diputación, 116 - Teléf. 967 H
BARCELONA



que la tuya, hermanita; y he dormido ya bastante.

—Yo me he contentado con seis horitas justas. ¡Adivina quién ha venido a verme a las nueve!

Teresa sintió que el corazón le daba un vuelco y se quedó sin respiración.

—Pues ha venido Irene, tu primita, que no se apartó de mí en toda la noche y tampoco quería dejarme en paz esta mañana... Ella es quien me ha aconsejado que te vea pronto. ¡Como si yo necesitase su invitación para entrar aquí! Pero voy a abrir ese balcón porque quiero verte.

—No, no; espera un poco Luisa... Me molestaría la luz ahora.

—Quizás tienes razón, porque lo que vengo a contarte me... me turba un poco aun tratándose de una amiga como tú.

Teresa respiró fuerte y no habló, temiendo que su agitación se reflejase en su voz.

—Pero me parece que tú adivinarás la mitad, por lo menos, y que bastará que te cuente lo que falte... ¡Bueno! Vamos a ver, Teresa ¿te parece que soy una muchacha... vanidosa?

—¡Vaya una pregunta!

—Es que estoy en peligro de serlo y, en mi lugar, otras lo serían ya.

Teresa no contestó.

—Pero perdóname hijita, porque estoy un poco tonta esta mañana. El caso es que vengo a pedirte un consejo. ¿Has empezado a adivinar?

Teresa se sintió enlazada de nuevo por los brazos de su amiga y substituyó la contestación por un beso.

—Muchas veces se han acercado a mí, como a todas las muchachas de nuestra sociedad, jóvenes distinguidos, con protestas de una simpatía personal que nosotras no les pedíamos. Nunca había recibido un... homenaje tan claro y sincero, al parecer, como

ayer noche en esta casa. Pero tú estabas allí, y lo viste todo, o casi todo, y no voy a marearte con detalles... Bien comprendo que es demasiado pronto para formarse una idea seria, aunque si quieres que extreme mi franqueza, debo decirte que mi impresión es... enteramente favorable. Salí, pues, de aquí, contenta y, si no envanecida, por lo menos muy halagada. Ya te he dicho que estoy un poco tonta, Teresa; pero si no te lo cuento a ti ¿a quién se lo voy a contar?

Un nuevo beso le permitió a Teresa guardar silencio.

—Haces muy bien en dejarme hablar sola, hijita. Quizá me quitarías los ánimos si me contestaras en el tono... menos frívolo que es habitual entre las dos. Digo que me siento halagada, y esto significa, por lo menos, que encuentro simpático a este joven. No cometeré la simpleza de juzgarle por mi sola al cabo de doce horas de haberle conocido; si hubiera que creer a Irene, se trata del ser más perfecto de la Creación.

Luisa se echó a reír y en seguida continuó:

—Claro que me contentaría con un poquito menos; pero tú sabes que tengo mis principios, como tú, y... me parece que ahora es el momento de aplicarlos. Irene me ha dicho todo lo que puede decir en una hora una lengua tan activa como la suya; pero, extrañándome un poco, ha insistido en que te pida a ti el complemento de su información, porque dice que tú le conoces mejor, que le has tratado más, y que... ¡qué tienes, Teresa!

La pobre desengañada había resistido cuanto era posible resistir. Aunque su energía moral no flaqueaba, aunque sus resoluciones espirituales eran las mismas, la herida era demasiado reciente para que no sangrase al contacto con las espinas de aquellos recuerdos. Era el segundo paso en el camino real de la Cruz.

Asustada por aquella súbita explosión de sollozos, Luisa corrió a abrir el balcón. Teresa, echada en el lecho, había escondido la cara en la almohada y lloraba con gran desconsuelo. La amiga fiel sólo pensó de momento en consolarla y se echó casi a su lado.

—Teresa, Teresa, hijita de mi alma ¿qué te pasa? ¿qué es ésto, por Dios qué es ésto? ¿qué te he dicho?

Pero la infeliz no oía ni casi pensaba en aquel momento. Luisa se alarmó y se dirigió al tocador en busca de un frasco de vinagrillo o de agua de Colonia. No los encontró en los

estantes de cristal y buscó sobre la mesilla. Al apartar un pañuelo arrugado, volaron a su alrededor varios fragmentos de cartulina rota, al parecer, adrede; su turbación no le impidió advertir que se trataba de una prueba fotográfica. Sobre un tocador femenino, una prueba fotográfica rota a pedazos es siempre sospechosa. Luisa examinó rápidamente aquellos fragmentos; en uno reconoció el cuello de encaje de un vestido de Teresa, en otro encontró casi entero, el rostro correcto y sonriente de Andrés Velasco, Luisa quedó inmóvil mientras sus mejillas palidecían intensamente. Luego, se pasó las manos por la frente, abrió mucho los ojos y corrió de nuevo al lado de su amiga.

—¡Hijita... hijita de mi alma!...

Y no acertó a encontrar más que esta frase para ella tan familiar. El drama era demasiado doloroso para su corazón leal y amantísimo. Ahora comprendía la mirada extraviada de Teresa durante la fiesta, sus distracciones, el sollozo seco al despedirse, que la extrañó y olvidó luego. Ahora comprendía también el empeño de Irene en que se confesase con su amiga inmediatamente. Que Teresa, su amiga, su hermana sufriese un disgusto de este género era ya horrible; pero que fuese ella precisamente la causa de todo, esto era para Luisa un tormento intolerable. Y su llanto sobre el hombro de Teresa fué lo que llamó a ésta a la realidad.

Habíanse cambiado los papeles. Teresa, la abandonada, era quien tenía que consolar a la causante de su abandono. Y todo su amor, más que fraternal depurado además por el sacrificio y ennoblecido por la gracia que había penetrado en su espíritu, se vertió allí, durante largo rato sobre el corazón aterrado de la dulce amiga, cuyos atractivos físicos y morales habían secuestrado bruscamente la atención y quizás el afecto del hombre amado.

Durante largo rato el brillante sol de junio arrancó libremente los reflejos de oro y de azabache de aquellas dos cabezas que apenas se separaban, bañadas por el aroma de las lágrimas y mecidas por el murmullo de los suspiros y de las confidencias. Luisa conoció momento por momento la crisis sufrida por el corazón de su amiga y el inesperado apoyo espiritual que la había salvado. La confidente de aquella alma se hallaba en estado de comprender y comprendió.

—Y ahora — dijo Teresa acariciando el cabello negro de su amiga, que reposaba en el sillón — ahora déjame hablarte un poco de ti.

—¡Oh! — replicó Luisa con acento sereno — esto ha terminado para las dos ¿crees que podría querer a un hombre que ha sido tan ingrato contigo?

—No sé si ha sido ingrato, Luisa. Quizá trató de quererme y no pudo... Quizá no ha llegado nunca a suponer cómo yo le quería...

—Podía por lo menos no dirigirse a mi... ¡y en tu propia presencia!

—Esto ha sido lo más doloroso. Pero... pero yo creo que has causado en él una impresión extraordinaria y que puede sentir por ti fácilmente lo que quizá no hubiera sentido nunca por mí... Y si así fuese, mi querida Luisa...

—Eres demasiado generosa ¿cómo puedes aconsejarme que acabe de martarte de pena acercándome a él?

—Y ¿cómo podría aconsejarte que le rechaces si puedes ser feliz a su lado? Además, Luisa, hermanita, voy a hacerte otra confidencia que me guardarás siempre, *siempre* secreta ¿verdad?

Luisa volvió hacia su amiga sus ojos húmedos y enrojecidos. Teresa continuó, acariciándole el cabello:

—Esta noche he aprendido muchas cosas... he aprendido a querer gene-

rosamente, como tú dices. Yo quiero a Andrés mucho... mucho... Quizás, en cierto modo, no podrás tú quererle más. Y, si tu felicidad ha de quedar asegurada, como lo espero, quiero pensar también en la suya... Pues bien, Luisa, sé tú para él lo que no he podido ser yo...

Luisa cogió las manos de su amiga y se las besó, sin notar que se las llenaba de lágrimas. Luego murmuró:

—¿Y tú, Teresa?

Por toda contestación, Teresa señaló el rincón ocupado por la estampa de la Inmaculada y por el Cristo de metal que se moría perdonando...



Pasta para las pestañas

Número 55, de MILLAT

Ennegrece, alarga y arquea instantáneamente las pestañas.

No oscurece ni destiñe como sus similares.

ESTUCHE: PTS. 3'50

en Perfumerías



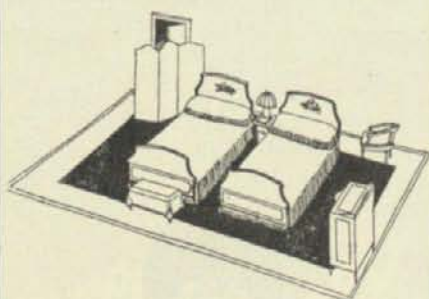
CHOCOLATE

es el mejor desayuno

AMATLLER

es el mejor chocolate

Muebles Fradera



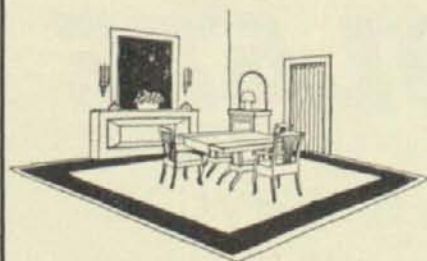
Fradera y Ribas
S. L.

*Fabricación propia
Ventas a plazos*



*Condiciones especiales
para pago inmediato*

Muebles de lujo



*Exposición, Despacho
y Talleres:*

Calle Calabria, 94

(junto a la de Cortes)

Teléfono 968 H

Barcelona

LA CULTURA ARTÍSTICA EN LOS ESTADOS UNIDOS

CANSADOS de materialismo, los yankis no desfallecen en sus campañas para espiritualizar las costumbres sociales.

Si sus magníficas bibliotecas, creadas muchas de ellas con las espléndidas dádivas de los multimillonarios, son ya famosas en Europa y tal vez mejor provistas que la mayoría de las de nuestro continente, lo mismo pue-



Momento de instalar en el Lawn Memorial Park la reproducción en mármol de «El encuentro de Moisés en el Nilo», de Miguel Angel

de decirse de muchas de sus instituciones científicas y artísticas, entre las que abundan también las de iniciativa particular.

En la presente época los norteamericanos poseen los mejores establecimientos industriales del mundo; las más grandes explotaciones minerales y agrícolas son suyas como también lo son las mejores líneas marítimas, las bancas más famosas y... las casas más altas del mundo. De seguir por este camino, dentro de algunos años poseerán además las instituciones culturales mejor organizadas y provistas.

Todo el mundo conoce las magníficas instituciones creadas por Carnegie, el famoso multimillonario y por Rockefeller, otro magnate del dinero, que además de un timbre de gloria para el fundador y para el país que las posee, son patrimonio de la cultura universal. Conocidos son también los famosos museos de historia natural de Nueva York y Washington y otras importantes instituciones del mismo carácter.

Pero si esas instituciones son populares, no lo son ni mucho menos otras mil de carácter público y priva-

do que existen en los mismos Estados Unidos y que nos hablan del tan enorme como admirable esfuerzo realizado por los norteamericanos en los últimos cuarenta años.

Porque hay que tener en cuenta que ese renacimiento espiritual se ha operado en los otros países lenta y sucesivamente, mientras que en América el desenvolvimiento y expansión culturales han sido obra, más que del tiempo, del dinero y de algunas grandes mentalidades cuyo ejemplo ha hecho florecer en cada capital, en cada ciudad, en cada villa, puede decirse, esas otras instituciones no por humildes exentas de eficacia.

De ahí que en este corto espacio de tiempo se haya podido formar una cultura y una moderna espiritualidad americana avaloradas por algunas altas figuras que han aportado a la ciencia, al arte y a la literatura grandes conquistas y una bien característica modalidad y, de ahí también, ese prurito, esa ambición mejor dicho, de atraer a su país a los mejores valores artísticos europeos ya sea en hombres ya en obras que persiguen y conquistan a fuerza de millones y de agasajos.

Ese afán de poseer lo mejor de lo mejor no es, como parece a primera vista, una vanidad de *parvenu*; es, más bien, una necesidad de emulación



La reproducción del famoso «Moisés», de Miguel Angel, al ser colocada en el Lawn Memorial Park, de los Angeles

que va determinando la posesión de todo aquello que desde hace siglos poseen los pueblos de vieja tradición.

Y he ahí el resultado de esa emulación realizada en innumerables instituciones culturales que son escuelas modelo, laboratorios, academias, bibliotecas, museos de todas clases, etcétera, etc., creadoras de una generación de hombres de ciencia, de artistas, literatos y músicos que van formando y enriqueciendo el patrimonio artístico y la espiritualidad del joven pueblo norteamericano.

Y, como si esto no fuera bastante, ese afán de espiritualización llega hasta el punto de votar el Estado y el Municipio grandes cantidades destinadas a proporcionarse aquello que contribuya con su belleza a ennoblecer

al hombre y a la vida y que no pudiendo adquirirlo directamente ni con millones, se lo proporcionan reproducido.

Tal es el caso de la adquisición por parte del Municipio de Los Angeles, de dos magníficas obras de Miguel Angel — el *Moisés* y el *Encuentro de Moisés en el Nilo* — bellamente reproducidas en mármol de Carrara, para ser colocadas en los jardines del *Lawn Memorial Park*.

¡Qué nueva lección de buen gusto y capacidad artística dan con esto a la vieja Europa los *metalizados* norteamericanos, según la injusta calificación de los que decoramos los parques y las plazas con rascacielos, con esculturas cubistas o con torres Eiffel!

UN GRAN ARTISTA Y PENSADOR ROMAIN ROLLAND

EL célebre escritor francés Romain Rolland ha celebrado recientemente su sexagésimo aniversario. Con tal motivo, el ilustre autor de *Jeon Christophe* y de tantas otras obras admirables vibrantes de idealismo y ricas de belleza, ha recibido numerosos y fervientes testimonios de admiración y de amistad sincera.

Con motivo de este acontecimiento han sido reimprimados muchos de sus libros, particularmente en Alemania donde el autor de *Beethoven* es leído como ningún otro escritor francés.

Romain Rolland vive actualmente en Villeneuve (Suiza), en cuya apacible población prosigue serenamente su obra, a pesar de la actitud de indiferencia en que respecto a su producción persisten buena parte de la prensa francesa y de sus mismos colegas, que no le perdonan la posición de absoluta independencia adoptada por él durante la guerra europea y especialmente en los primeros meses en que la ceguera más incomprensible, especialmente entre algunas figuras de fama mundial, invadió a la mayoría de los intelectuales de Francia y de Alemania,

Romain Rolland, queriendo dar al mundo en aquellos tristes días una lección de serenidad, o mejor, de ecuanimidad, quedóse a la expectativa y declinó la invitación a firmar el célebre manifiesto de los intelectuales franceses, cosa que le valió la animadversión de los que hasta entonces habían sido sus admiradores.

No por esto abandonó el ilustre escritor su arrogante actitud y, a pesar de ciertas campañas y del aislamiento a que le condenaron los suyos, persistió inmovible en su labor, lanzando año tras año con admirable fe y tenacidad heroica

magníficas obras que han sido en parte proféticas, y otras veces magnífica lección de moral y ecuanimidad para la humanidad entera.

Si con motivo de la celebración de su sexagésimo aniversario no ha recibido Romain Rolland de parte de ciertos sectores el homenaje debido a su alta inteligencia, el mundo entero, sin embargo, le sigue admirando y teniendo como a una de las figuras más altas del pensamiento contemporáneo y de la literatura universal.



EL VELLO DESAPARECE RADICALMENTE SIN DEPILATORIO sólo en tres minutos con una aplicación de DORADINA

combinación científica de Sales de Radio disueltas en Glicerina que destruye la raíz del pelo sin molestia y sin irritar el cutis.

LA DORADINA es superior a todos los depilatorios conocidos (pastas, polvos, aguas). — Infinitamente más cómoda y económica que la depilación eléctrica. — No mancha ni despidе mal olor y se aplica con facilidad y discretamente. — Con su empleo el vello desaparece para siempre, quedando la piel blanca y delicada.

La DORADINA se vende en todas las Perfumerías y Droguerías al precio de pesetas 12,50 el frasco. — Se manda discretamente certificada contra reembolso por pesetas 14, pidiéndolo a FRANCE EUROPA, Via Layetana, 21. — Barcelona.

Sucesores de Camaló E. y J. Terrés Camaló

Fábrica de Espejos
Vidrieras artísticas
Reponemos en el acto los
espejos de monederos

Venta al
detalle:

Lauria, 9 : Teléf. 1751 S. P. : Barcelona
(Junto a la Plaza Urquinaona)

EN PIJAMA NARANJA

POR LUIS GÓNGORA

AL llegar a Madrid Enrique Ayala, se entró, súbita, en su alma la primavera.

Todo le invitaba a quitarse el gabán definitivamente, a entornar los ojos mirando el escote y los brazos de las adolescentes, a olfatear rastros sutiles... a enamorarse.

Salió de la Estación de Atocha, después de dar a su equipaje las señas de la Pensión, y al ir a tomar un taxi, verde como un refresco de menta, una vendedora de lilas y otra de décimos de Lotería le abordaron asaeteándole más con sus ojos que con sus mercancías.

Se sintió como desnudo al sol: Compró un ramo de lilas y envolvió los largos tallos húmedos en un décimo de Lotería.

En su cuarto de la Pensión, sin abrir siquiera su baúl y maletas, Enrique se dispuso, arrodillado ante un cofre grande de madera gris, a ordenar las cajas-vitrinas que contenían sus colecciones de insectos, de minerales, de plantas: Con un desvelo paternal se cercioraba de la integridad de los cristales de aquellas ventanitas cerradas sobre una Naturaleza clasificada y muerta; pero más sugestiva para él que la viva y libre.

Tan precipitado era su afán por ver el estado de sus colecciones, que se olvidó de cerrar la puerta de la habitación, y al levantar los ojos de una caja constelada de mariposas blancas, vió, enmarcada en el dintel, a una mujer joven, en pijama color naranja, — especie zoológica incoleccionable —, que con ademanes rápidos y expresión asustada, le habló en un castellano matizado de inflexiones inglesas.

—Caballero: estaba calentando el agua para mi te y se me ha inflamado el infiernillo de alcohol... No sé como apagar el fuego...

El acento británico daba a la voz entrecortada de la joven del pijama una calidad de trino en susurro; especialmente, al pronunciar la palabra "infiernillo," las tres íes con el dip-tongo y la elle, le parecieron a Enrique un piar de vencejos.

Sin decir nada, fuése tras ella, que ya había atravesado el corredor, y entró en la habitación en la que ardía el infiernillo nimbado por la llama



azul del alcohol derramado en la mesa.

Rápidamente, dirigióse al lavabo, cogió una toalla rusa y con una suficiencia de apagafuegos profesional y un gesto airoso de camarero que extiende un mantel, ahogó con ella la llamarada y después de un movimiento instintivo de triunfo, sacudió las manos, inconscientemente, con un lamentable ademán de pinguino que sale del baño.

Ella llevóse las suyas al pecho y respiró profundamente para tranqui-

lizarse del todo antes de pronunciar un expresivo

—Muchas gracias
que animó a Enrique, después de musitar el inevitable, urbano y absurdo

—No hay de qué
a explicar que en el laboratorio de Química había tenido que poner en práctica, más de una vez, en casos parecidos, su serenidad de apagafuegos.

—¿Es usted químico? — preguntó ella.

—No, soy naturalista... He venido a Madrid a licenciarme en Ciencias Naturales.

Y antes de que Enrique pudiera manifestar el más leve afán de conocer la personalidad de la joven del pijama, ella se manifestó desenvueltamente.

—Yo también soy naturalista, pero falsa.

—¿Falsa...?

—Sí, falsa. Yo copio la Naturaleza sin haberla estudiado más que por fuera, es decir, casi sin conocerla... Y aquí en España, soy más falsa todavía, porque reproduzco las copias que otros hicieron de la Naturaleza. Soy pintora... Me llamo Kay Bruce... Nací en los Estados Unidos, en West Hills... y he venido a Europa subvencionada por mi país para copiar algunas obras maestras de los museos. Ahora estoy copiando un Greco. Todas las mañanas voy al museo del Prado; quiero terminarlo pronto para irme a Toledo.

Ante aquella profusión de confidencias, Enrique se atrevió a preguntar:

—¿Y viaja usted sola?

—Desgraciadamente no. Soy huérfana, menor de edad... y viaja conmigo mi tutor, cuya influencia en la política de mi país me ha proporcionado la subvención para vivir en Europa. Es un señor antipático, grosero y además... quiere casarse conmigo...

Dijo esto último con tan cómica ira que Enrique inquirió sonriendo:

—¿Y usted?

—Yo me defiende, aplazando la boda hasta que regresemos a nuestro país; porque estoy segura de que si me negara rotundamente haría que la Sociedad de Museos de América me retirase la subvención, y sin ella no podría terminar mi Greco, ni vivir. Me asusta la idea de estar sola y sin recursos en un país extranjero.

—Eso no — respondió resueltamente Enrique —; yo iría a ver al Cónsul de los Estados Unidos y si éste no la ayudara... Yo no soy rico; pero puede usted disponer de mí...

—Muchas gracias — interrumpió ella —. Es usted muy amable y muy... Me parece que vamos a ser buenos amigos.

—Si nos lo permite su tutor — dijo Enrique riéndose.

—Y aunque no nos lo permita — contestó Kay muy seria.

Siguió luego un silencio lleno de interiores elocuencias, que sirvió a Enrique para ir desmenuzando a Kay en su corazón.

Bastaba mirarle las manos para saber que aquella muchacha anhelaba tener un hijo.

Bastaba mirar la fina hendidura que formaba la barbilla con el labio inferior, para asegurar que no sabía mentir: que cualquier mentira haría temblar su barbilla alterando el ho-yuelo hasta que se restableciera el equilibrio saturándolo de verdades.

Bastaba mirarle los ojos para saber que, cuando amase, desearía que la besaran despacio...

A Kay, Enrique le pareció bien, sencillamente bien... quizás demasiado bien para no ser un americano.

Ninguno de los dos se decidía a echar la primera piedrecita en el lago de la mutua observación. El silencio continuaba y ellos lo respiraban como una nueva atmósfera.

Enrique no se atrevía a empezar. ¿Cómo hablar a una muchacha desconocida después de cinco minutos de silencio?

Kay tampoco se atrevía. ¿Cómo hablar a un desconocido del que sabía que amaba el ritmo de su respiración, que anhelaba recorrer con los dedos el arco de sus cejas... que taladraba su boca mirándola?

El recuerdo del infiernillo vino de pronto a abrir una puerta en el torturante y delicioso horizonte.

Enrique balbució, como si en todo aquel silencio no hubiese pensado en otra cosa:

—Si usted quisiera, traería mi tetera eléctrica y podríamos tomar el té juntos.

—Sí, vamos a buscarla: Con la te-

tera eléctrica estamos a salvo de toda inflamación — y al pronunciar la palabra *inflamación* se miraron ahincadamente, enrojeciendo en una troca-da difusión de incendios.

Ante el peligro de un nuevo oleaje de íntimo silencio, Kay abrió la puerta de la estancia y atravesaron el corredor; ella con su cuerpo de fruta temblando bajo el pijama y él con sus lentes de concha, sus grandes lentes de buzo de la ciencia, empañados de emoción.

El portazo rotundo que dió Arturo, al salir, dejó temblando el alambre de la simpatía tendido efusivamente entre Enrique y Kay. La sorpresa turbia de su entrada en la estancia, mientras estaban tomando el té, les había hecho replegarse como caracoles medrosos en un silencio duro y violento. La aspereza con que Arturo habló a Kay, hizo nacer en Enrique aficiones al asesinato, hasta entonces insospechadas, y finalmente, el portazo, agudizó su sensibilidad hasta transformar en ironía toda la agresividad acumulada.

—Ya sé a quién se parece su tutor, — dijo.

Kay le miró asombradísima.

—Sí, se parece a una foca que vi hace tiempo en un circo... No se ría: Fijese usted en la calidad oleacea de la piel, en el bigote prominente, que sale ralo y húmedo de la nariz, en su andar torpe, en su contoneo abdominal y, sobre todo, en sus brazos cortos juntados en un aplauso inconsciente, que le sirve para aprobar y desaprobado y que suena, fofamente, a aleteo frustrado.

Kay miró, sonriente, a Enrique, puliéndose las uñas de la mano izquierda — arma directa de la ira de su corazón — en la palma de la mano derecha — remanso limpio de su amistad.

—¿En qué piensa usted, Kay?

—Pienso en que no voy a tener más remedio que convertirme en domadora de focas.

Se rieron abiertamente, como fru-

PILOSUBLIMADO

EVITA LA CALVICIE

DEPÓSITO GENERAL — ARAGÓN 228 — BARCELONA

teciendo; con el mismo sentido *vital* con que un granado da granadas; y después de reír, se miraron — rojos de crepúsculo — y sintieron, por primera vez, un dolor vegetal, contraste de raíz y de rama verdecida.

La hosca vigilancia del tutor fué burlada, después de dos semanas de atisbo, por la pintora y el naturalista sumergidos en la complicidad de un alba de principios de junio.

Arturo se levantaba a las nueve. Kay y Enrique salieron antes de las seis. En la calle, el zumbido de un aeroplano les hizo mirar hacia arriba y ante la jugosidad del verdor rosado de los árboles, se ciñeron instintivamente rimando su andar como un pulso pleno.

No hablaban. Las mangas de riego justificaban con su chasquido libre todos los íntimos regocijos. Un carbonero que pasó, tiznado, con el pecho desnudo, creó para ellos un cálido ambiente de isla Oceánica; y por esa isla imaginativa deambulaban tropicalmente sin más sensación de ciudad que el taconeado duro y metódico que iban dejando sobre las aceras.

Al llegar a los altos del Hipódromo, vieron tres chopos y les pareció imposible que no pasara por allí un regato.

Era tal su afán de aguas y verdes, que no tuvieron más remedio que besarse.

El aire estaba impregnado de risueñas posibilidades.

No pudieron volver a salir. Arturo encerraba a Kay en su habitación todas las noches y no la libertaba hasta la hora del desayuno.

Enrique coincidía con ellos a esa hora en el comedor. Ninguno de los tres, después del seco "Buenos días" volvía a pronunciar una palabra. Kay terminaba siempre la primera y salía del comedor. Esta salida ocasionaba una impertinente mirada de Arturo a Enrique. Al poco rato, Kay volvía a entrar y dirigiéndose a su tutor le hablaba en voz baja. Entonces era Enrique el que salía, mientras Arturo miraba a Kay henchido de maliciosa satisfacción.

El juego era sencillísimo. Kay salía primero y depositaba entre el forro y el casco del sombrero de paja de Arturo, colgado en el perchero del recibidor, una carta elaborada durante el desvelo de su noche de prisionera y Enrique, después, cambiaba esta carta por otra llena de propósitos vehementes y de signos de admiración.

Mientras tanto, el tutor-foca aplaudía su propio triunfo.

Desde que Enrique amaba a Kay había descubierto en sí insospechadas aptitudes meditativas.

Sin embargo, a pesar de su quietismo inflamado de éxtasis, meditaba que el amor tiene desazones de viaje.

El amor busca lo desconocido.

Los amantes parten continuamente a descubrir mundos. Van saludando a todo. Todo les dice adiós.

¡Partir, partir! ¡Más allá, más allá! ¡Coger en nuevos vergeles apretados racimos! ¡Subir, jadeantes, a todas las cumbres! ¡Ser ola que ensanche en círculos infinitos todos los horizontes!

Enrique sintió esta ansia viajera y se lanzó a la calle.

Era el primer día del verano.

Una voluptuosidad espesa y dulce se esparcía en el aire.

Enrique sintió un deseo imperioso de desnudarse y tuvo que forzar su noción de equilibrio urbano para no hacerlo.

Las mujeres le sonreían y las niñas tenían para él más ternura y más aroma.

La palabra aroma le definió concretamente a Kay y pensó en un jardín nacarado de frescores submarinos y en un salón frágil como una cristalería en la que se insinuase el alma de un astro.

Era más bella que las estatuas porque sabía acariciar y más dulce que las niñas porque sabía callarse saboreando los silencios.

Su cuerpo, noble y ligero, era como su voz, límpido. Su voz, como el sol sobre el mar, junto a la playa rubia — ¡oro rosado... infancia... primitiva armonía! — era velada y pura como sus ojos, o luminosa como brisa en árbol, y cambiante siempre y siempre nueva.

El primer día de verano se ofreció a Enrique, denso de deseo como una novia.

Hacia dos días que Kay había desaparecido.

Enrique y el tutor, consternados, agotaron todos los rastros mientras fracasaban las pesquisas de la Policía.

Después de una noche de torturador desvelo, Enrique estaba en su cuarto de la Pensión. Golpearon frenéticamente su puerta; abrió y entró Arturo, lívido: Sin decir nada, alargó a Enrique una carta con el sobre recién rasgado. Era de Kay. Escribía a

su tutor desde Bilbao, una hora antes de zarpar el barco que la iba a llevar a Norte América. Se despedía de Arturo con la mayor naturalidad, diciéndole, concisamente, que amaba a Enrique y que regresaba a su país huyendo de ambos; de Enrique por exceso de atracción y de él por exceso de repulsión. Iba en busca de equilibrio y serenidad.

—¿Qué ha sacado usted estropeando mis planes? — decía Arturo.

—Ahora no será para ninguno de los dos. El mes que viene cumplirá veinticinco años y se acabó mi autoridad. Me ha deshecho la vida.

—¿Y para mí no ha enviado ninguna carta? — preguntó Enrique, aturdido.

—¿Una carta? ¿Le parece a usted poco con esta? — dijo Arturo furioso; y se disponía a salir de la estancia, cuando Enrique, anhelante, le arrancó el sombrero, que en un alarde de grosería, llevaba puesto y sacó del entreforro la última carta de Kay.

Arturo, estupefacto, balbució, recogiendo el sombrero del suelo:

—Es usted un estúpido y un sentimental.

Enrique estalló:

—Y usted es...

—Yo ¿qué?

—Usted es... una foca.

Y de un empujón le echó fuera del cuarto, dando un portazo decisivo como un punto final.

"Enrique, perdóname. Me voy para defenderme de ti y del cielo de España. Si me quedara, sé que me clavaría en tu vida como una mariposa de tus colecciones. Me voy con la pena de no haberte pintado con la mano en mi pecho, como el Caballero del Greco. Ahora seré yo la que irá por la vida con la mano sobre el corazón ¡tan llagado me lo habéis puesto tú y la primavera!".

Después de leer esta carta la vida adquirió para Enrique un sentido nuevo. El amor y la primavera cuajando siempre en un verano de frustradas madureces.

El día siguiente eran los exámenes de licenciatura.

Era indispensable orientarse, afirmar conceptos, estudiar la primavera muerta y coleccionada.

Preparó las cajas-vitrinas, abrió los libros...

No podía estudiar.

Veía a todas las mariposas en pijama naranja.

LAS GRANDES
ACTRICES

SARAH BERNHARDT

POR UNO DE LA PLATEA

Voy a evocar un espíritu selecto. El hecho de entrevistar a una artista que ha muerto hace ya algunos años no es nada inventado por mí. Además conocí a Sarah Bernhardt con cierta intimidad y hablé muchas veces con ella de su vida extraordinaria, pródiga en anécdotas. No haré otra cosa ahora, al evocar por unos instantes su admirable espíritu, que dar como presente una entrevista celebrada hace ya algún tiempo.

Me hallo en una noche verdaderamente histórica: el 15 de marzo de 1900 y en el escenario del Theatre Sarah Bernhardt. Se estrena nada menos que *L'Aiglon*, tragedia en seis actos de Edmundo Rostand, quien está verdaderamente emocionado. París rebosa de gente de una manera fantástica porque se está celebrando la Exposición Universal y se ha inaugurado el puente magnífico de Alejandro III sobre el Sena y las moles imponentes del Gran Palais y del Petit Palais. La ciudad rebosa soberanos extranjeros y representantes diplomáticos de todas las naciones y países coloniales del mundo.

El teatro está imponente. Llega el presidente de la República, Monsieur Loubet, con su barbita blanca y aristocrática. He aquí al zar de Rusia y al Sha de Persia. Y los palcos se llenan de diplomáticos muy elegantes y muy compuestos. Hay gran expectación por ver aquella tragedia que se desarrolla entre príncipes y diplomáticos de alta escuela.

La obra se ha puesto en escena como Sarah sabe poner las obras en escena, con todo el gusto y todo el gasto, sin perdonar un detalle. La decoración del primer acto, de la villa de Baden, donde pasan el verano María Luisa y el duque de Reichstadt, la del segundo y tercero, del salón de las lacas del palacio de Schoenbrunn, la del cuarto acto, del baile de máscaras en las ruinas romanas

del parque, la del quinto acto de la llanura de Wagram, con las fantásticas apariciones de los muertos, y la del sexto acto, de la muerte del duque, son verdaderas maravillas, con los uniformes bordados de los militares y diplomáticos y los vestidos lujosos de las mujeres. Y sobre todo

acompañar, desde el barón Roschild al propio Rostand. Pero ella se escurre. A las tres de la madrugada salimos ella y yo por una puerta secreta y nos encontramos solos ante el cielo inmensamente estrellado y París silencioso. La noche de marzo está fría y un abrigo de pieles ciñe el cuerpo

de la grandiosa trágica que todo el mundo admira. Mirando el cielo con los grandes ojos tristes, dice con su voz que es oro, miel y perfume:

—¡Cómo me gustaría ahora poder llegar, andando y charlando, hasta Viena y entrar en la tumba del pobre duque de Reichstadt, en la cripta de los capuchinos, y dejar allí unas flores ofrecidas por mis manos después de haber vivido sobre el tablado su gran tragedia!

—Sarah, Viena está un poco lejos y no llegaríamos allí hasta dentro de algunos meses. Era mucho más cómodo para usted llevar flores a Margarita Gautier al salir de las triunfales representaciones de *La dama de las camelias*.

—Tenía un permiso especial para entrar en el cementerio del Père Lachaise a las horas que yo quisiera. Saliendo del teatro, de madrugada, llamaba a la puerta y los guardias me abrían y me dejaban

sola en la mansión de los muertos. Sabía el camino de memoria y avanzaba casi a oscuras entre los sepulcros, hacia el lugar donde duerme su eterno sueño la verdadera dama de las camelias que se llamó María Duplessis. Dejaba allí mi ofrenda florida y volvía a través de las tumbas al mundo de los vivos...

—¿Escribe usted, Sarah, sus memorias?

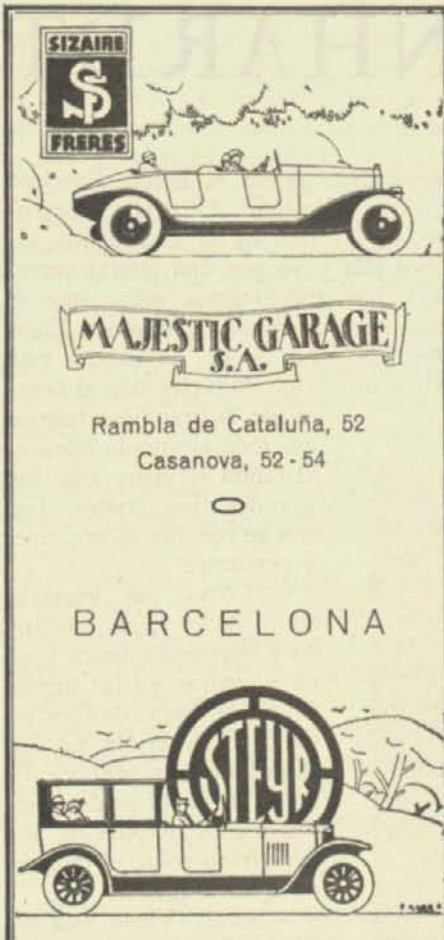
—He tomado notas en el curso de mis grandes viajes y de mis triunfos escénicos, y escribiré mis memorias cuando sea mucho más vieja y me haya retirado de la escena.

—Hablemos un poco, admirable Sarah, de su debut y de su infancia...



Sarah, la divina Sarah, está inimitable con el uniforme blanco del pobre rey de Roma.

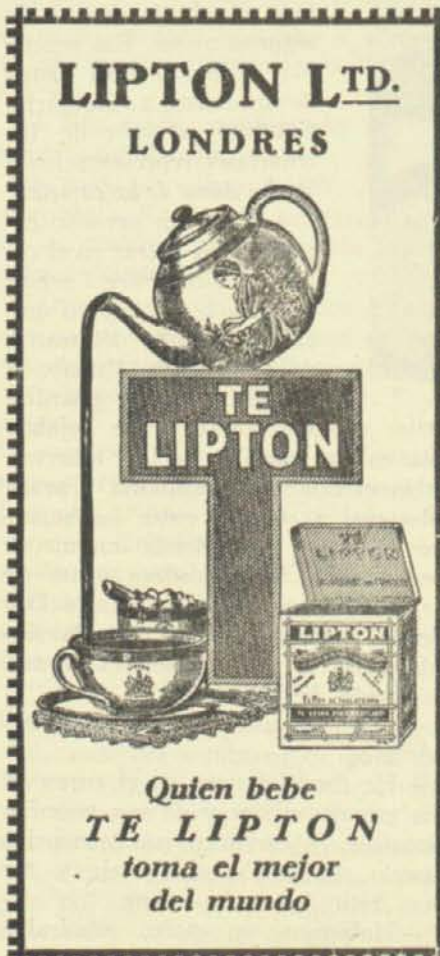
En los intermedios es inútil acercarse al cuarto de Sarah. Los adoradores forman cola. Allí está el barón de Roschild al lado del pequeño autor dramático que lleva una obra en verso en el bolsillo. La noche transcurre, gloriosamente, y todo el mundo está emocionado, hasta el propio Sha de Persia. Yo sé que cuando todos se hayan marchado Sarah me pedirá que la acompañe a pie hasta su casa. Esperaremos que sea muy tarde para no encontrar a nadie. Esto es muy difícil porque, terminado el ruidoso triunfo de la obra, todos la querrán



MAJESTIC GARAGE S.A.

Rambla de Cataluña, 52
Casanova, 52 - 54

BARCELONA



LIPTON LTD.
LONDRES

TE LIPTON

Quien bebe
TE LIPTON
toma el mejor
del mundo

—Todo mi carácter está resumido en esta anécdota infantil: cuando era muy pequeña, queriendo saltar una pared me caí y me lastimé una pierna. Pero me obstiné pensando: —¿Qué más da? Volveré a saltar y cuando sepa hacerlo no me lastimaré ya. Toda mi vida quiero hacer aquello que me proponga. Tengo que saltar sin lastimarme; y llegaré a ser una saltadora consumada!... En este grito de tenacidad y de independencia está todo mi carácter y la personalidad de mi arte; si mi arte vale algo, es porque no se parece en nada a lo que se ha visto hasta ahora en el teatro...

—Esto sí que es verdad. Ha habido en el mundo una Sarah diferente de todo y no habrá otra parecida. ¿Y su infancia?...

—Mi infancia no fué feliz. A los cinco años me encontraron un día encaramada al balcón de mi casa en el momento de echarme a la calle. Me cogieron por el vestido cuando ya me caía. Quise morir porque era una niña desgraciada. Después tuve crisis de rabia, desmayos de pasión y toda clase de incongruencias. En el convento de las Agustinas de Versalles las monjas me veían a ratos mística y a ratos revolucionaria. Adoraba a la Virgen; pero me escapé un día del convento, al que me volvieron los oficiales de Satory. Una vez me encaramé a un castaño de los más altos del parque y desde allí hice una verdadera escena de tragedia, diciendo que me quería morir entre las ramas verdes. Allí, en aquel convento donde aparecía ya como una verdadera comediante representando todos los papeles, hice mi debut sobre las tablas del teatro. Me confiaron un papel de ángel en una comedia interpretada únicamente por colegialas, que se titulaba: *Tobías recobrando la vista*...

—¿Y aquel episodio decidió su vocación por la escena?

—De ninguna manera. Yo creía entonces que mi verdadera vocación era el claustro y tenía la firme resolución de profesar. Cuando el duque de Morny me aconsejó que entrara en el Conservatorio protesté, escandalizada: —¡No quiero ser actriz de ninguna manera! ¡Me repugnan el teatro y la vida licenciosa que se lleva en él!... Auber, el gran músico, también me alentaba a que ingresara en el Conservatorio. La única cosa que me decidió fué haberme dicho mi padrino, el duque de Morny que tenía

razón, tal vez, de no escoger el camino del teatro porque estaba demasiado delgada y tenía un defecto de pronunciación. Entonces quise demostrar que yo podía ser algo en el teatro, a pesar de aquellos defectos.

Auber decía que tenía un timbre de voz admirable y me aconsejaba que me decidiera por la ópera. Pero sólo eso, el espíritu de contradicción, me decidió a no ser cantante y empecé a estudiar sin afición, dudando entre la tragedia y la comedia. En el Conservatorio, para corregir mi defecto de pronunciación, me ponía en la boca pedacitos de goma, lo que me valía toda clase de burlas de mis compañeras. Pero, poco a poco, fué adueñándose de mí la afición. Zaire me valió un primer premio de tragedia; al año siguiente, me desesperé un segundo premio de comedia y tuve tentaciones de dejar el teatro para dedicarme a la pintura.

—¿Y su debut en la Comedia Francesa?...

—La protección del duque de Morny, personaje muy influyente, me hizo entrar en la venerable casa de Molière. Interpretaba *Iphigénie* y en el momento del sacrificio, cuando alcé mis brazos tan delgados y tan largos, el público se rió estrepitosamente. Esto me determinó a no enseñar nunca más mis brazos. Fui la primera mujer que salió, aun con los vestidos de noche, con las mangas largas, sin mostrar otra cosa que la punta de mis dedos, y con el cuello muy alto.

—¿Y por qué dejó usted tan pronto la casa de Molière?

—No fué por la risa que produjeron mis brazos delgados, sino por una solemne bofetada que di a la actriz Nathalie. Por esta bofetada se me despidió de la casa de Molière.

—Y ¿en qué teatro ingresó usted entonces?

—En el Gymnase, donde me obligaron a hacer un repertorio tan desagradable que, después de aguantar durante algún tiempo, escribí una carta al director diciéndole que me iba a España a edificar castillos y que tuviera piedad de una mujer que estaba completamente loca por haber aguantado aquellas obras imposibles. Entonces Sardou, que ya empezaba a adivinar que yo sería la mejor intérprete de sus obras y que iba a escribir muchas de ellas con los papeles que yo quería interpretar, me decía siempre: "¡Diablo de chiquilla! ¡Eres muy extraña y me parece que se puede esperar mucho de tí!". Entonces

Duquesnel me contrató en el Odeón. Me acuerdo con verdadera emoción de aquella época de intenso trabajo. Muchas veces, saliendo del ensayo, íbamos al Luxemburgo a jugar a pelota. En el Odeón estrené un gran número de comedias por un sueldo de ciento cincuenta francos mensuales. Mientras duró la guerra del 70 se paralizó la vida teatral y el Odeón fué transformado en ambulancia sanitaria. Cuando se volvieron a abrir los teatros después del desastre, tuve un gran éxito con la obra de Theuriet *Jean-Marie*. Dijo Sarcey, el papá de la crítica, hablando de mí: "No es posible dar al personaje más emoción de la que le ha dado esta jovencita que será, con el tiempo, una gran trágica y que es ahora ya una gran artista. Todo es en ella esencia y perfume. Es delgada y tiene la cara triste. Pero tiene una graciosa sonrisa, un encanto penetrante y *un no sé qué...*" A pesar del elogio y de la consagración que representaban esas líneas yo me ofendí con Sarcey porque me recordaba mi delgadez. Ya es cosa sabida que estuve muchos años sin hablar con Dumas por un maldito chiste que hizo. Estaba expuesto en el Salón de aquel año un retrato mío en el que el artista me había pintado con uno de mis lebreles favoritos. Y Dumas tuvo la ocurrencia de decir, delante de mucha gente: "Este perro del cuadro sí que es feliz, porque estará siempre con un hueso..." Entonces se afirmó mi personalidad y ya no fueron mis estrenos otra cosa que grandes triunfos. Interpreté por primera vez la maravillosa *Phédre* de Racine. En 1877, después de haber interpretado la Doña Sol de *Hernani* recibí esta carta de Victor Hugo: "Habéis estado grande y encantadora, me habéis emocionado a mí, al viejo luchador, y mientras el público entusiasmado, os aclamaba, yo, Sarah, he llorado pensando en vos". En el mundo de los escenarios se me llamó durante mucho tiempo, Doña Sol.

—¿Y de toda aquella obsesión de la muerte que se dice padeció usted durante aquel tiempo, que hay de cierto?

—Algo había de cierto. Hice confeccionar mi ataúd tapizado de seda blanca, y en él dormía rodeada de cirios encendidos y coronas de flores. El ataúd lo conservo aún, claro está, y en él quiero ser enterrada cuando muera de verdad. Tuve, durante algún tiempo, la obsesión de la muerte. La fragilidad de mi organismo, mi

palidez, mi delgadez suma, ayudaban a hacer crecer a mi alrededor esa atmósfera fúnebre. Los médicos me decían que estaba tísica y que no viviría más que algunos meses. En escena, en el momento de la muerte, daba una tal sensación de verdad que el público tenía un gran susto cada noche creyendo que me había muerto definitivamente. Corrió entonces la voz de que me quería retirar del mundo y de que me rodeaba de perfumes mortíferos. Vivía rodeada de esqueletos y sobre mi mesa de noche tenía un cráneo sobre cuya lisa superficie Víctor Hugo me había escrito unos versos. En Bretaña me hice descender atada a una cuerda a las cuevas marinas de Plogoff que nadie había explorado. Me elevé en el aerostato de Giffard y rogué para que el viento tempestuoso nos arrastrara sobre el mar y pudiéramos morir ahogados mar adentro. Pero Giffard no quería morir y contrarrestó la fuerza de mi deseo y volvimos a tierra sanos y salvos los dos. Se dijo, pero esto sí que no era verdad, que hacía quemar gatos para comer su pellejo asado y que me gustaban mucho los lagartos y el seso de pavo real frito con grasa de mono. Lo que era verdad es que tenía un juego de croquet, con el que me entretenía muchas veces, hecho de cráneos cubiertos de pelucas Luis XV, lo que era de un efecto maravilloso. Entonces expuse también mis esculturas en el Salón y fui escritora de algún mérito. Todas estas excentricidades provocaron mi salida del Odeón y París me perdió durante muchos años que pasé corriendo el mundo en todos los sentidos, rodeada de tigres y de la más caprichosa celebridad. Tuve que pensar en salir al mundo porque en París no ganaba más que treinta mil francos y con esto no tenía yo para nada. Seguí mis viajes fabulosos. Hice mi primera tournée por América en 1880, Nueva York, Hartford, Montreal, Baltimore, Chicago, y otras muchas ciudades cuyos nombres ni recuerdo, me dieron el derecho de ciudadanía y me hicieron toda clase de fiestas. Después de haber ganado y de haber gastado sumas fabulosas, regresé a Francia en 1882 y en el Havre, al desembarcar, interpreté por primera vez en Francia mi *Dama de las Camelias*. El 9 de diciembre de 1896 pude recibir el homenaje de todo París después de los memorables estrenos de *Cleopatra*, *La Tosca*, *Gismonda*, *Magda*, *La princesse lointaine*,

8-10 y 18 HP. Sin válvulas



ARAGONZOO BARCELONA

TAPISSOS D'ART

TOMÁS AYMATRius i Taulet, 21
Telèf. 4020, Sabadell Sant Cugat del Vallès**FIAT**

SOCIEDAD GENERAL DE AUTOMÓVILES

Mallorca, 277, y Claris, 95 - BARCELONA

MERCERÍA Y NOVEDADES SEÑORA

Manuel Recort y Ulió

Sucesor de José Recort

Calle Hospital, 27
Teléfono 1366 A BARCELONA

NOVEDADES

SPORTS

Beristain y C.^aRambla S. José, 12. - Tel. 2249 A
Fernando, 1 - Tel. 3821 A BARCELONA

ACCESORIOS PARA AUTOMÓVILES Y DEPORTES

Mestre y Blatgé, S. A.Balmes, 57 Cid, 2
Teléfono 4373 A Teléfono 1022 S
BARCELONA MADRID

ARTE : : DECORACION

RENART

Diputación, 271 - BARCELONA

COBRANZAS / REPARTOS / TRABAJOS DE IMPRENTA

ANTONIO CAMPAJÓ

Consejo de Ciento, 377 BARCELONA

Comas y C.^a en C.^{ta}Paseo de Gracia, 2
Teléfono 4592 A BARCELONA



Conserve
la belleza
del peinado
afeitándose la nuca con

Rosaniel

que permite prescindir del empleo de navajas y maquinillas que irritan la piel de la nuca y no la dejan perfectamente limpia de pelo. No hay nada tan feo como el cabello cortado cuando la nuca está sombreada de pelos que renacen.

Rosaniel

resuelve este problema de elegancia y representa tal comodidad y economía, que se ha hecho imprescindible en todo tocador. Usted misma en su casa, sin molestia, puede tener siempre la nuca como al salir del mejor peluquero.



ROSANIEL se vende en las buenas Perfumerías a 10 pías. frasco para 25/30 aplicaciones. - Concesionarios: FRANCE EUROPE, Via Layetana, 21 - BARCELONA.

Hijos de
Jiménez Varela
VINOS FINOS

Coñac y Champagne
"CONTINENTAL"

Puerto de Santa María (Cádiz)

La Samaritaine, Les mauvais bergers, La ville morte. He interpretado ciento dos papeles distintos, he creado treinta y ocho personificaciones de las que diez y seis eran obras de poetas".

Hemos llegado ante la casa de la divina Sarah. Yo me despido y beso su mano. La mañana de marzo está fría y amanece poco a poco. París despierta, el magnífico París luminoso de la Exposición. Hay *L'Aiglon* para meses y años y el admirable Rostand puede estar contento de la creación de la divina Sarah y de cómo dice sus versos aquella voz que es oro, miel y perfume.

Ahora haré en mi interviú de ultratumba una pausa de veinte años. La conversación empezada después del estreno de *L'Aiglon* ante el luminoso París en fiestas perpetuas, se proseguirá en la noche del 3 de Junio de 1921, en el teatro Tivoli de Barcelona. Esos veinte años no han pasado en vano sobre la vida de la grandiosa artista. Ahora la pasea en sus tournées, inválida, su nieto Louis Verneuil, autor de regocijados *vau-devilles*. Le ha escrito una comedia, casi un drama, exprofeso para ella, para que lo pueda representar sin moverse de un sillón, en el que puede alzarse y ponerse en pie, con grandes esfuerzos, para saludar a los públicos que aplauden su glorioso y venerable crepúsculo. La obra de su nieto es mala, verdaderamente mala. Se llama *Daniel* y tiene cuatro actos y ella no sale más que en los dos últimos, para que no se canse mucho, el tercero para presentarse y el cuarto para morir. La ilustre actriz de setenta y cinco años, representa el papel de Daniel, un adolescente de diez y seis, enfermo, inválido, dominado por la morfina y por la cocaína. Una piel cubre su pierna mutilada y su pierna válida. Su rostro es una máscara envejecida, una boca sin dientes, unos grandes ojos doloridos y enfermos.

Ya no lleva por el mundo aquella fastuosa presentación escénica de sus buenos tiempos de *L'Aiglon* y de *Gismonda*, donde resucitó toda la pompa de la corte de Bizancio. La ilustre trágica se presentaba en *Daniel*, la obra lamentable de su nieto, con la más pobre "mise en scène".

Beso su mano, o más bien dicho, la punta de sus dedos fríos y demasiado blancos, que dan la sensación de una mano muerta.

—Toda clase de felicitaciones y

augurios a la divina Sarah y a *Daniel*.

Y, mirando, involuntariamente, su pierna mutilada, me explica:

—Fué en mi teatro, donde di, en 1914, dos representaciones de la inmortal *Phédre* de Racine, uno de mis grandes triunfos. Al arrodillarme sentí como una punzada terrible en la rodilla derecha. Había un clavo en el suelo y me había arrodillado, con toda la fuerza de mi cuerpo, precisamente sobre el clavo. El médico del teatro me reconoció; la herida presentaba un carácter tan alarmante, que aquella misma noche, a las tres de la madrugada, tuvieron que amputarme la pierna para evitar que muriera al apuntar el día...

Dos lágrimas tiemblan en los grandes ojos doloridos de Sarah. Para alejar aquel motivo de su tristeza, interrogo:

—¿Cuáles han sido sus últimos estrenos y sus últimos éxitos?

—He estrenado pocas obras y he trabajado poco, porque mis fuerzas van decayendo hace algunos años. Estrené en mi teatro *La Reine Elisabeth* y *Une nuit de Noël sous la Terreur*, en 1912 y en 1914, antes de mi desgracia, pude estrenar un melodrama de Tristan Bernard, *Jeanne Doré*, que obtuvo un gran éxito y en el que tuve el gusto de trabajar con el propio hijo del autor de la obra. Pero mi último gran éxito de arte y de "mise en scène" fué, no recuerdo exactamente el año, pero ya bastante entrado el presente siglo, el estreno de *La vierge d'Avila*, obra en verso y en cinco actos de Catulle Mendès, en la que interpreté el papel de Santa Teresa y desplegué un lujo fastuoso, a lo que se prestaba mucho la concepción de la obra, aunque parezca imposible tratándose de pobres monjas. Pero la concepción de Mendès era verdaderamente muy extraña y pude realizar uno de mis grandes éxitos. Después puedo decir que todo lo demás no ha sido nada, como todo eso no es nada, aunque se trate de mi nieto... o más bien, del marido de mi nieta...

La muerte de la divina Sarah tuvo lugar en París en 1923. Fuí a su casa a verla y me convencí, porque me lo dijo con la voz de la muerte, de que no había sufrido mucho, pues, en realidad, ya hacía muchos años que iba muriendo poco a poco. Todo París asistió al entierro y vi cómo iba a reposar eternamente muy cerca de María Duplessis, la verdadera Dama de las Camelias.



EL MUNDO DE LA PANTALLA



Las estrellas de primera magnitud

CONSTANCE TALMADGE

¿UNA NUEVA ESPAÑOLADA?



No lo podemos jurar, pero lo sospechamos. No obstante, si eso es cierto, habrá sido producida con todas las de la ley, incluso el mismo sol de España, que se prestó gratuitamente. El título dice ya algo. *The Bandolero*, que quiere decir, como supondrán nuestros lectores, *El Bandolero*. Ha sido filmado en Andalucía. La escena es interesante; los novios no se dan cuenta, con todo, de que está presente el fotógrafo, y de que los contempla con toda

tranquilidad alguien que después habrá de mostrar sus celos, su furia, su sed de sangre, etc., etc. Entretanto, es preciso dejar por ahora tranquilo el idilio de los actores Manuel Granada y Dorothy Ruth. Ya vendrán después a moverles bronca, cuando les toque el turno, Renée Adorée, Pedro de Córdoba y Gordon Begg, que son los tres que, desde el centro, los contemplan ahora con tanta tranquilidad como si fuesen otros tantos inofensivos espectadores.

BUSTER KEATON, EL HOMBRE QUE NUNCA RÍE PARA HACER REIR

UN amigo nuestro, que tiene la manía del reportaje y de las entrevistas, en calidad de dilettante, esto es, sin pizca de miras egoístas y únicamente por amor al arte, acaba de llegar de los Estados Unidos, donde ha tenido ocasión de recorrer aquellos lugares universalmente conocidos (de oídas) llamados Los Angeles y Hollywood, que se ha dado en llamar la Meca de la Cinematografía.

A los que conocemos su flaco no nos cabía duda alguna de que nuestro entrometido amigo había aprovechado la ocasión para hacer víctimas de su afición a cuantas celebridades y aun mediocridades cinemato-

gráficas se pusieran a su alcance; o las sometería a un detenido interrogatorio o las haría objeto de un espionaje muchísimo más irritante todavía. Podíamos apostar, también, sin el más mínimo temor de arriesgar nuestro dinero, a que se habría hecho con una colección de *reliquias* como recuerdo de sus andanzas por allá y que algún día nos mostraría, orgulloso, un mechoncito de pelo elaborado por los bulbos capilares de Gloria Swanson, un cordón del zapato de Norma Talmadge, una hoja de deshecho de la guillette de Antonio Moreno y otros cien recuerdos por el estilo.

No es, pues, de extrañar que, con tales antecedentes, nos apresurásemos

a visitarle tan pronto tuvimos noticia de su llegada.

Quien a hierro mata a hierro muere, dice el refrán y bien puede nuestro amigo afirmar que nada se ha dicho en el mundo tan cierto como esto, pues que el implacable entrevistador, se vió sometido por nosotros a la misma tortura que él ha infligido a tan gran número de víctimas. Pluma en ristre y con las albas cuartillas en la mano, le aplicamos el tormento que podemos llamar *entrevista* de las entrevistas, obligándole a retransmitirnos una por una todas aquellas que él había sonacado a los respectivos *interfectos*.

De todas ellas iremos dando cuenta, sucesivamente, a nuestros lectores. Empezaremos por la de Buster Keaton.

Suprimiremos las preguntas y aun aquellos puntitos con un interrogante al final, para resumirlas en forma de narración, con lo cual saldrán beneficiados nuestros lectores y ahorraremos papel, cosa muy importante en estos tiempos en que todo está tan horriblemente caro.

Finalicemos este prefacio y dejemos que hable el propio protagonista de *La ley de la hospitalidad*.

Nací — dice — en Pickway, Kansas y puedo proclamar con orgullo que ningún actor en el mundo ha empezado su carrera artística más joven que yo. A la edad de *doce horas* hice mi primera presentación en escena; fíjese bien que no digo días, ni semanas, ni meses, digo *horas*. Creo, pues, que con justicia puedo, en esto, proclamarme campeón universal. Voy a contar como fué ello.

Mis padres, José y Myra, cómicos de la legua, habían instalado su teatro ambulante en una población de tercer orden, cuyo vecindario, hartado de diversiones, esperaba con verdadera ansiedad el momento de la representación; en aquel mismo día se levantó un formidable ciclón que *ventiló* muchas leguas a la redonda. Cuando hubo pasado, la gente pudo comprobar que una de las víctimas de la ventolera había sido la tienda de los Keaton; la ráfaga, encaprichándose con todo aquel velamen sostenido por cuerdas y estacas, se lo había llevado y ¡cualquiera averiguaba dónde estaba ahora!... Ya no había teatro; el pueblo, consternado, se quedaba sin función. Sin embargo (¡nunca faltan buenas almas en el mundo!) un filántropo, uno de esos grandes corazones que la Providencia, sabiamente, hace aparecer en los momentos culminantes de las catástrofes,



Buster Keaton

puso remedio a todo y mandó construir, por su cuenta, una plataforma en la plaza mayor del pueblo, de suerte que la representación pudo tener lugar, *puntualmente*, con algunas horas de retraso.

Mi padre, encariñado ciegamente con el tesoro (el tesoro era yo) con que Dios le había favorecido tan recientemente, no me abandonaba ni un momento y no fiándose de nadie, salió a escena llevándome en brazos para recitar el monólogo que constaba en el programa. Durante veinte minutos me paseó por la escena sin que yo, el actor de doce horas, le molestase con el más ínfimo berrido, ni me emocionase poco ni mucho al presentarme ante el público por primera vez. La ovación que la concurrencia nos tributó bastó para que mi padre olvidase los desastrosos efectos del ciclón.

Me parece que aun me acuerdo de aquella noche memorable—añade Buster—pero... no estoy completamente seguro de ello.

¡Y pensar que aun hay quien afirma

que yo, antes de ser famoso, carecía de experiencia como actor!

De muchacho aprendí el arte de hacer reír, como miembro de la compañía de vaudeville *Los tres Keatons*. Cuando mayor empecé a trabajar para el cine en las comedias del viejo Arbuckle; más tarde Joseph M. Schenk me elevó a la categoría de *estrella*. Ya es elevarme ¿verdad?

Desde que ocupó tan alto puesto me han ocurrido tantas cosas que si fuera a contarle anécdotas no acabaría nunca. Sin embargo, ahí van algunas, que son las que a mí me han hecho más gracia: La primera en este orden es una carta que recibí de una muchacha inglesa y que dice así: "Tengo diez y seis años y quiero dedicarme al cine, cuando tenga aptitudes para ello; no quiero debutar como partiquina sino como estrella; para ello sé que necesito estudiar, por lo tanto, si necesita usted una aprendiz en sus comedias, estoy a su disposición. Mi deseo sería aprender su especialidad; mi padre está dispuesto a pagarle *cuatro chelines* por semana durante el período de aprendizaje. Esperando su respuesta, queda su atenta, etc., etc."

¡Ya ve usted qué gangas nos caen encima a los luceros del cine! *Cuatro chelines* por semana, así, como quien no dice nada. Con unas cuantas alumnas que me abonasen esos *enormes* numerarios, ¡me retiraba de la escena en un par de años!

También me han sucedido aventuras.

Una de ellas ocurrió durante la impresión de *La ley de la hospitalidad* en el Norte de California y se trata nada menos que de un día entero de ayuno forzoso a causa de los sapos. Llegamos muy de mañana al sitio donde debíamos vivaquear, plantamos las tiendas y abandonamos el campamento para irnos a trabajar. A nuestro regreso a la hora del almuerzo, un ver-

dadero ejército de aquellos antipáticos animalitos salía corriendo en todas direcciones, al darse cuenta de nuestra presencia. ¡Imagínese nuestra consternación al comprobar que aquellos bandidos habían saqueado por completo nuestras provisiones! Estábamos en un lugar apartado, y no había vivienda alguna en muchas leguas a la redonda. ¡Y con el formidable apetito que traíamos! Faltó poco para que echásemos suertes a ver a cual de nosotros le tocaba dejarse devorar por sus camaradas. Se organizó una expedición para salir en busca de alimentos y hasta las diez de la noche no la vimos regresar con las provisiones soñadas y reclamadas durante doce mortales horas por nuestros desfallecidos estómagos. ¡Habíamos trabajado todo el día sin parar y con el buche vacío!

A punto estuvo de terminar a tiros la aventura que nos ocurrió en el Oeste, mientras impresionábamos una escena al lado de la vía férrea.

Un grupo de cow-boys y rancheros observó que a lo lejos una partida de hombres maniobraba cerca del camino de hierro; vieron plantados en tierra unos trípodes sospechosos. "¿Serán ametralladoras?" pensaron y pasó por su imaginación la idea de que lo que tenían ante sus ojos era una cuadrilla de bandidos que preparaba un asalto, al primer tren que pasara. Uno de los observadores fué destacado en busca del cherif; compareció el representante rural de la justicia y después de observar atentamente lo que sucedía en la lejanía, abundó en la opinión de los demás: "¡Amigos míos — dijo — manos a las armas y carguemos contra esos forajidos!" Al galope llegaron hasta donde nos encontrábamos nosotros que, azorados ante aquella belicosa manifestación, no sabíamos explicarnos el motivo. "¡Rendíos!" — gritaba el cherif. "Ya estamos rendidos, señor, pero de fatiga, ¿qué de-

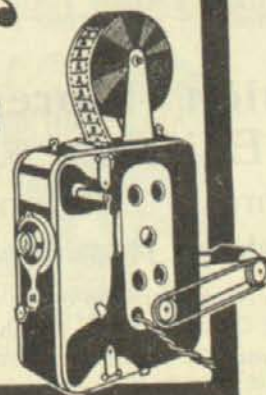
— NOVISIMO — "BOL" CINEGRAFO (6 aparatos en 1)



Saque el máximo provecho de su veraneo cinematografiando cada escena que pueda luego renovar en todo momento el placer de sus horas mejores!

El "BOL" es un cine-toma-vistas de aficionados que sirve al mismo tiempo para la proyección de sus propias películas, que siendo de «paso universal», podrán proyectarse inclusive en el CINE del pueblo donde Vd. se encuentre

CATALOGO GRATIS. MENCIONANDO ESTE PERIODICO
C. O. GARANDINI, Cortes, 574, pral. - Apartado 487 - BARCELONA



NAIPES DE MAH-JONGG

LA GRAN NOVEDAD EDITORIAL

Lujosa caja conteniendo el juego completo

15 pesetas

Reglamento novísimo:

2 pesetas

Boletín de pedido

D.....

domicilio

población

provincia

rueda el inmediato envío de un juego de Naipes Mah-Jongg, por correo certificado franco, para lo cual incluyo pesetas 15 en

Firma del solicitante.

Unión Librera de Editores, S.A.
(Librería Subirana)
Puertaferri, 14-Apartado 203

y en la Administración de REVISTA DE ORO, Plaza de Cataluña, número 9.—BARCELONA

sean ustedes?" Ante nuestra pacífica actitud, el cherif y su improvisado ejército empezaron a mirarse unos a otros, como diciéndose: "¡Me parece que hemos metido la pata!" Hubo explicaciones, excusas y zalamerías y los que, minutos antes, se presentaban en son de guerra se convirtieron en pacíficos y entusiastas espectadores, a los que parecía divertir extraordinariamente cuanto hacíamos y muy especialmente las entradas en escena del *hombre de la cara de hielo*, como me llamaban a mí.

Y... por hoy basta ¿verdad? — añadió Keaton muy amable. — Otro día que vuelva usted por aquí le contaré con mucho gusto unas cuantas cositas más.

Y por hoy hacemos punto también, decimos nosotros. Otro día narraremos a ustedes más historias interesantes de las que nos ha contado nuestro amigo, reporter e entrevistador por amor al arte.

LOS FAVORITOS DE LA MODA NO SON SÓLO LOS MODISTOS

Los favoritos compañeros de las «estrellas» cinematográficas son los perros, sin duda alguna. Pola Negri posee dos magníficos perros lobos; Germana Dufac dos sky-terriers, uno de los cuales, denominado «Ton-Ton», ha obtenido premios en numerosas exposiciones; Mae Bush tiene un gran perro lobo, y Jossiana una perrita china extremadamente fotogénica. Dorothy Philips tiene toda una jauría de perros chiquitines y Collier Moore un gran perrazo imponente que no permite que ningún desconocido se acerque a su ama. Viola Dana no se separa jamás de su «Lulú», y Bebé Daniels se acompaña siempre de sus dos esbeltos galgos ingleses.

Es de esperar que, a este paso, las razas caninas más sociables pierdan la mala costumbre de ladrar.

TRAPOS Y ESTRELLAS



La pantalla satisface, para las artistas que de ella viven, uno de los anhelos más vehementes de la mujer: hablar de vestidos de una manera positiva, es decir, poniéndose los vestidos.

Ved ahí a Mae Bush y a la refulgente estrella Norma Shearer, y observad las actitudes de ambas. La primera, ya de tiempo acostumbrada a estas cosas, ofrece uno de sus vestidos al director, Reginald Barker.

La bella Norma, en cambio, sueña ya con verse puesto el traje más sencillo que aguanta contra su pecho. Y no será éste el único; va a probarse otro... ¿y cuántos más? Decididamente, para la mujer sería el cielo la vida de la pantalla si desde ella pudiera verse la admiración de cada uno de los públicos. Desgraciadamente la mayor parte de las veces tienen que contentarse con los comentarios, enérgicos tal vez, de un director impaciente.

LOS ANIMALES EN LA PANTALLA

De todo se vale la cinematografía para interesar al público. Su campo de acción es tan ilimitado, y tan sin límites, también, su escenario, que le permiten sumarse toda clase de elementos. Sus huestes, hoy, son incontables y con ellas ha invadido el orbe entero, sin que para él existan fronteras, ni murallas que le cierren el paso.

Ha pedido ayuda (y la ha logrado) a las artes, las ciencias y las letras; ha

Un bello ejemplo es "Rex" (conocido en España por "Atila") Este hermoso ejemplar de esbelta y nerviosa complexión nos demuestra hasta donde pueden llegar los de su raza y lo que puede obtener de él el hombre, a fuerza de paciencia.

Libre, completamente libre, como sus congéneres salvajes de las llanuras americanas, evoluciona ante el objetivo, obediente a la voz del domador, sin que ni por un instante le vengan ganas de emprender veloz carrera e internarse en la espesura de la selva para gozar de una libertad más cumplida y definitiva, sin amo ni señor.

Corre hasta perderse de vista y regresa a la señal convenida; escala peñascos; simula luchar con el hombre; se arroja al agua desde los acantilados y realiza toda suerte de proezas verdaderamente admirables.

En *The King of wild horses* hemos podido comprobar que hay cuadrúpedos con inteligencia humana, así como habíamos comprobado anteriormente que hay humanos con inteligencia de cuadrúpedo.



«Atila», el brioso caballo, en uno de sus admirables ejercicios

buceado en el fondo de los mares y en las inmensidades siderales; ha penetrado en las selvas vírgenes y ha plantado los pies de su tripode en los hielos polares; hombres de todas las razas han entrado por la retina de su objetivo para reflejarse en la pantalla, y los animales en estado salvaje y en estado de domesticidad han sido también incorporados a él como colaboradores.

De estos últimos, en calidad de inteligentes, los que nos resultan más simpáticos como actores son el perro y el caballo. Del primero, por su superioridad de inteligencia y domesticidad, ni que decir cabe, por estar sobradamente en evidencia, lo mucho y bueno que de él ha conseguido el cinematógrafo. Pero he ahí el caballo, que hasta ahora no había hecho más que lucir su estampa y agilidad en la pantalla, convertido en actor, por obra y gracia de habilísimos domadores que han sabido desarrollar su inteligencia y educación hasta su grado máximo.

¿FANTASÍA O REALIDAD?



Cuentan las crónicas que en una ocasión en que, durante la impresión de una película, quedó una cámara abandonada unos momentos, un «pavobuaro», especie de buitre, se arrojó sobre el aparato. Sus intenciones se ignoran, pues no se llevó la máquina y solamente se marchó al ver que no estaba allí muy seguro. Sería probablemente para satisfacer una muy legítima curiosidad.



PIANOS-PIANOLA

CONTADO - PLAZOS - ALQUILER

Buensuceso, 5
BARCELONA



CALZADOS TELEF. 4067A

CALLE BOQUERIA 30.

CALLE S. PABLO 16

CALLE JAIME I.º 15

LLIBRE Y SERRA

Ronda San Pedro, 3 - BARCELONA

Lo más selecto
en Confitería
y Pastelería

Los Bombones y Chocolates fabricados por esta Casa, compiten con los de las más afamadas marcas extranjeras.

MAQUINAS PARA COSER Y BORDAR



Las de mejor resultado - La celebre RÁPIDA

ROMANTICISMO MECÁNICO



UNA escena sentimental, en un ambiente sentimental. Arrullados por el canto del panzudo ruiñeñor que lleva por nombre Paul Biese y dirige un *jazz band* famoso, la pareja lanza juramentos de amor a la pantalla, juramentos que salen espontáneos, apasionados... del ce-

rebro del calvo director Reginald Barker. ¿Cómo podrían imaginar los espectadores al ver desarrollarse la película *La esposa comprada* que escena tan íntima fuese presenciada por tanta gente? Afortunadamente, Conway Tearle y Alice Terry no se asustan por tan poca cosa.

El vulgo se interesa, el ingenio popular inventa chistes propios del caso, la caricatura se apodera del asunto para regocijarnos con sus ironías, sus burlas y jocosidades maliciosas. Todo el mundo se cree con derecho a echar su cuarto a espadas en la apasionante cuestión. El cinematógrafo no podía quedarse atrás.

Gertrude Atherton escribió un argumento, "Blak Oxen", cuya protagonista, una mujer de sesenta años, que ha recobrado el vigor y encantos juveniles por las artes de la moderna ciencia, encarnó Corinne Griffith para demostrarnos que si el cuerpo se rejuvenece, no así el espíritu, que no sabe vivir feliz en su cáscara remozada. Además, cuenta con una tortura: el temor de volver a ser viejo.

ENTRE ARTISTAS Y LITERATOS



CORINNE GRIFFITH Y EL DOCTOR VORONOFF



inmediato, es eterno. Desde las más remotas edades, que la historia alcanza, los humanos se han valido de toda suerte de supercherías, amuletos, prácticas de ocultismo y milagrosos medicamentos para retrasar la hora fatal de la vejez o retrotraer el cuerpo a los pasados vigores juveniles. ¡Todo inútil! Cronos es implacable.

En los tiempos modernos, justo es confesarlo, nadie lucha contra el terrible espectro con otras armas que las de la higiene, la cultura física, el régimen, o con la superchería engañosa de los *productos de belleza*. ¡Pero... se lucha!

De pronto aparece el doctor Voronoff anunciando *urbi et orbi* haber descubierto el procedimiento para rejuvenecer los cuerpos seniles. Se hacen experimentos, se discute científicamente, parece comprobarse que hay algo de cierto en sus afirmaciones y... ¡no son pocos los que acarician risueñas esperanzas!

LA juventud eterna! ¡Quimérica ilusión que se han forjado los hombres de todos los tiempos! Fausto no es de ahora, ni del ayer

El literato español Enrique de Meneves y el pintor Federico Beltrán Masses han visitado recientemente a Rodolfo Valentino en Hollywood. En esta fotografía vemos a Valentino despidiéndose de ellos momentos antes de partir el tren.

EL PRIMER ACTOR CINEMATOGRAFICO, O LA SINCERIDAD DE UNA «ESTRELLA»

PREGUNTADA Mary Pickford acerca de cuál le parece el más grande entre los astros del cinematógrafo, ha contestado, sin vacilación, que Charlot.

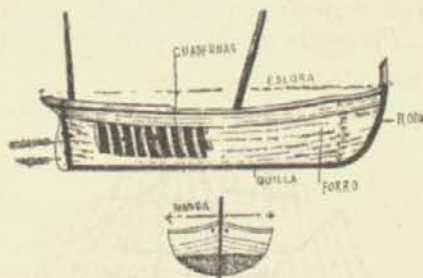
Esta sinceridad de la esposa de otro «as» de la cinematografía, corre parejas con la de los poetas y filósofos de vanguardia, que reconocen la superioridad de la estética chapliniana sobre todos los ismos del siglo XX.

ALGO DE TÉCNICA NAVAL

¿SABE USTED DISTINGUIR LAS DIVERSAS CLASES DE BUQUES?

POR EMERENCIANO ROIG

SERÁN pocos los que puedan responder afirmativamente. Como serán pocos también los que sepan con precisión el nombre de las partes esenciales de un buque. Se conocen los términos; son bastante conocidas también las cosas por ellos significadas; pero no es corriente saber identificar el término y lo que con él se significa. ¿Quién no ha hablado del bergantín y de la goleta? Y sin embargo podría verse en un aprieto si le preguntaran, señalándole un bergantín: ¿qué tipo de buque es ése? No estará, pues, de más aclarar ideas y



concretar significados. Y comenzaremos por definir el mismo buque y sus principales partes y características.

Se denomina *buque* todo recipiente alargado, en forma de huso, resistente e impermeable, construido con condiciones adecuadas para flotar en el agua y de forma apropiada para surcarla, conduciendo personas y efectos.

Dicho vaso flotante, que puede ser construido de madera o de hierro, se llama *casco*. Este puede avanzar por la acción del viento, en cuyo caso va dotado de palos y velas; o por un medio mecánico, accionado por una máquina de vapor o motor alimentado por gasolina o aceites pesados.

Una nave tiene siempre las siguientes características: *eslora*, su longitud; *manga*, su anchura y *puntal*, su altura. Estas características no tienen relaciones fijas, sino que varían según la clase del buque. Así, los transatlánticos y demás buques de vapor, tienen mucha eslora con respecto a la manga y puntal, y las embarcaciones fluviales, gabarras de puertos, y lanchones, tienen mucha manga, con relación a las restantes características.

La parte delantera de un navío se llama *proa* y se caracteriza por tener forma de cuña. La parte opuesta

o trasera del buque, se llama *popa*; y consta de dos porciones: una superior saliente y redondeada y otra inferior, vertical, donde va insertado el *timón*, que con oficio análogo al de la cola de los peces, sirve para comunicar al navío un rumbo determinado en la navegación.

Todo bajel consta de una pieza fun-

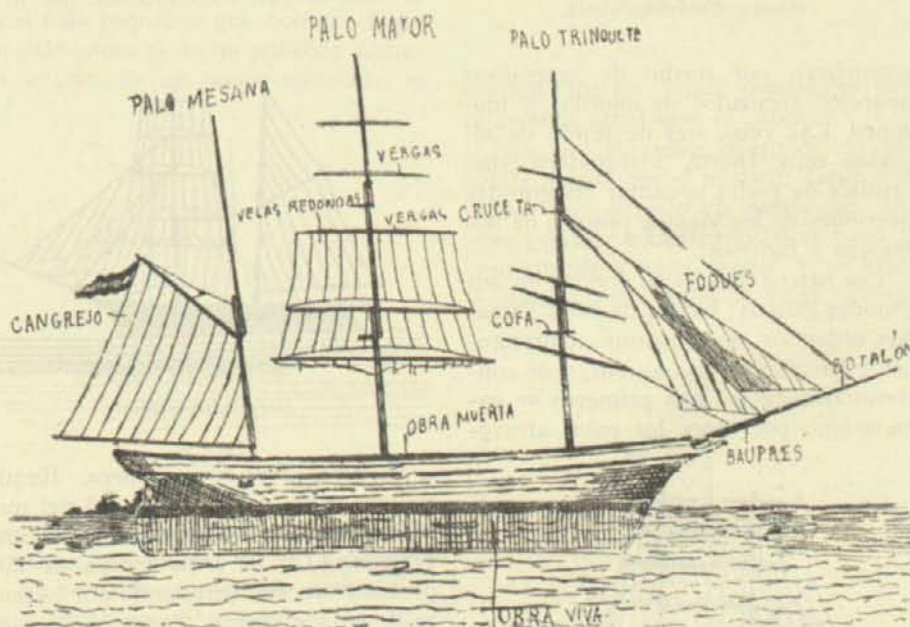


damental, o especie de espina dorsal, denominada *quilla*. La pieza delantera de igual sección que la quilla, unida a ella en posición vertical, y de forma más o menos angular, se llama *roda*. La que va unida a la parte posterior, de la quilla, verticalmente, se denomina *codaste*.

En la quilla van insertadas una especie de costillas, a distancias iguales, de distinta curvatura, denominadas *cuadernas*, que adoptan desde las formas angulares agudas y arqueadas, correspondientes a proa y popa, hasta

tido de piezas de madera juntas y unidas por sus costados. Este revestimiento formado por tablas se llama *forro*. En la parte superior de la nave, corre de proa a popa, abarcando toda la anchura de aquella, una plataforma de madera llamada *cubierta*. En la parte correspondiente a proa, se eleva la cubierta formando el *castillo*. En algunos buques, figura una elevación en la popa, constituyendo la *toldilla* o *alcázar*. La baranda de madera que siguiendo el contorno de la nave protege la cubierta, se llama *borda*. El interior del buque, protegido superiormente por la cubierta, es la *bodega*. Ella comunica con el exterior por medio de unas aberturas de contorno cuadrado, que son las *escotillas*. La parte de un buque que sobresale del agua es la *obra muerta* y la que está sumergida, la *obra viva*.

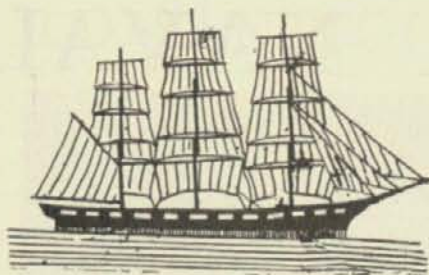
Descrita la nave en sus partes más esenciales, pasemos a su *arboladura*, conjunto de *palos* o *mástiles* que sostienen las *velas*, las que, por la acción del viento hacen avanzar los buques. Los navíos tienen varios palos: Los hay de uno, dos tres, etc., hasta de siete. En los veleros de dos palos, el de proa se



las formas semicirculares en el centro de la nave. La quilla, junto con la roda, codaste y cuadernas, constituyen el que puede llamarse esqueleto del navío.

El conjunto de cuadernas va reves-

llama *trinquete* y el de popa, *mayor*. Si el navío tiene tres, el de proa tiene el mismo nombre que en el velero de dos palos, el del medio se llama *mayor* y el de popa, *mesana*. Además, todos

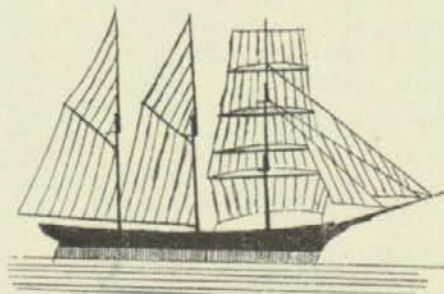


Frigata

los barcos de vela tienen un palo ligeramente inclinado a proa llamado el *botalón*, reforzado inferiormente por otro más grueso y de menor longitud, que es el *bauprés*. Algunas embarcaciones de vela latina tienen un botalón a popa, que sirve de elemento auxiliar a sus velas.

Los palos están sujetos a los cascos por medio de cuerdas, a fin de asegurar su estabilidad. En los mástiles, van colocados transversalmente unas perchas denominadas *vergas*, en las que se atan las velas. Las vergas, se

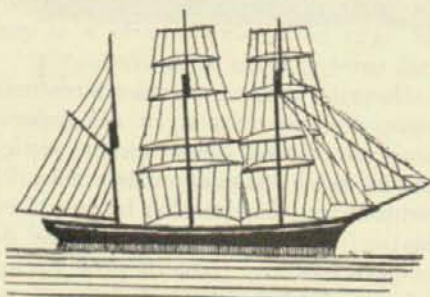
sados de vergas que aguantan las velas cuadradas, y tener otras velas auxiliares de diversos contornos. Según el número de palos, piezas de que constan, número de velas, y su forma, los barcos de velas redondas se denominan *fragatas*, *corbetas* o *bric-barcas*, *bergantines-redondos*, *id-goletas*, *id-goletas de tres palos*, *bergantines-polacras*, *polacras-corbetas*, *polacras-barcas*, *polacras* o *polacras-redondas*, *id-gole-*



Bergantin goleta de tres palos

tas, *id-goletas de tres palos*, *goletas*, *goletas de tres palos*, *pailebotes*, de uno a siete palos y *balandras*.

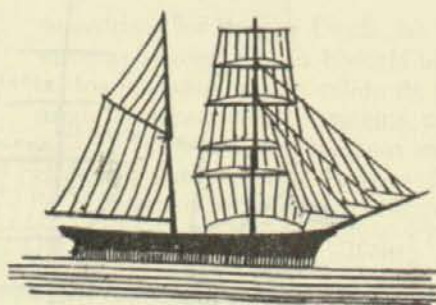
Frigata. Es el buque de vela más grande que existe, y el de aparejo más complicado y completo. Consta de *tres* palos de *tres* piezas cada uno, provistos de cofas, crucetas y vergas. Además, el mástil de popa lleva un cangrejo. También existen fragatas inglesas y alemanas de acero y gran tonelaje de cuatro y cinco palos, provistos de seis vergas. Actualmente son muy raros.



Corbeta

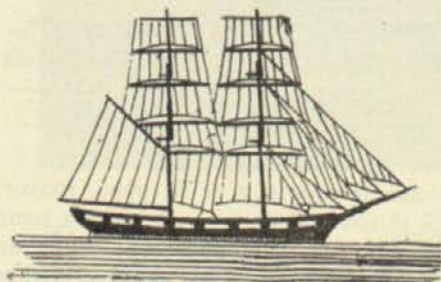
maniobran por medio de ingeniosos aparejos formados de cuerdas y motones. Las velas son de tejido de algodón muy fuerte, y duradero, susceptible de poder aguantar las grandes presiones de los vientos propios de borrascas y ciclones.

Los barcos de vela se dividen en dos grandes grupos: barcos de velas llamadas *redondas*, de contorno cuadrangular, y barcos de velas *latinas*, o de contorno triangular. Los primeros se caracterizan por tener los palos atrave-

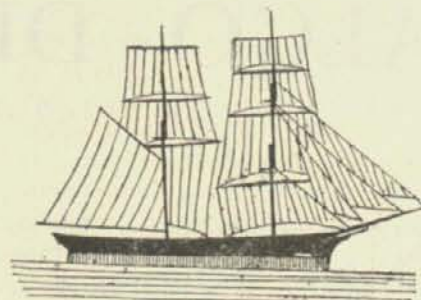


Bergantin goleta

Corbeta, Bric-barca, barca. Buque de tres palos. El de proa y el del medio de la nave son como los de una fragata, y el de popa consta de *dos* piezas y cruceta, careciendo por lo tanto de cofa y vergas. Por vela lleva un cangrejo. También existen corbetas extranjeras de cuatro y cinco palos, de acero y gran tonelaje. En ellas, excepto el palo de popa que lleva un cangrejo, los demás van provistos de vergas.



Bergantin

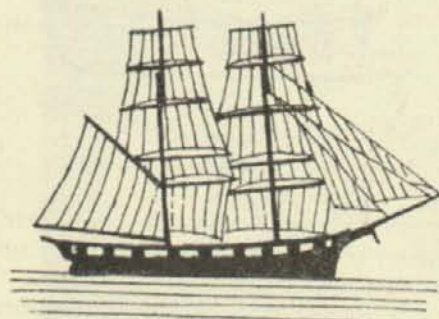


Bergantin-polarra

Bergantin. Bergantin redondo. Buque de menor tonelaje que los anteriores. Tiene dos palos como los de una fragata, llevando el palo de popa un cangrejo.

Bergantin goleta de tres palos. Velero de mayor tonelaje que el bergantin. Tiene, como su nombre lo indica, tres palos. El de proa es como el de una fragata o bergantin y el del medio y el de popa como los de un pailebot.

Bergantin-goleta. Es un velero del

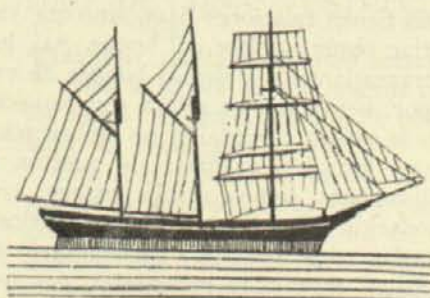


Polacra

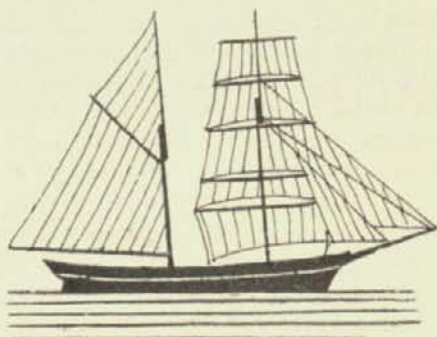
tonelaje de un bergantin redondo, y de dos palos; el de proa es como el de un bergantin, y el de popa como el de un pailebot.

Bergantin-polacra. Buque de vela del mismo tonelaje que el anterior y de dos palos. El de proa es como el de un bergantin y el de popa como el de una goleta. Antiguamente fué un buque muy raro, y hoy existen muy pocos ejemplares.

Polacra o polacra redonda. Bajel de un tonelaje aproximado al de un bergantin, y de dos palos. Estos son como



Polacra-goleta de tres palos

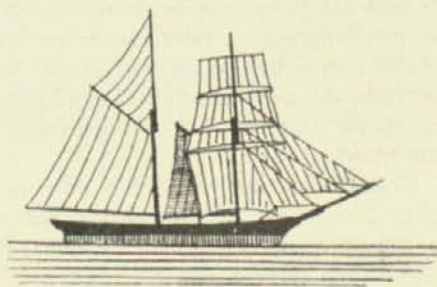


Polacra-goleta

los de un pailebot, y van provistos de cinco vergas. El de popa lleva un cangrejo.

Polacra goleta de tres palos. Buque velero de un tonelaje como el de una corbeta o bergantín-goleta de tres palos. El de proa es como el de una polacra redonda, y el del medio y el de popa como los de un pailebot.

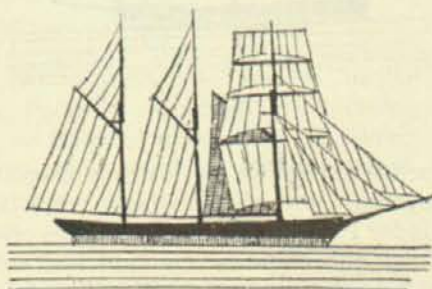
Polacra-goleta. Velero del tonelaje de un bergantín-goleta de dos palos. El de proa es como el de una polacra redonda, y el de popa como el de un pailebot.



Goleta

Polacra barca o polacra corbeta. Velero del tonelaje de un bric-barca de tres palos. El de proa y el del medio son como los de una polacra redonda, y el de popa como el de un pailebot. Antiguamente fué un buque muy raro.

Goleta de tres palos. Velero de un tonelaje intermedio entre un bergantín-goleta de tres palos y un bergantín-goleta. El de proa es como el de una



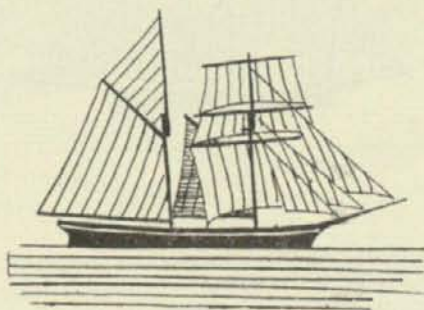
Goleta de tres palos

goleta, y el del medio y el de popa como los de un pailebot.

Goleta. Buque de un tonelaje menor que el de una polacra. Tiene dos palos como los de un pailebot. El de proa lleva cuatro vergas y el de popa un cangrejo.

Patache. Velero típico del mar Cantábrico, del tonelaje de un pailebot, y que se diferencia de las goletas del mar Mediterráneo por tener el palo de proa más corto que el de popa y por llevar solamente tres vergas.

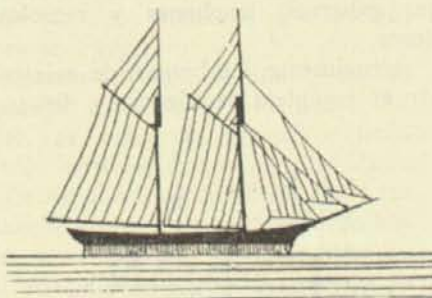
Pailebote o pailebot. Voz derivada



Patache

de la palabra inglesa *pilos-boat's*, con que se denomina esta clase de buques en Inglaterra. Velero del tonelaje de una goleta de dos palos. Estos están formados de dos piezas con la correspondiente cruceta y provistos de botavara y pico para llevar un cangrejo. También hay pailebotes de tres, cuatro, cinco, seis y siete palos, de construcción norteamericana.

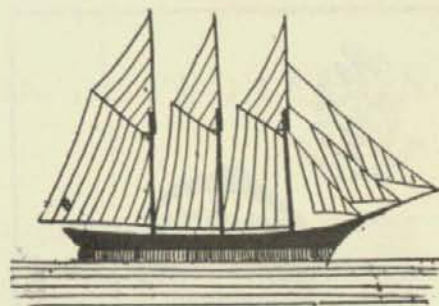
Balandra o balandro. Es de los veleros más pequeños que existen. Tiene un palo como el de un pailebot. Cuando se trata de un buque mercante, se



Pailebot

denomina *balandra* en el mar Mediterráneo, y *balandro* en el Cantábrico.

Embarcaciones de vela latina. Son buques de pequeño tonelaje, de uno, dos o tres palos provistos de unas perchas largas, denominadas *antenas*, a las que van ligadas las velas de contorno triangular, llamadas *latinas*. Además llevan otras velas auxiliares llama-

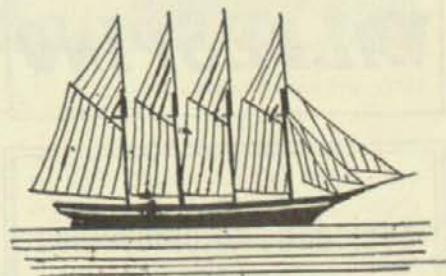


Pailebot de tres palos

das *foques* y *medianas*. Por el número de palos y velas, se clasifican en *jabeques*, *místicos*, *faluchos* o *laudes*, *tartanas*, *quillats*, *barcas de palangre*, *de bou*, etc.

Jabeque. Es el velero que entre los de vela latina tiene más tonelaje. Tiene tres palos: el de proa, inclinado ligeramente hacia el botalón, el del medio vertical y el de popa también vertical, pero más bajo. Los tres llevan vela latina.

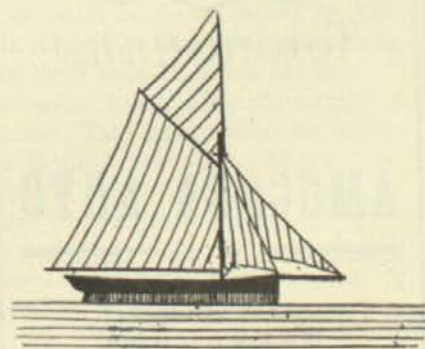
Místico. Velero que se diferencia del anterior por tener el palo de proa



Pailebot de cuatro palos

vertical. En los demás detalles es enteramente igual que el jabeque.

Falucho. Pequeño velero de un tonelaje menor que el místico. Tiene dos palos: uno situado en medio del buque, grande, e inclinado hacia proa y otro situado a popa, menor, y vertical. Ambos van provistos de velas latinas.



Balandra



APERITIVO
JEREZ-QUINA
VALDESPINO

Sociedad Automecánica
Española, Ltda.

BILBAO Apartado 134
MADRID Recoletos, 1

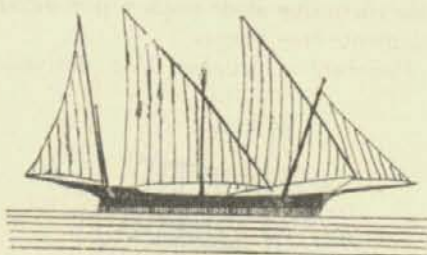
Automobili
ANSALDO
Torino (Italia)

AMUCOBA AUTO
S. A.

Consejo Ciento, 245
BARCELONA

Tartana. Embarcación de las marinas mercantes francesa e italiana, del tonelaje de una balandra de nuestra marina civil. Se caracteriza por tener un palo de balandra atravesado por una antena provista de una vela latina.

Quillat. Embarcación valenciana de pequeñas características. Tiene este nombre porque la quilla es muy exagerada, como en las embarcaciones de

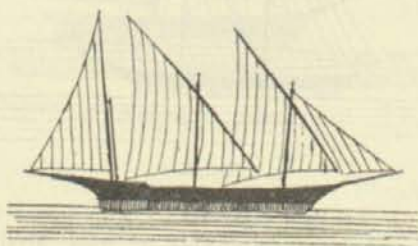


Tabaque

sport. Tiene un solo palo en medio de la nave, ligeramente inclinado hacia proa, con la correspondiente antena y vela triangular o latina.

Los buques de vela, según su tonelaje, se dedican a diversas navegaciones. Los de gran tonelaje, que hacen viajes a través del Océano, se denominan *buques de altura*. Entre ellos están las fragatas, corbetas, bergantines, pailebotes de cuatro, cinco, seis o más palos. Los veleros de menor desplazamiento, y que hacen viajes a lo largo de las costas, se llaman *buques de cabotaje*. Entre ellos pueden mencionarse los jabeques, místicos, balandros y faluchos. Finalmente, las embarcaciones que navegan por los ríos se denominan *fluviales*. Entre ellas pueden citarse los vaporcitos de pasaje, gabarras, lanchones y remolcadores.

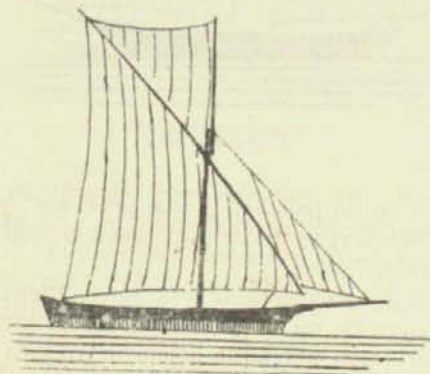
Actualmente, los buques de vela están en completa decadencia, y desapa-



Místico

recen de nuestros mares para dar paso a los grandes *steamers*, paquebots, trasatlánticos y *cargo-boats*. La aparición del buque de vapor, fué el comienzo de la decadencia del barco de vela. En el transcurso de los años,

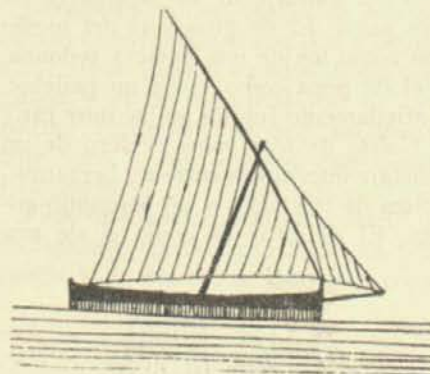
hasta llegar a nuestros días, el buque de vapor se ha ido perfeccionando, y ha llegado a constituir verdaderas maravillas de arte naval. Los modernos vapores provistos de máquinas accionadas por hélices y turbinas, y de



Tartana

motores de explosión movidos por *mazout*, aceites pesados y gasolina, hacen travesías rápidas, con un gasto relativamente escaso de carbón y otros combustibles. En estas condiciones, hacen una gran competencia a los buques de vela, los que no pudiendo afrontarla, se ven obligados a permanecer en los puertos en situación de desarme, o esperando un comprador que los adquiera para desgazarlos y aprovechar sus materiales.

Como la marina velera está en completa decadencia, sin que se vislumbre la más pequeña esperanza de que resurja, bien merece que en estas páginas dediquemos un recuerdo de admiración a los buques de la antigua marina española, los que en un tiempo



Quillat

fueron dueños de los mares y contribuyeron a estrechar los lazos entre la Madre Patria y el inmenso imperio colonial que teníamos en América, estableciendo un extenso tráfico marítimo entre las colonias y la metrópoli.

LA MUJER EN LA HISTORIA

ELISENDA DE MONCADA Y LA FUNDACIÓN DE PEDRALBES

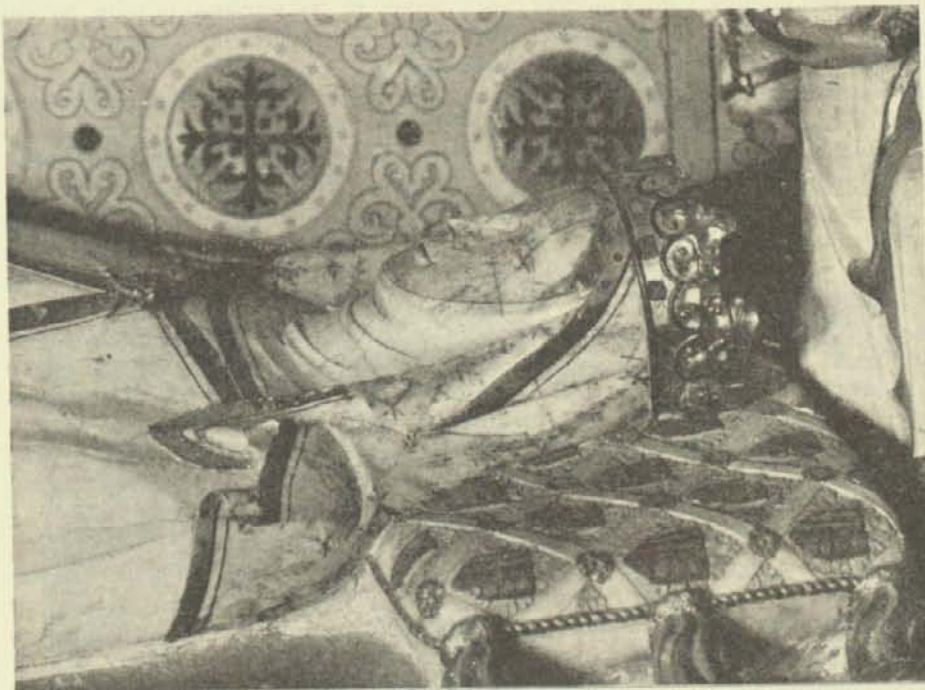
POR A. DE CASTELLBÓ

EL rey Jaime II el Justo contrajo primeras nupcias con doña Isabel de Castilla, matrimonio que se celebró en 1291 y que no tuvo sucesión. Como la reina no contaba más que ocho años, el papa Bonifacio VIII se negó a bendecir la unión de los reyes de Aragón y de Castilla que se había concertado únicamente con miras políticas. La unión duró cuatro años, pasados los cuales Isabel regresó a Castilla tan soltera como lo era al ceñirse la corona de Aragón.

Deseoso Jaime II de atraerse las gracias del pontífice, concertó otro matrimonio que le valiera, al par que la amistad de éste, la de los reyes de Francia y de Nápoles, de los cuales se hallaban distanciados los monarcas de Aragón por los asuntos de Sicilia. El rey don Jaime contrajo segundas nupcias con la infanta doña Blanca, hija del rey de Nápoles, Carlos el Cojo y de su esposa doña María, hija de Esteban V rey de Hungría. Este matrimonio se celebró con solemnes fiestas en Vilabertrán, lugar del vizconde de Rocabertí en Cataluña, el día 29 de octubre de 1295.

Nacieron de aquella unión cinco hijos y cinco hijas. El mayor se llamó también don Jaime y, aunque fué reconocido y jurado como sucesor de la corona y desposado con doña Leonor de Castilla, lo renunció todo en 1319, con aprobación de su padre, para entrar en la orden de San Juan de Jerusalén, muriendo profeso en Tarragona en 1333. El segundo hijo fué don Alfonso, que sucedió a su padre en el trono. El tercero, don Juan, fué arzobispo de Toledo, después de Tarragona y, finalmente, patriarca de Alejandría. El cuarto se llamó don Pedro y fué conde de Ribagorza y de Ampurias. El quinto fué don Ramón Berenguer, conde de Prades.

Las hijas del rey fueron doña Blanca, que casó con el infante de Castilla don Pedro, y que, habiendo enviudado, se retiró al monasterio de Sixena donde acabó sus días; doña Constanza que casó con el infante de Castilla don Juan Manuel; doña Isabel que casó con Federico III, duque de Austria; doña Blanca, abadesa del monasterio de Sixena, y doña Violante que casó



Estatua yacente de la Reina Elisenda de Moncada, en el sepulcro donde reposan sus restos en el Real Monasterio de Pedralbes

con el infante don Felipe de Rumanía.

Don Jaime II contrajo terceras nupcias con doña María de Chipre, celebrándose el matrimonio en Gerona en 1315.

Finalmente el rey contrajo cuartas nupcias con doña Elisenda de Moncada, a la edad de setenta y un años, unión que duró cuatro años, muriendo el rey en 1327.

Elisenda era hija de don Pedro de Moncada, caballero de alto linaje. Su padre era señor de Aytona, y tenía un solo hermano que se llamaba Otón. Es de suponer que consintió en el casamiento únicamente por razón de Estado, pues era tan jovencita, que su real esposo hubiera podido ser, no ya su padre, sino su abuelo.

Queda pues alejada toda idea de un casamiento por amor. Tal vez influyó en el ánimo de la hija de los condes de tan ilustre nombre la ilusión y la vanidad de ceñir su frente joven con la triunfal corona de Aragón. No se sabe si sacrificó, al acceder a ser reina y esposa de un anciano, una primera ilusión de amor. Educada muy severamente, desde muy niña formó el proyecto de cubrir su

cabeza con tocas monjiles y no con una corona real. Debemos imaginarla en su castillo de Aytona, entregada a sus santas aspiraciones, leyendo libros de devoción y adornando con oraciones su inocente vida. Muy entusiasta de santa Clara ¿quiso tal vez renunciar, como ella, a todas las prerrogativas del rancio abolengo de su sangre y entregarse en cuerpo y alma a la pobreza de Cristo?

Sus manos infantiles acariciaban las ricas miniaturas de los libros que relataban las vidas de los santos más conocidos. Las hojas de pergamino temblaban en sus manos. Su pensamiento traspasaba la tierra y el mar, volando hacia la ciudad lejana de Asís donde floreció el admirable santo cuya figura llena toda la Edad Media.

Sea como fuere, Elisenda accedió a ser reina. Tal vez germinó en seguida en la jovencita la idea de una fundación de hijas de santa Clara. Se tramitó legalmente el casamiento y las ceremonias nupciales de la coronación tuvieron lugar bajo las bóvedas de la catedral de Tarragona, el día de Navidad de 1322.

Aprovechó en seguida los breves años de su matrimonio, que no pasaron

de cuatro, para decidir al rey a que aprobase su proyecto de fundación de un monasterio de monjas clarisas bajo la advocación de san Francisco y de Nuestra Señora de los Angeles.

Eligió ella misma el lugar de Pedralbes. Existía allí una heredad que debía aquel nombre a unas piedras calcáreas que había a su alrededor. En un documento autorizado por el obispo Vivas de Barcelona en el año de 991, de la compra de unas tierras a un tal Jauzbert se da cuenta de un lugar de las montañas vecinas que se llama "Terres albes" o Piedras Blancas. Lo que demuestra que cuando la reina Elisenda la eligió para fundar en ella su monasterio, hacía ya algunos siglos que aquella heredad se llamaba Pedralbes.

Convencido el rey por el piadoso entusiasmo de la reina Elisenda, procedió a dar forma rápida a su propósito. En 17 de enero de 1326 adquirió por el precio de 3000 *sous* barceloneses, de Bernardo de Sarriá, caballero, hijo y heredero universal de Romeu de Sarriá, todo el dominio de la heredad y los vastos campos conocidos por Pedralbes.

Se cumplen pues en este, seiscientos años de la fundación de aquel monasterio.

Otorgada la escritura de venta, la reina dispuso que empezaran en seguida los trabajos de construcción, colocándose solemnemente la primera piedra el día siguiente al de la Virgen de marzo. El día de Santa Cruz, 3 de mayo, del año siguiente, 1327, se celebró solemnemente la dedicación del templo y quedaron instaladas, en la parte del convento construida ya, catorce religiosas de la orden de santa Clara, procedentes del convento que ya existía en Barcelona.

El rey Jaime II había asistido al acto de la dedicación acompañado de infantes, obispos, caballeros de la más rancia nobleza, funcionarios y prohombres. Ofició el infante Juan de Aragón, arzobispo de Tarragona y patriarca de Alejandría, asistido de los obispos de Barcelona, Huesca y Vich y del ministro provincial fray Ramón Bancal. En el mismo acto profesaron en la orden de santa Clara seis doncellas de nobles familias catalanas y aragonesas, y en la nueva fundación tomó el cargo de abadesa sor Subirats, la primera abadesa de Pedralbes.

La reina Elisenda, heroína de la fiesta, estaba profundamente emocionada. Era el sueño de toda su vida, la fundación de un piadoso monaste-

rio, como es el sueño de tantas reinas y de tantas damas de rancia estirpe. La reina bella y joven, al lado del viejo rey que estaba a punto de bajar al sepulcro, estuvo llorando durante toda la ceremonia. Cuando las seis doncellas nobles recibieron el velo blanco de las novicias, la reina las envidió. El reposo del claustro la llamaba.

El rey murió el 2 de noviembre del mismo año 1327. La joven viuda no tardó en ejecutar sus piadosos deseos. Hizo construir, adosado al monasterio, un palacete para ella, a fin de no separarse ya más de su Pedralbes. Allí vivió treinta y siete años, tomando parte en todas las prácticas del claustro aunque sin profesar. Se había retirado allí con algunas damas, de su servidumbre. Y empleó todos aquellos años de su vida recoleta en embellecer su fundación, llamando a su lado a los más altos artistas, como mujer de exquisito gusto. Dotó el monasterio de cuantiosas rentas propias, tratando con los obispados de Barcelona y Gerona para la concesión de fincas y de iglesias, tributarias de su regia fundación.

Se retiró al claustro con ella su sobrina Margarita de Moncada, que profesó al cabo de poco tiempo. La reina Elisenda, entregada completamente a las prácticas de devoción y de humildad, asistía al coro y cumplía todas las prescripciones de la regla franciscana. Quería que las monjas la trataran como a una hermana más, no como a reina. Y en esta vida piadosa pasaron los días y los años y Elisenda envejeció rodeada de una aureola de santidad.

Se extinguió su vida el año 1364, entre el dolor de toda la comunidad y de todo el pueblo. Junto a las paredes del monasterio una multitud enorme rogaba devotamente por la salud de la reina. En la iglesia de Pedralbes y en todas las de Barcelona y sus alrededores, se decían misas incesantemente para pedir al cielo su curación. En su celda severa, rodea-

da de toda la comunidad y de sus damas, la reina Elisenda se moría poco a poco. Era un callado atardecer y los rumorosos bosques de pinos de san Pedro Mártir, que rodeaban el monasterio, se incendiaban con el último fulgor del sol poniente. Y en el último rayo de aquel sol el alma de la santa reina subió al cielo, al parpadear la primera estrella.

Su entierro constituyó una triste y regia solemnidad. Figuró en el piadoso cortejo, la flor de la nobleza catalana y aragonesa. Llevaban hachones de cera cien religiosos franciscanos y toda la comunidad de las monjas de Valldoncella, que en aquel tiempo no eran de clausura. En todos los días que duraron los funerales se repartieron a los pobres por disposición de la reina, cuantiosas limosnas.

El maravilloso sepulcro policromado de la reina que se conserva en el monasterio de Pedralbes, es ahora en el sexto centenario de la fundación, objeto de un jubileo continuo.

Situado en el presbiterio de la iglesia, está construido de manera que la mitad da a la capilla interior de la clausura, que se llama "Entierro de la Reina", para que las religiosas puedan recogerse y meditar cerca de sus restos.

Por la parte que da a la iglesia pública la estatua yacente de la reina, de alabastro policromado, vestida con todos los atributos de la realeza, reposa su cabeza coronada sobre un cojín de flecos adornado con las armas de los Moncada.

Por los inmensos claustros del monasterio, por las salas donde se guardan los tesoros de las pinturas murales de Ferrar Bassa, bajo las nobles bóvedas de la iglesia, maravilla de arte gótico, y más allá de la clausura, por la quietud de la plaza cercana debe vagar el alma de la reina fundadora que con tanto amor vió prosperar aquellos lugares y donde duerme el último sueño bajo la bella urna policroma de alabastro secular.



FLORAMIL

PARA ABONAR LAS FLORES

CAJA Pts.1.30

Abonos MEDEM, S. A. Trafalgar, 78 BARCELONA Teléfono 111 S. P.
 OROGUERÍAS Y FLORICULTORES

LA AVENTURA DE MISS BERTHA

POR GUILLERMO DE SANGERMÁN

Ilustraciones de MIRET

(Continuación)

El mar se tiñó de matices encendidos que fueron oscureciéndose y apagándose; por el Este, el cielo parecía azul morado y estaba orlado por la franja luminosa debida al contraste con las aguas ya de color de plomo. Las palabras sueltas, los comentarios, las naderías que se dicen en toda sociedad de personas corteses para no permanecer callados, habían cesado por completo; cada uno sentía a su manera la poesía del ambiente y experimentaba un raro bienestar en aquellos minutos de calma. Casi había cerrado la noche cuando se oyó la voz de Alexis:

—El faro de Porspaul.

Había sido el primero en verle. Los pasajeros se pusieron en pie y se acercaron a la borda de babor; el faro brillaba al Sudeste, pequeño como una luciérnaga, según frase de Hastings, quien, a ruegos de Fanny y Bertha, se encargó de explicar qué tierra era la que se extendía en aquella dirección:

—Es la isla Ouessant, un trozo de roca situado a la vanguardia de las costas de Bretaña para recibir a los navegantes... ¡Oh! al decir «un trozo de roca» no quiero indicar que sea pequeña, ya que tiene catorce kilómetros cuadrados de extensión y dos mil setecientos habitantes; posee dos buenas bahías, la del Stif al Este y la de Porspaul, cuyo faro vemos en este momento al Sudoeste, sin contar la de Beninou, al Norte, a cuya entrada se encuentra el islote Kereller, un nombre bretón de buena cepa. Por lo demás, no es este el único islote que le hace compañía; al otro lado, entre la costa oriental y Bretaña, existe un pequeño mar Egeo, un semillero de naufragios, un conciliábulo infernal de escollos, que seguramente han inspirado más de una conseja a los sencillos bretones... ¡ah!, amigos míos, yo amo los cuentos y lamento no poder contaros ninguno a propósito de tan pintorescos parajes...

—¿Ninguno?—dijo el doctor French sonriendo—eso no es verosímil.

—Pero es exacto. Si no llamáis cuento a la batalla naval librada en estas aguas el 27 de julio de 1778 entre la escuadra francesa al mando de Orvilliers y la inglesa a las órdenes de Keppel y cuyo resultado aún está por averiguar.

—¿Cómo!—exclamó Dewray—¿no se sabe aún que vencimos nosotros?

—Se ignora en absoluto, y a no ser que vos lo probéis...

—¡Lo pruebo!—afirmó el astrónomo con gran seriedad.—Ellos eran franceses,

al regocijo general y acabó por reír con sus compañeros.

A las diez, después de desear a todos



Parecióle realmente que el balanceo era más pronunciado.

nosotros éramos ingleses, luego nosotros ganamos y ellos perdieron.

—¿Eh?, ¿y a eso llamáis una prueba?...

Pero no pudo continuar; su voz quedó ahogada por una nutrida salva de aplausos con que fué acogida la perentoria declaración de sir Constant. Todos se encontraban de buen humor y aprovechaban el incidente para darle curso. Hastings estuvo a punto de amoscarse, si bien su carácter abierto le inclinaba a unirse

una buena noche, Bertha fué acompañada por Fanny hasta la puerta de su camarote; mistress French le hizo algunas recomendaciones para evitar los inconvenientes del balanceo en el lecho, la besó en ambas mejillas y la dejó sola. Lo primero que hizo la joven fué estirar los brazos, arquear el busto y bostezar prolongadamente como un perrillo entumecido por la quietud.

Luego se sentó en el borde de la cama,

desató las cintas de los zapatos, soltó la hebilla del cinturón y quedó inmóvil. Desde que había perdido detrás del horizonte nordeste el faro de la isla Ouessant, sentía una vaga intranquilidad, una especie de añoranza de la tierra, que no se había manifestado antes de la noche. Esta sensación casi penosa acababa de aumentarse al quedar sola en su camarote. Se puso en pie. Parecióle realmente que el balanceo era más pronunciado, recordó que en la noche anterior el yate había estado inmóvil hallándose aún en la rada de Plymouth y sintió que una parte de su energía se había quedado en aquella ciudad.

—¡No importa!, voy a meterme en cama y a dormir tan bien como en mi cuarto de Londres.

Hizo precipitadamente su tocado nocturno, en seguida se acostó dió vuelta al interruptor de la lámpara eléctrica y cerró los ojos. El rumor de la hélice, transmitido por las paredes del camarote y recogido directamente por el oído, resonaba con violencia en su cabeza. Echóse boca arriba. Entonces el balanceo impulsó todo su cuerpo con regularidad,

de un lado a otro del lecho como a un niño en su cuna. Bertha adaptó la almohada al rincón de la cabecera y trató de dormir. No le fué posible: del camarote inmediato, ocupado por sir Constant, llegaba un ruido acompasado y molesto: la joven pensó que debía ser producido por algún objeto suelto en el interior del armario del astrónomo; ¿cómo no lo oía éste? Se explicaba, ya que poco después aquel ruido venía mezclado con los ronquidos sonoros del despreocupado matemático. En tales condiciones, Bertha se sintió completamente desvelada. Abrió los ojos, extrañándose de ver su camarote iluminado por débil claridad. Luego comprendió que aquella luz venía de una de las lámparas que alumbraban el pasillo de babor, sobre la cubierta, filtrándose a través de la cortina de su ventana.

Entonces empezaron a desfilarse por la mente de la joven mil ideas alarmantes. Aquel crujido que se repetía de cuando en cuando y parecía correr de un extremo a otro del buque ¿no indicaría que su quilla se había desajustado?, los escollos que poblaban el mar en los alrededores de la isla Ouessant, ¿no podían extenderse

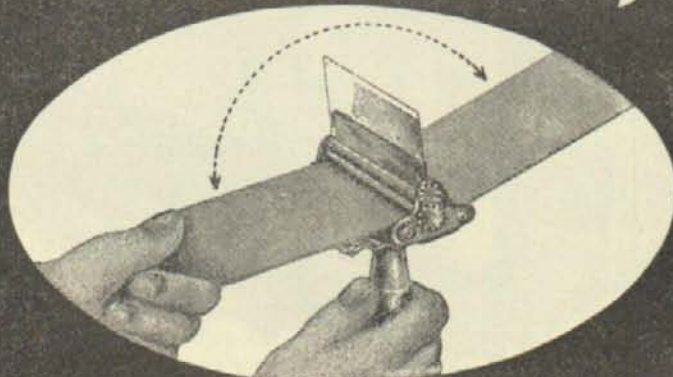
hasta los parajes que el buque recorría en aquellos momentos?, ¿y si se producía un choque? Pocos días antes de salir de Londres, su tío había leído en el *Daily News* el relato de un naufragio espantoso que había causado ochenta víctimas en las costas de Noruega... ¿Qué profundidad podría tener el Atlántico?, era muy variable, naturalmente...

De pronto la joven se sacudió ante una visión espantosa. En el fondo del mar, reposando sobre la arena y con la cabeza apoyada en una roca, estaba ella, Bertha; el agua la rodeaba por todas partes, penetraba por debajo de sus ligeras vestiduras nocturnas, mojaba todo su cuerpo. Estaba muerta y sin embargo sentía un frío terrible que se filtraba en sus carnes... Sentóse de golpe en la cama, se palpó, se miró las manos y las vió débilmente, finas y sonrosadas que surgían de los puños de encaje de su chambrá. Sintió que si seguía echada corría el riesgo de despertarse en aquella horrible posición y dió vuelta al interruptor. La luz le devolvió algunos ánimos. Ahora le parecía que el buque oscilaba menos. El armario de sir Constant tampoco resonaba tanto. Los ronquidos seguían llegando con regularidad y un cierto ritmo que la distrajo un poco. Eran primero confusos, gangosos; luego, se iban aclarando y subiendo de tono hasta hacerse sonoros como un trompetazo para volver en seguida a su punto de partida y así indefinidamente. Aquellos ronquidos le fueron simpáticos, se sentía más acompañada.

Pasaron quince minutos, media hora, una hora; estaba más tranquila, empezaba a sentirse invadida por el cansancio y el sueño, su imaginación se hacía perezosa, los ojos se cerraban, la cabeza se doblaba, y así, sentada en la cama, contra el rincón de la cabecera, con el rostro fuertemente iluminado por la lámpara eléctrica, Bertha durmió siete horas seguidas.

En la madrugada del día siguiente, 26 de septiembre, Henry Adstone, envuelto en su capote y apoyado en la baranda del puente, miraba correr la espuma a lo largo de los costados del *Fearless*, aguardando que amaneciese. Llevaba dos horas de cuarto de las cuatro que le correspondían; eran en aquel momento las cinco y media. A excepción de un corto espacio iluminado por las luces de a bordo, el mar estaba completamente oscuro. En cambio el cielo estaba brillante y el oficial había ya conversado con las estrellas durante algún rato. Con la vista fija ahora en el sector Sudeste del horizonte, esperaba el primer tinte precursor de la aurora. Era éste uno de sus espectáculos favoritos. Aquella sinfonía de matices blanquecinos, pálidos, luego rosados, na-

Máquina de afeitar "VALET" Auto Strop



Ahorra continuos gastos por hojas nuevas

VENTAJAS PRINCIPALES:

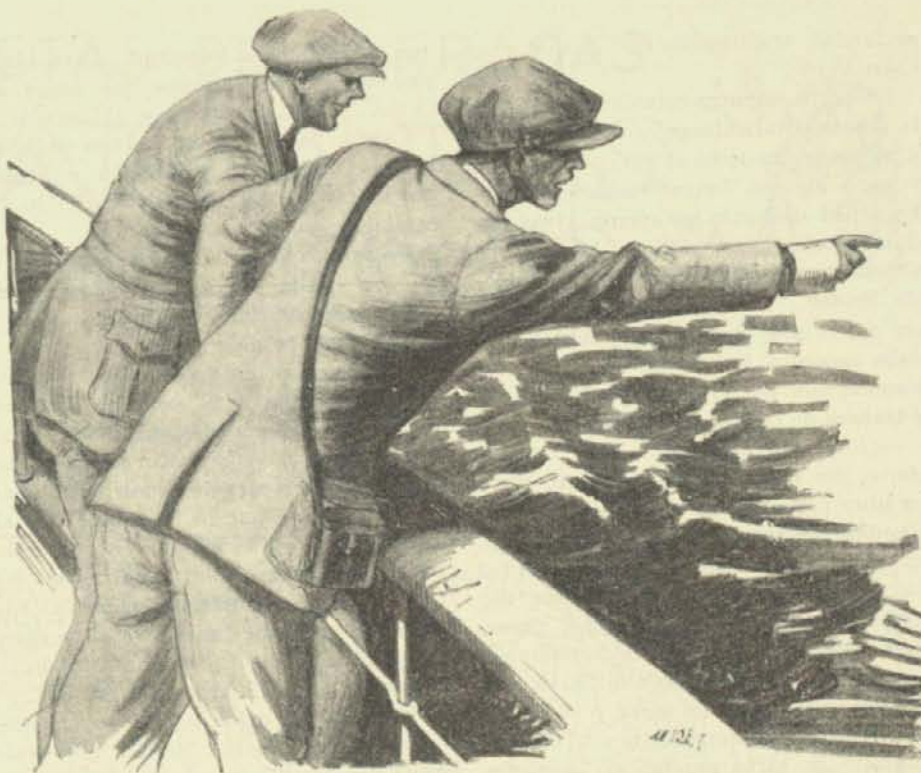
- 1° Dispositivo suavizador que permite dar a la hoja en 10 segundos un filo finísimo sin tener que retirar la hoja de la máquina y sin necesitar ningún aparato afilador especial y costoso.
- 2° Merced a la calidad del acero las hojas pueden servir para 50 afeitadas y más ahorrando un continuo gasto por hojas nuevas.
- 3° La limpieza es sumamente sencilla, no siendo necesario retirar la hoja ni desmontar o desmontar pieza alguna.

Agencia General: HASSINGER, S.A. Balmes, 75 Barcelona

carados, después rojizos, encendidos y por último fulgurantes y dorados, conmovía su corazón. El aire traía de todos los confines del desierto de agua rumores finamente percibidos por el oído ejercitado del marino, el chapoteo ligerísimo de las olas, la lluvia de la espuma pulverizada, el tenue zumbido de la brisa. Traía además vahos intermitentes de frescura húmeda y salina que sus pulmones aspiraban con delicia. Poco a poco empezó a señalarse una mancha cenicienta sobre la línea apenas visible del horizonte, y las estrellas situadas por aquel lado palidecieron ligeramente; en seguida fué corriéndose aquella tinta gris hacia el Norte y hacia el Sur, y el límite de las aguas se marcó con más limpieza; el mar estaba tranquilo y el alba se anunciaba sin nieblas. Pronto surgieron otros matices más calientes y el cielo se tiñó de carmín; algunas nubes inmóviles y alargadas que adornaban el horizonte como los tapices de un dosel, bañaron su cara inferior en aquel destello de rosa, conservando aún sus dorsos grisáceos. Aumentó un poco más la claridad y el fondo de cielo adquirió una transparencia ideal, anegándose en mil fulgores irisados, de incomparable suavidad, tonos verdes, azules, violetas y entre ellos los anaranjados, los carmesíes con reflejos brillantes. Las aguas iban aclarándose, venía desde aquel lado del horizonte un rastro lechoso que se oscurecía al acercarse el *Fearless* y faltaba por completo al otro lado. Pero ya la luz había invadido todo el cielo, las estrellas habían desaparecido en su mayor parte. Los tintes verdosos y azulados fueron disolviéndose en otros más claros e intensos, las nubes se hicieron de nácar, y el mar de plata: blanqueó más aún el horizonte, alrededor de las nubes formáronse haces de rayos divergentes que llenaron el firmamento, pasaron algunos segundos más, y sin poder dominar un estremecimiento, el joven oficial saludó al sol.

Habíase éste elevado ya algunos grados sobre el horizonte, veíanse las aguas cubiertas de millares de puntos luminosos que brillaban un instante con extremada movilidad. Con el día, se había levantado una ligera brisa, la superficie del Atlántico cabrilleaba en toda la extensión que podía abarcar la vista por aquel lado. Todo parecía sumergido en un ambiente de frescura y juventud.

Al aparecer Michaels poco después, halló a su segundo inmóvil, en actitud de suma atención, examinando con el catalejo un punto del horizonte. Sin preguntar nada, sacó Alexis otro antejo



—¡Se queda atrás! ¡Se queda atrás!

de larga vista que llevaba siempre recogido en el bolsillo y en dos saltos alcanzó el puente. Al Noroeste y casi en el límite de las aguas se distinguía un punto blanco rematado en un penacho de humo gris. Michaels reconoció un *steamer* que navegaba en la misma dirección que el *Fearless*; no se advertía en él ninguna particularidad especialmente notable. Michaels tocó el brazo del oficial, que se volvió rápidamente.

—Sí, creo no equivocarme.

—Está bien—repuso Alexis.

Y sin decir más, trepó con la agilidad de un cuadrumano por los obenques del trinquete hasta la verga del ala superior. Desde aquella altura se descubría un horizonte más dilatado. Por otra parte, la posición del sol en aquella hora favorecía la observación. El *steamer* mantenía su rumbo llevando una marcha rápida y sostenida sin ayudarse de su velamen, cosa que además hubiera sido difícil dada la escasez e inconstancia de la brisa. A los pocos segundos, Alexis comprobó que había efectuado una ligera virada, dirigiéndose más francamente hacia el Sur y presentando a la vista su costado de babor. El joven marino pensó desde luego que aquella maniobra no estaba justificada; el mar, tranquilo como un lago y desprovisto en aquellos parajes de bajos y escollos, permitía a los buques de mayor calado navegar directamente sobre el

cabo Finisterre. Cabía suponer que se dirigiese a algún puerto de la costa septentrional de España; en este caso, era sin embargo inexplicable su rumbo primitivo hacia el Sudoeste. Pero aquel cambio de dirección había acortado la distancia que separaba a ambos buques. Veíase ya la chimenea claramente destacada entre los dos palos; podía precisarse que aquella embarcación estaba aparejada como bergantín. Sus formas alargadas y elegantes recordaban las de un yate de regatas. No se veía en sus masteleros pabellón alguno.

—El *Savannah*...—dijo al fin Alexis.

—¡Contramaestre!... rumbo al Oeste—ordenó Adstone.

Y tranquilamente, reposadamente, sin cuidarse poco ni mucho del *Savannah*, comprobó en la brújula la virada del timonel y encendió su pipa.

El objeto de esta maniobra era sencillo: dada la distancia, no era probable que los oficiales del *Savannah* hubiesen puesto en claro el rumbo exacto del *Fearless*. En aquella latitud, la ruta del Africa Occidental no se aparta mucho de la de la América del Sur. Un rato de marcha hacia el Oeste les convencería de que el yate de lord Rowdale se dirigía al Brasil o a Argentina. Luego, gracias a la superioridad de su marcha, el *Fearless* recuperaría el tiempo perdido, y acaso Fer-ton, creyendo a lord Rowdale lejos de

“VIVERT” - Vino natural espumoso - Único sustituto del champán - Blandinieres - Tarragona

su camino, se detendría en Canarias o en Cabo Verde.

En pocos minutos estuvieron ambos a la misma altura; luego, el *Fearless* pasó a menos de una milla al Sur del *Savannah* y ganó algunas brazas hacia el Oeste. En aquel momento se oyeron vivas exclamaciones; la voz chillona de Hastings alternaba con el bajo armonioso del doctor French. Ambos acababan de aparecer por la puerta del pasillo central que daba acceso a los camarotes. El doctor sostenía aún por el brazo al naturalista y trataba de calmar su animación.

—¿Eh?, ¿no os lo decía yo? Me despierto, me siento en mi camastro, tomo un libro para esperar el desayuno, el sol ilumina precisamente la página que leo, un pasaje interesantísimo de Geoffroy Saint-Hilaire, con el cual no estoy del todo conforme entre paréntesis, pasan cinco minutos, ¡y aquel rayo luminoso se traslada a mis pies!... o la luz ha dejado de propagarse en línea recta, o el buque ha virado; creo naturalmente esto último. Consulto la carta aunque mi memoria me aseguraba que en estos parajes tiene el Atlántico una profundidad de doce mil pies: no veo tierra alguna. Estando mis piernas dirigidas a proa y mi camarote a babor, deduzco que el *Fearless* hace rumbo al Oeste!, deducción exacta, puesto

que la brújula la confirma. Pues bien: ¿me diréis qué tenemos que hacer al Oeste?, ¿nos dirigimos acaso al Canadá?...

Cuando supo que se trataba del *Savannah* moderó su excitación y acabó por imitar a todo el mundo, cogiendo un catalejo.

De pronto se volvió, exclamando:

—¡Se queda atrás, se queda atrás!, ¿no lo veis, capitán? dentro de una hora le habremos perdido de vista.

El *Savannah* iba quedándose efectivamente rezagado, y el excelente hombre experimentaba por ello una doble satisfacción. Además de sentir halagado su amor propio, sentía disminuir su inquietud. ¡Sí!, desde que había sabido que el yate sospechoso se hallaba en las cercanías del *Fearless*, John Hastings no estaba tranquilo. Afortunadamente, el *Savannah* no parecía dispuesto a perseguirles. A cada momento iba aumentando la distancia que les separaba de él.

El incidente había atraído sobre cubierta a las pasajeras. Bertha, muy animada por aquella novedad, echó una rápida ojeada a su alrededor, y si bien no advirtió apenas la presencia del *Savannah*, se dió cuenta perfectamente de que lord Rowdale no estaba allí. Las expansiones de su ilustre tío acabaron, no obstante, por atraer también al dueño del *Fear-*

less, que apareció vestido de blanco recién afeitado, y tan joven, al parecer como la misma Bertha.

Aunque Michaels se acercó a él en seguida y le entregó una catalejo con una mano, señalando al *Savannah* con la otra, el noble la había saludado ya con una inclinación de cabeza y una sonrisa. Bertha podía oír perfectamente lo que hablaban los dos hombres; pero hemos de reconocer que no lo escuchó. ¡Lord Rowdale le había sonreído! ¿por qué la turbaba así la sonrisa de lord Rowdale?

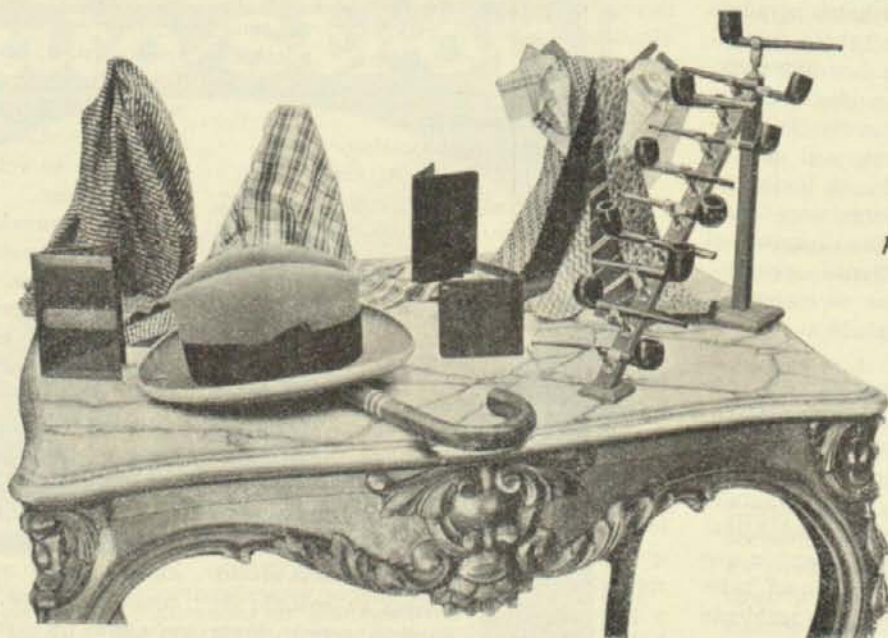
No tuvo tiempo para ponerlo en claro, pues el noble se acercó a ella y le preguntó si le gustaba la vida de a bordo.

—¡Ah, sí, milord! El mar me encanta y... ¡es tan precioso vuestro yate!

—Bien, miss—contestó lord Rowdale, —recuerdo perfectamente la carta en que vuestro tío me exponía vuestros deseos. En aquellos días la expedición debía necesariamente parecer misteriosa; yo deduje de ello que teníais un carácter emprendedor, un genio aventurero... A mí no me gustan las señoritas melindrosas, y cuando encuentro alguna que no lo es, me entran vivos deseos de invitarla, Vais a ver muchas cosas hermosas, miss, muchas bellezas que hablan al espíritu infinitamente mejor que los encajes y las fruslerías...

(Continuará)

Camisería
Sastrería
Sombrerería
Zapatería



La casa
mejor surtida
en artículos
para caballero

Comas y C.^a, en C.^{ta}

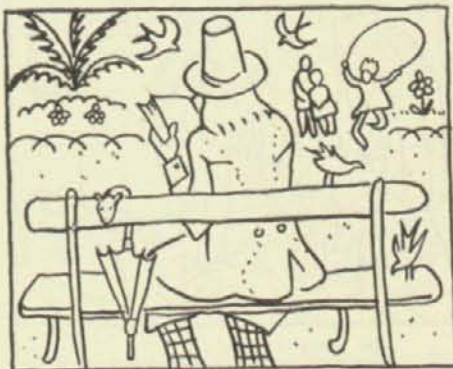
Paseo de Gracia, 2

Barcelona

Ronda de San Pedro, 1

HISTORIETAS DE BARRADAS

EL PARAGUAS GENEROSO



Cuentan del doctor Galeno
—una lumbrera de Francia—
que es tan sabio como bueno,
que por su amor a la infancia
lee y estudia sin freno.



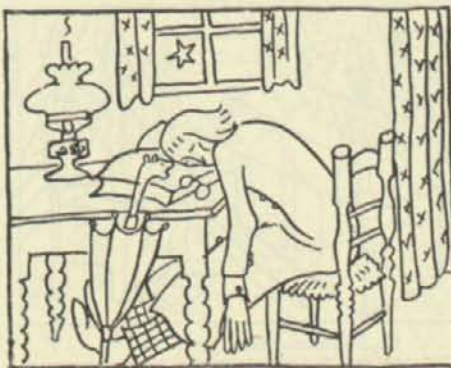
Y tan distraído andaba
que por doquier olvidaba
un Paraguas que tenía,
mas el Paraguas corría
y siempre fiel le alcanzaba.



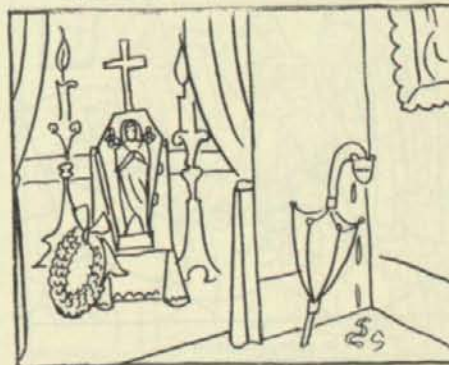
Cada tarde en el jardín
rodeado de chiquillos
les ofrecía un festín.
El barquillero Fermín
agotaba los barquillos.



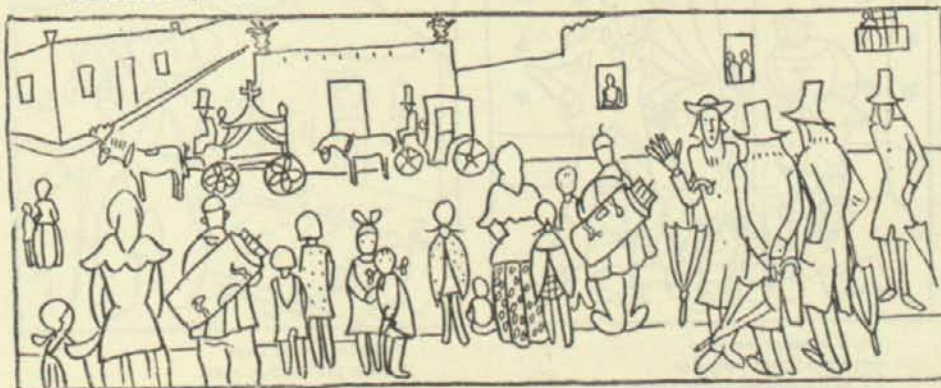
De aquel sabroso manjar
también disfrutar solía
algún pájaro al azar.
Y lo que es más de extrañar:
hasta el Paraguas comía.



Llegó una noche fatal.
Tras un estrago de tos,
en un colapso mortal,
aquel doctor inmortal
entregó su alma a Dios.

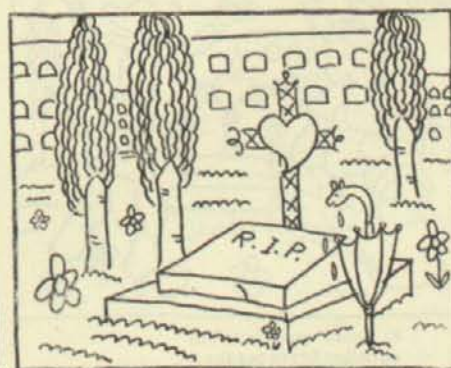


El desconsuelo colmó
al Paraguas afligido.
Toda la noche lloró
la pérdida del amigo
a quien vivo tanto amó.



El sepelio del doctor
fué un acto conmovedor.
Chiquillos y barquilleros
todos quieren el honor
de figurar los primeros.

A rendir a su memoria
los tributos postrimeros
cual merecía su gloria,
acuden sus compañeros
a la casa mortuoria.



Cuando el séquito dejaba
al muerto en el camposanto,
sólo el Paraguas quedaba.
Con su dolor y su llanto
su fidelidad probaba.



Gastón el sepulturero
planta flores mañanero
en la tumba del doctor,
cuando advierte, lastimero,
del Paraguas el dolor.



Y en recuerdo del difunto,
pues la vida le salvó,
piensa guardárselo al punto.
Y si bien se resistió
el Paraguas accedió.



Tenía el camp. santero
un hijo muy aplicado
que estudiaba el doctorado.
El examen venidero
le traía preocupado.



De pronto, al tío Gonzalo,
que habita un pueblo lindante,
se le pone el niño malo,
y a buscar al estudiante
corre veloz, anhelante.



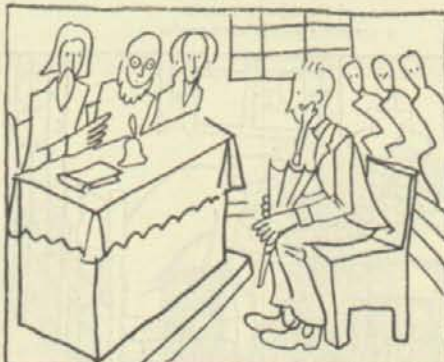
Pero el joven Sinforoso
se resistía a ejercer,
mas se deja convencer.
El Paraguas generoso
coge y echan a correr.



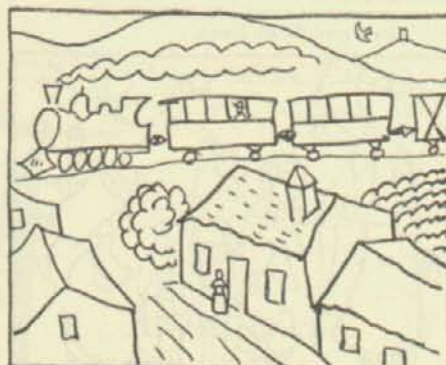
—No basta la voluntad
como no basta el cariño.
Sólo la ciencia es verdad.
—dice el Paraguas, —dejad,
yo sé curar a este niño.



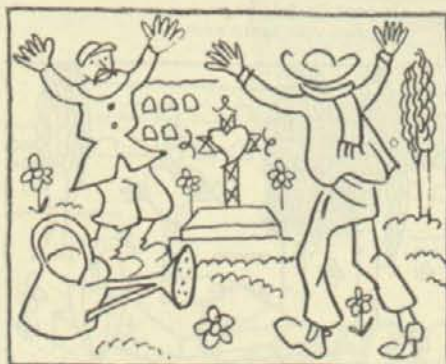
Y ante la estupefacción
de padres y de estudiante,
va a la cuna del infante:
—Está es el sarampión.
Y le recetó un sedante.



En Sinforoso tenía
tal fe y le ayudaba tanto,
que en el examen le guía
como un Espíritu Santo.
¡Lo que el Paraguas sabía!



Tan pronto cundió la fama
del examen prodigioso,
que al regresar Sinforoso,
hasta el tren, veloz, proclama
el éxito venturoso.



El padre, cual cada día
aquellas flores regaba.
Y fué tanta su alegría
cuando a su hijo abrazaba
que al par lloraba y reía.



Pero la sorpresa vino
del modo más singular.
¿Y el Paraguas? ¡Qué pesar!
Se ha perdido en el camino.
¿Quién lo podría encontrar?



El Paraguas se cayó
y yace maltrecho, roto.
Un franchute lo encontró
y en la caja lo metió
y se fué a un país remoto.



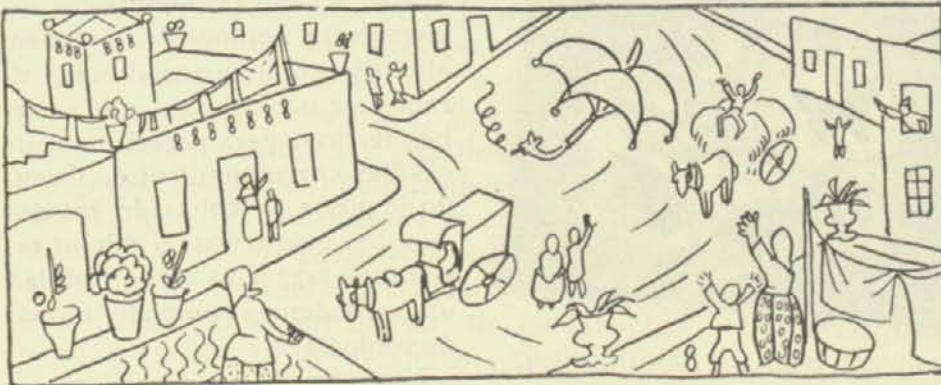
Como es hábil y mañero,
dice: —Yo te compondré.
Tal se portó el paraguero,
que el Paraguas, bullanguero,
levantó el vuelo y se fué.



Tanto el hombre se admiraba
viendo el Paraguas volar
(sin hacer viento) y fumar
el cigarro que él fumaba,
que soñando creyó estar.



Cual paloma mensajera
que el espacio va cruzando,
con dirección tan certera
iba el Paraguas volando,
que la gente vocinglera



pasmada queda mirando
cómo vuela y cómo fuma.
Corrillos se van formando
que crecen como la espuma
y el hecho van comentando.

El Paraguas no se arredra
ante el pasmo popular.
Sabe que el genio no medra
y al novel quiere inculcar
el secreto de curar.



Cuando el Doctor recibía
al Paraguas generoso,
era tanta su alegría
que lo besaba gozoso
y mil cosas le decía.



Y cual precioso amuleto,
el Paraguas, siempre fiel,
del doctor guarda el secreto;
y el doctor, fiando en él
llega a ser sabio y discreto.



Y era tal la devoción
que por Galeno sentían,
que los dos, una oración
cada fiesta le ofrecían
delante del panteón.



El Paraguas generoso
sigue comiendo barquillos,
y viejo ya Sinforoso
cura certero, amoroso,
los males de los chiquillos.



En el próximo número: 3.000 PARES DE DEMONIOS

PEQUEÑO MUSEO DE ZOOLOGÍA



Natural, explotando una de las mayores pasiones de los niños, la de hacer colecciones. Cada cuaderno es un álbum, en el que hay numerosas casillas en blanco. Cada casilla está destinada a recibir la lámina de un ejemplar zoológico, y lleva anexo el texto con su correspondiente descripción y clasificación. En hojas aparte se dan las láminas de los ejemplares zoológicos—preciosísimos y escrupulosos dibujos tirados a cinco colores—que se deben recortar para pegarlas en sus casillas correspondientes. Cuando se posea la colección íntegra de estos cuadernos, el álbum resultante será con toda realidad un verdadero y completo museo de zoología.

La aridez de los tecnicismos y clasificaciones desaparece en esta obra aménisima, pero los niños se van imbuyendo de ellas, sin sentirlo, conforme van recortando las láminas y buscando la casilla que en el álbum les corresponde.

Los niños de nuestros tiempos son los más felices de cuantos en el mundo han sido. Tienen la suerte de que sus padres y maestros se preocupen de sus juegos tanto como de sus estudios, y de que [sea hoy suprema regla pedagógica lo que antes apenas se hubiera atrevido a pedir el chico más desenvuelto: enseñar jugando; convertir la lección en un juego, así como también aprovechar todo juego como medio de enseñanza.

Los editores, por su parte, ante esta moderna orientación de la pedagogía, aguzan el ingenio para poner en manos de los chicos libros saturados de doctrina, pero amables como juguetes.

En este noble intento se ha distinguido siempre en avanzada la Editorial Muntanola con geniales y fecundas iniciativas. Una de ellas, «El Naturalista clasificador», ha sido consagrada por el éxito como insuperable acierto.

De esta obra se ha hecho recientemente una adaptación a un

grado más elemental, con el título de «Pequeño Museo Gráfico de Zoología», y acaban de salir a luz los dos primeros cuadernos.

Este pequeño Museo servirá para iniciar a los niños en el conocimiento y afición a la Historia



AVENTURAS EXTRAORDINARIAS DE MOSQUILLA Y SU PERRO

MOSQUILLA Y SU PERRO EN EL CIRCO

Ilustraciones de SERRA MASANA

BAJO el ardiente sol del mediodía, se arrastraba sobre la blanca carretera, en dirección a la ciudad bulliciosa del dinero, el tren de carromatos de un gran circo.

En el primer carro, como fardos en desorden, se estrujaban los payasos armando algarabía; venía después el camión de los trastos para el montaje de la pista; luego marchaban los elefantes, grandes y pesados; seguían en sus jaulas las focas amaestradas, el tigre domesticado, el cerdo músico, que compartía su habitación con los perritos sabios, y una nidad de loros y cotorras acróbatas y elocuentes. Más atrás rodaba un arsenal de cachibaches, pelotas, mesas, sillas, escaleras y trampolines; por fin el coche del propietario, con su séquito de artistas, y cerrando la marcha, el carro-cocina, echando humo por la chimenea.

La procesión de carros adelantaba lentamente, con un bullicio especial de fiesta y de locura; gritos, silbidos, coplas, rugidos de fieras y graznidos de aves exóticas. Al pasar por cada poblado, un tropel de chiquillos se agregaba a la cabalgata para aumentar aquella orquesta con su disorde gritería. Al cruzar por entre los campos sembrados, las gentes dejaban sonriendo sus labores y saludaban a la tropa con la mano.

Un circo es como una gran caja de música y alegría.

Al anoecer, la cabalgata se detiene y acampa en una llanura, cerca del río, para dar reposo y alimento a hombres y animales. Dada la señal de parada, la gran procesión se encoge y forma un círculo; en medio se desdobra todo el armatoste de la escena, y en tanto que la comida se prepara y se pone la mesa, los actores se ejercitan en sus trabajos. Aquí uno salta, allí otro hace juegos malabares; un muchacho sostiene en equilibrio con la barbilla una larga pértiga; más lejos otro monta un potro joven para amaestrarlo; éste alecciona a un perro; aquel ensaya una curiosa sonata con cincuenta campanas acordadas. En este momento, el circo parece una fiesta de locos.

Así lo vieron aquel día Mosquilla y su perro desde lo alto del monte a donde los había lle-

vado su entusiasmo excursionista. Lejano, pequeño, como un circo de muñecos, bullicioso y dorado por la dorada púrpura del crepúsculo.

—¡¡Es un circo!!—gritó Tom, batiendo las manos de contento—. ¡¡Es un circo de payasos y de fieras!!—Mosquilla, que con sus prismáticos observaba todos los movimientos de aquel tumulto, reconocía en él a sus principales personajes.

—En efecto,—dijo.—Es el gran circo de Rodembac; es el circo de Toni y Bobi; son los de la cuadrilla del gran domador Bertoldi, que han acampado para pasar la noche. Allí descubro los perros cantores y el cerdo musical del célebre Schuter, que tantas veces hemos admirado en nuestras plazas.

—¡A ellos, Tom! Bajemos antes que cierre la noche; les pediremos albergue y nos daremos el gustazo de ver un circo por dentro.

Y a todo correr, y acortando camino por los atajos, en menos de un padrenuestro se plantaron en el extraño campamento.

A la entrada, dos jóvenes payasos se ejercitaban en caminar sobre un mástil sostenido horizontalmente entre dos carros. Pasó uno despacio y serenamente; pero el segundo, con los ojos muy abiertos y los brazos extraordinariamente extendidos en cruz, para mantener el equilibrio, no acertaba a dar dos pasos sin retroceder espantado. A las voces de coraje del primero, logra por fin avanzar sobre la barra; pero al llegar a la mitad, se detiene de pronto, se encoge, tambalea... y cae de bruces sobre la pradera.

Al levantarse con todo el rostro ensangrentado, llora de dolor y de rabia como un niño. El compañero maestro corre en su auxilio y le lava la cara con agua. Entonces nuestro Mosquilla se acerca compasivo, echa mano de su pequeño botiquín de bolsillo, y después de vendarle las heridas, le conforta con un sorbo de coñac de su cantimplora.

Estupefactos y conmovidos los dos payasos ante aquella aparición inesperada, no aciertan ni a dar las gracias; cuando Mosquilla los excusa suplicándoles le presenten al director, a

quien piensa demandar albergue para pasar aquella noche. Y el payaso maestro, y el payaso herido, con toda la cara vendada como un fantasma, seguidos de Mosquilla y su perro, se dirigen al encuentro del dueño de la compañía.

El señor Rodembac, panzudo y congestionado, estaba fumando su larga pipa a la vera



de su coche. Al verlos hizo una mueca desdenosa. Un perrazo negro, que dormitaba a sus pies, levantó de pronto la cabeza, y sin mirarlos y como rutinariamente, dió un par de ladridos de mala gana. Mosquilla, haciendo una reverencia, alargó al director su tarjeta de visita, en la que se leía, a continuación de su nombre, el título de «Sobrino de don Torcuato». Al leer estas últimas palabras el señor Rodembac abrió espantosamente sus ojos inyectados, y agachándose para contemplar mejor a nuestro héroe, dibujó en su cara de luna una sonrisa que acabó casi en carcajada.

—¿Con que es usted sobrino de D. Torcuato Mosquilla?—exclamó por fin con voz ronca.—Sobrino de mi amigo el capitalista, el señor del oro, mi buen amigo y muchas veces millonario!

Y lleno de sincera satisfacción, le tendió la mano. Mosquilla, al sentirse estrujar la suya pequeñita entre aquellos dedos de hierro, no pudo menos de lanzar un prudente quejido. El perrazo negro, que había recibido a Tom con cara de pocos amigos, al ver lo del apretón de manos había vuelto a dormitar tranquilo, concediendo pasaporte al pequeño foraste-

ro para rondar a sus anchas por encima de su cuerpo.

Rodembac hizo sentar a Mosquilla sobre la mesa que tenía delante, y mandó traer cerveza en abundancia para obsequiarle.

—Sepa usted, pequeño señor Mosquilla,—dijo el director,—que su estimado tío es mi banquero hace más de veinte años; a su crédito debo mi fortuna, y por eso me tiene muy obligado. Puede usted disponer, como guste, de toda mi compañía; mándeme a mí mismo como le plazca; pues honor para mí ha de ser poderle servir en todo, como se merece su noble apellido y los lazos de agradecimiento que con él me unen.

Muy de veras agradeció Mosquilla aquella incondicional oferta, y vislumbrando en ella una noche de delicias, levantó el vaso de espumosa cerveza y brindó por la salud y prosperidad del dueño del circo y de toda su compañía.

En aquel momento llegaban delante de la mesa tres hombres corpulentos haciendo cabriolas y dando saltos mortales.

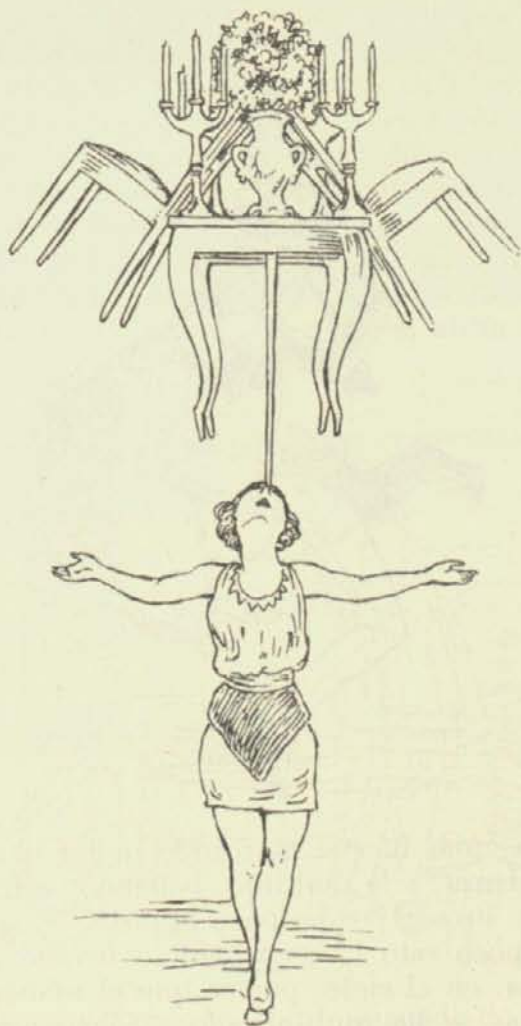
—¿Quiénes son esos?—preguntó nuestro héroe al director.

—Esos,—dijo Rodembac,—son tres hermanos alemanes, gimnastas sin igual en el mundo. El más joven sostiene en su nuca un camión cargado de pertrechos de artillería; el más viejo vuela de un salto por encima de treinta hombres puestos en fila, y el mediano se traga las bolas de billar como si fueran grajeas o confites. Son bestias de carga; y...—añadió en voz baja con cara de judío,—en otra parte se habrían ahorrado la fortuna que en diez años he acumulado yo con su trabajo.

A pequeños pasos llegaba entonces una mujer pobremente vestida, y sosteniendo sobre la frente, en equilibrio, un taco de billar, una mesa, tres sillas, un florero y cuatro candelabros. Con los brazos en cruz, caminaba jadeante, fijos los ojos en el caprichoso castillo de cachibaches.

—Esta es,—dijo Rodembac,—la hija de uno de mis más célebres actores de otro tiempo. Su padre sostenía en equilibrio tres piezas de oro puestas de canto sobre el filo cortante de una espada. Cuando quedó huérfana, pretendió hacerse maestrilla de escuela; pero yo, aprovechando las especiales dotes que heredó de sus antepasados, supe obligarla a seguir en su oficio, para mi provecho.

Pasó la pobre equilibrista en el preciso momento en que del interior de uno de los carros llegaba la plañidera voz de un violín, tejiendo a maravilla una serenata.



—Aquel que allí toca,—dijo Rodembac,—es el compositor húngaro Schuter. En sus mocedades pretendió componer música para el teatro. Un día lo encontré desamparado en medio del campo y casi muerto de hambre; lo llevé conmigo, y se ha aplicado tanto en enseñar solfeo a los animales, que ya no piensa en la gloria de los hombres. Sin mí tendría un nombre quizás; pero ¡quién sabe si podría comer como come entre nosotros!

En esto había cerrado la noche, y su obscuridad se reflejaba en el alma de Mosquilla, entristecida con las pequeñas historias y egoísmos que acababa de oír de labios del propietario sin entrañas.

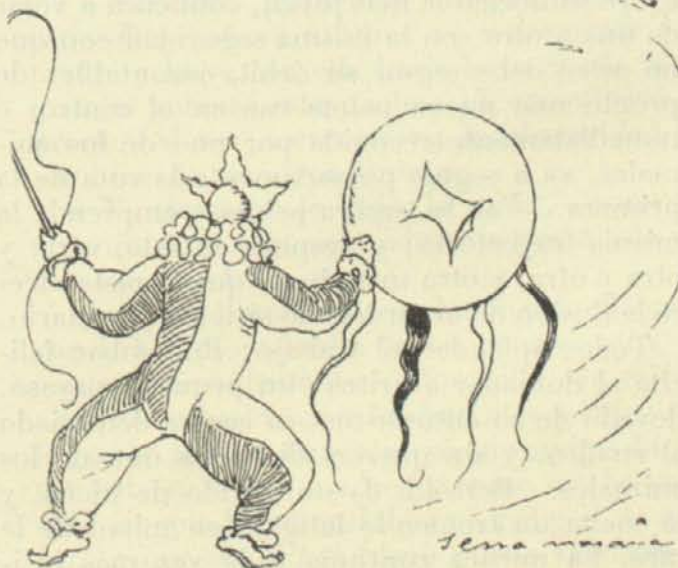
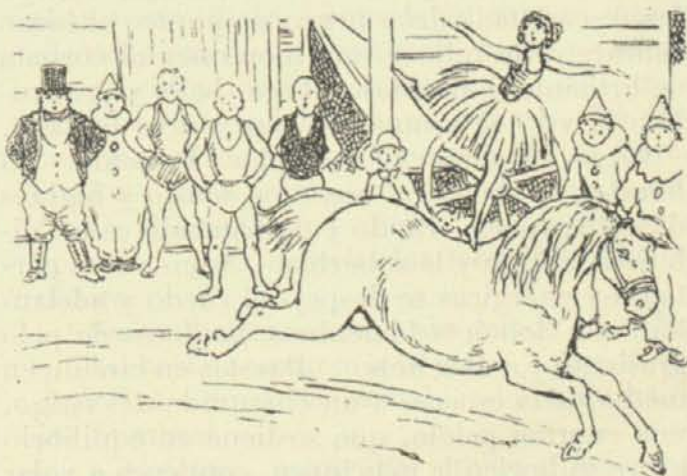
Hasta entonces nuestro pequeño hombre se había figurado que la gente que trabajaba en los circos, prodigando alegría, debía ser la más feliz de la tierra. Lo poco que acababa de oír le había bastado para convencerse de todo lo contrario: y ahora sentía vivas ansias de penetrar en los secretos del corazón de aquella compañía extravagante, indagar sus dolores, y escuchar la curiosa historia de cada uno de sus personajes. Para eso nada mejor que conver-

tirse en uno de ellos y tratar a todos como a camaradas y hermanos.

A este fin, con maliciosas preguntas hechas entre sorbo y sorbo, y fingiendo estar encantado de todo lo que veía, sugirió a Rodembac la idea de ejecutar, después de la cena, un ensayo general, en el que el mismo Mosquilla y su perro serían invitados a tomar parte.

En efecto; acabada la cena, una doble campanada anunció la preparación del ensayo general. Fueron levantadas las mesas, se extendió la alfombra, y bajo la escrutadora mirada de Rodembac, que se había sentado en una poltrona, comenzó el espectáculo.

Ocho grandes lámparas de acetileno iluminaban el escenario al aire libre; encima, millones de estrellas parpadeaban en la apacible negrura del firmamento. Una amazona bailarina hace el despejo de la pista sosteniéndose en equilibrio sobre el lomo de un enorme caballo blanco; baila sobre un pie y da saltos mortales, pasando por el círculo de papel de un aro que sostiene un payaso. El maestro de equitación que la entrena, fustiga con el látigo al generoso bruto. Este, sudoroso,



echando espuma por la boca, galopa dando vueltas al ruedo sin descanso; la pobre bailarina se rinde; pero el maestro grita y gesticula hasta obligarla a reanudar sus piruetas.

Un joven payaso con el rostro enrojecido, increpa al maestro:

—Por envidia la maltratas; eres un perro malvado, Reverti—. Algunos compañeros lo apaciguan; y mientras otros retiran a la pobre amazona desmayada, aparece en escena un tropel de hombres nervudos, arrastrando hasta el centro del escenario un extraño artefacto de metal reluciente. Son los equilibristas que se disponen a realizar sus complicados y peligrosos ejercicios en las barras fijas; pero entorpecidos e idiotizados por el vino, ni uno solo acierta a realizar medianamente su trabajo.

Rodembac, levantándose de su silla, les increpa a grandes voces, a las que ellos contestan despectivos con insolentes y sonoras risotadas. A punto está el director de tirarles la poltrona a la cabeza por su falta de respeto; cuando la oportuna aparición de un clown musical de cuerpo ligero y flexible como una libélula atrae en un momento la atención de todos, sobre la maravilla de su flauta. Viste el músico largo frac escarlata, calzón negro de punto, altísimo sombrero de tubo y una monumental corbata de brillantes colorines. Toca, baila y gesticula a la vez, al compás de una alegre fantasía.

Llega después el domador Bertoldi: un hombre medio fiera, con ojos de oso y bigotes de gato; fuerte, rígido y de fruncido ceño, dibuja la altivez y la soberbia. A sus voces cortadas y enérgicas se despeja el ruedo y adelantan, con donaires femeninos, las focas de pelo grasiento y andar bobo. Puestas en círculo en medio de la escena, a un chasquido del látigo, una enorme pelota, que sostiene en equilibrio sobre su hocico la más joven, comienza a volar de una a otra con la misma seguridad con que un astro debe seguir su órbita inmutable; de pronto una nueva pelota cae en el centro, e inmediatamente recogida por uno de los animales, va a seguir pausadamente la ruta de la primera. Cae la tercera pelota y emprende la misma trayectoria; y después de ésta, otra, y otra y otra, y otra más, hasta que la pista ofrece la ilusión de un ordenado sistema planetario.

Todos aplauden el trabajo; Rodembac felicita al domador a gritos; un pequeño payaso, llevado de su entusiasmo, se acerca demasiado al cuádro, y sin querer, distrae a uno de los animales. Bertoldi da un rugido de hiena, y le suelta un tremendo latigazo en mitad de la cara. La música continúa cada vez más insi-



nuante, más fuerte, marcando mejor el ritmo de la danza; y la multitud, bailando ya francamente, invade poco a poco la pista.

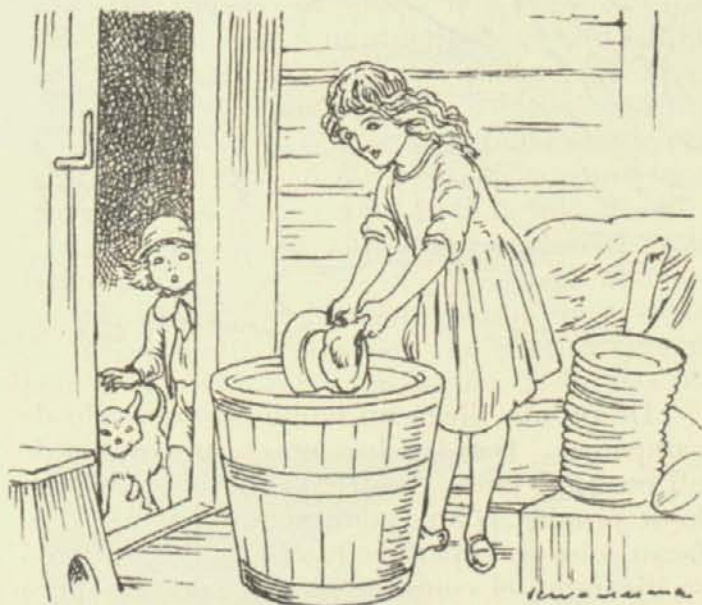
Al poco rato la oscuridad lo invade todo; encima, en el cielo, parece que el número de estrellas se ha multiplicado. Sólo se oye el respirar jadeante de Tom, que con un palmo de lengua fuera de la boca, mira sin ver y agita las orejas sin oír, como alocado.

En esto, un sordo ronquido del perro, viene a distraerle. Del interior de uno de los carros, se filtra aún la mortecina luz de una vela encendida. De puntillas se dirigen hacia ella; llegan, escuchan. Dentro, se percibe un rumor apagado de platos que chocan. Empujan suavemente la puerta. Una niña de siete años, pobremente vestida, arremangada sobre un anchuroso cubo, lava la vajilla de la cena. Al ver entrar a sus visitantes, los recibe sin sobresalto, con una sonrisa clara, de amiga, como si los hubiese conocido siempre. Se seca rápidamente las manos, estrecha la de Mosquilla, hace una caricia a Tom, y dice simplemente:

—Me llamo Alicia. Cuando os vi llegar al campamento hubiera querido ir a saludaros; pero como estábais con el Sr. Rodembac, me dió miedo de acercarme, porque el director me recibe, las más de las veces, a puntapiés.

Y diciendo esto, con gran soltura y donaire, pone dos taburetes *vis a vis*, y les invita a sentarse.

Nuestro Mosquilla, sorprendido por aquella ingenua familiaridad de la desconocida, se quedó mirándola unos momentos en silencio, con el corazón sobresaltado. Tenía Alicia una frente nítida como la luna; abundante cabellera de oro, ojos negros y brillantes, boca sonriente y un pétalo de amapola en cada mejilla. Hablaba precipitadamente, frunciendo el entrecejo y apretando los labios en un gesto como de disgusto. Al callarse, abría los ojos



desmesuradamente, como asustada de sus propias palabras.

Nuestro Mosquilla le preguntó por su oficio y la causa de encontrarse trabajando allí a tales horas. Ella le contó que era hija de aquella pobre malabarista que al llegar habían visto sosteniendo en equilibrio aquel castillo de chimbolos, sobre la frente; que Rodembac las hacía trabajar en la limpieza de la ropa y de la vajilla: que cuando su madre caía rendida de cansancio, ella continuaba sola la faena, y que en ésta, a veces, le sorprendía el sol del nuevo día. Que su madre se quejaba a Rodembac con frecuencia; pero que aquel le respondía con amenazas de dejarlas abandonadas en mitad de la carretera si no se conformaban; que era la única niña del circo, y que no tenía más amigo en él, que al tigre.

—¡Cómo el tigre!—exclamó Mosquilla. Tom, por su parte, dió un pequeño salto, espantado.

—Sí, sí, el tigre,—afirmó Alicia.—¿Es que no le conocéis aún? Este animal es la única criatura buena que nos acompaña.—Y prosiguió con entusiasmo.—Le llaman King, que quiere decir rey; es dulce y cariñoso como un gatito; sabe hablar y reír, y mira con ojos tier-

nos, como los de un cordero. Todos le temen, pero a mi madre y a mí, como le servimos la comida, nos quiere mucho y nos lame las manos. Venid, que os lo presentaré.

Y diciendo esto, se levantó, y de un salto se plantó fuera del carro.

Mosquilla y Tom la siguieron maquinalmente. En el extremo opuesto del campamento, con la cabeza apoyada contra las rejillas de su jaula, y una pata colgando fuera, el gran tigre dormitaba. Cuando lo distinguió Alicia, obligó con un gesto a sus amigos a caminar de puntillas; cortó un largo tallo de la pradera, y alargando el brazo, tocó suavemente con la espiga la nariz de la fiera. Al sentir el cosquilleo, el tigre abrió pausadamente un ojo; vió a Alicia, y sin moverse, como haciéndose el desentendido, con un certero movimiento de su lengua, arrebató la espiga y la retuvo con los dientes. Alicia soltó una carcajada; el animal levantó la cabeza y la sacudió alborozado. La niña avanza cautelosamente para asir de improviso el tallo que asoma por entre los barrotes; pero el tigre, astuto y ágil, se retira de un salto y la deja burlada.

Lo que acababa de ver, bastó a Mosquilla para tranquilizarse completamente en presencia del animal y considerarlo desde aquel momento como un nuevo camarada. A Tom, en cambio, le quedaba algún reparo. La larga cola movediza de aquel tigrizo seguía inquietándole; pues por bueno y manso que fuera el felino, bastaría una caricia suya, con aquel apéndice, para hacerle dar tres volteretas por el aire.

Sin embargo, avanzó sin miedo, con Mosquilla, hasta acercarse a la jaula. Y... ¡oh prodigio! el animal estaba hablando como hablan los hombres.

—Créeme, pequeña amiga Alicia,—decía.—Huye ahora mismo; ve a despertar a tu madre y huye con ella hacia la montaña si no queréis perecer esta noche.—Y enmudeció de pronto, al ver acercarse en la obscuridad las sombras de nuestros amigos.

—No temas,—le dijo la niña;—son dos amiguitos míos que casualmente pasan esta noche con nosotros.

El tigre, iluminando a los recién llegados con la luz que manaba de sus propios ojos, los contempló un instante. Mosquilla, sin miedo, adelantóse hasta tocar los barrotes y dijo:—Sí hermoso hijo de Bengala; yo soy amigo de Alicia y de su buena madre; y como me ha parecido oír que les anunciabas un peligro, te conjuro a que me digas cómo puedo salvarlas.

Al escuchar estas palabras el tigre agachó la cabeza, lamió cariñosamente las manos de su interlocutor, y sentándose pesadamente, después de cerciorarse de que nadie más les escuchaba, con voz apagada prosiguió diciendo:

—Esta noche van a asaltar el carro de Rodembac unos malvados, para vengarse de sus egoísmos y de sus malos tratos. Aquí mismo, debajo de mi jaula, se ha tramado el complot. Los cabecillas son Bartoldi y los gimnastas alemanes; la consigna era incendiar el carro de la cocina, y aprovechando la confusión que se origine, asesinar al director y a sus adictos, para robar después el oro que llevan en sus cajas. Los conjurados se han dado cita para las doce en el ángulo del campamento más próximo al río.

Al oír esto Mosquilla, sintió que se le enardecía la sangre. Tom comenzó a dar vueltas, husmeando silenciosamente con la cola tiesa y las orejas erizadas. Huir, sería bajeza, y Mosquilla no había huído nunca ante el peligro. Por otra parte, su deber era salvar a todos, aún a los malos, después de haberles dado su correspondiente lección y merecido. Todo esto lo consideró Mosquilla en un instante; después respiró fuerte, se quitó el sombrero, y acercándose el índice a los labios, dijo: —Meditemos.

Tom se sentó frente a él, como lo merecía el caso. Después de un angustioso silencio, la pequeña Alicia exclamó con voz entrecortada: —Pero, ¿qué hacer?—Mosquilla contestó sentenciosamente: —Vigilar, prevenir, luchar, vencer.

Al oír esto, el tigre se levantó estupefacto. Alicia se agarró a la reja para no caerse al suelo. Tom dió una de sus volteretas en señal de alegría.

—Iremos inmediatamente a sorprender a los juramentados—añadió Mosquilla—; King debe ayudarnos, protegiendo nuestra pequeñez contra aquel que ose plantarnos cara.

Abrieron la jaula, bajó de ella el tigre, y los cuatro se dirigieron al lugar de cita de los conjurados. Arrimados a un carro, sepultados en la obscuridad y conteniendo la respiración, esperaron la hora señalada.

Allí cerca, se deslizaba lento y silencioso el río, como un camino fosforescente; sólo aguzando el oído se lograba percibir el tenue murmullo de las aguas al rozar con el margen pedregoso. En la orilla opuesta se alzaba sombría la montaña por donde nuestros héroes habían descendido. En lo alto, un árbol altivo dibujaba su negra silueta sobre el brocado de estrellas.



De pronto, llega un tañido acompasado de campanas. Dan las doce en el campanario de un pueblo lejano, y entre un rumor intranquilo de pisadas, cuatro sombras humanas se destacan sobre la superficie luminosa del río; sólo se distingue el contorno de los cuerpos, pero se les reconoce. Son los tres gimnastas y Bartoldi, que avanzan agitados y con misterio; el uno lleva una tea apagada en la mano, el otro un cubo. De pronto nace entre ellos una estrella rojiza, que los ilumina a todos.

A un gesto de Mosquilla, Alicia, Tom y el tigre se encogen para no ser descubiertos, y nuestro héroe, avanzando risueño, con naturalidad, como si llegara de un agradable paseo, saluda a los cuatro energúmenos con un alegre y sonoro «Buenas noches».

Los cuatro hombrazos dan un paso atrás, sorprendidos; el de la luz se agacha para ver mejor al recién llegado. Al reconocerle, no saben si reír o si enfurecerse, hasta que Bertoldi contesta con reticencia: —Mejor sería que se fuera a acostar el pequeño señor Mosquilla, si quiere librarse de los mordiscos de alguna serpiente o de algún alacrán.

A lo que Mosquilla responde sin inmutarse: —No temo a la serpiente ni al alacrán, ni a los hombres malos—. Y añade en voz baja e insinuante:

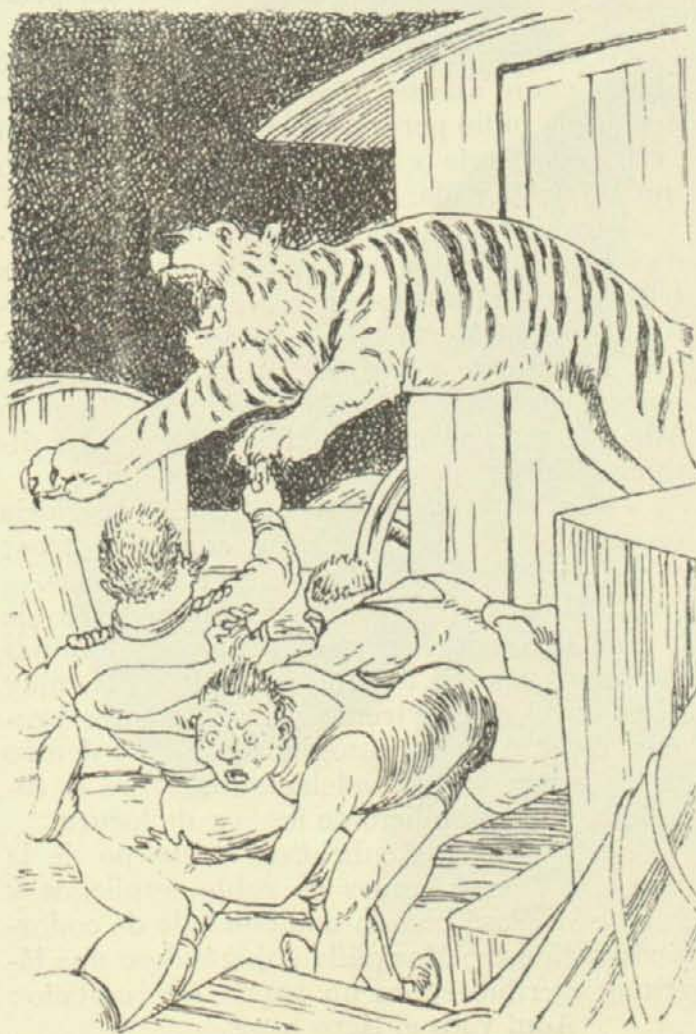
—Conozco vuestros planes; sé que pretendéis incendiar el carro de la cocina para robar a Rodembac su oro, y vengo a recriminaros, y a llamaros perros y traidores. Vuestros designios son hijos del vino y de la ira que anida en

vuestro corazón; porque os sentís fuertes ante los hombres, no teméis a Dios; pero yo os digo que si osáis dar, en vuestro plan, un sólo paso, yo os he de hacer retroceder y castigar como si fuéseis mosquitos.

Un gesto de revuelta conmovió la misteriosa junta; resolló la ira en la garganta de los cuatro incendiarios; pero, como si aún quedara en ellos un átomo de conciencia, no se les ocurrió más que esta excusa:

—Rodembac, es quien nos roba a nosotros—clamaron a un tiempo.—A mí—dijo uno—, en garantía de un pequeño préstamo, me retiene hace seis meses la soldada. —A mí—dijo otro,—me obliga a trabajar hasta reventar. —A mí—añadió Bertoldi con una voz extraña y casi dulce,—me mató la hija, al obligarla a saltar desde lo alto del toldo del gran circo.

Al escucharlos, Mosquilla sintió un revuelo de furias dentro del alma. Le parecía encontrarse en un desierto, en medio de bestias fe-



roces. Todos eran malos. ¡Todos menos King, el tigre cariñoso! No se le ocurrían razones an-

te aquella lucha a muerte de odios humanos, y así permanecía cabizbajo, cuando un resuello de Bertoldi le hizo levantar los ojos. Los cuatro forajidos adelantaban hacia él, con los brazos en alto, en actitud de ir a estrellarlo contra el suelo. En aquel mismo instante, un rugido sordo, siniestro, aterrador, cortó el aire. Era el tigre King, que saltando por encima de nuestro hombre, acababa de arrojarle sobre sus agresores. Un alarido de terror resonó en la llanura; mil voces se levantaron en el campamento; entre el tumulto sonó un tiro seco, frío. Siguió un minuto de angustioso silencio.

Al poco tiempo de empezar a salir, medio desnudos, los que en los carros dormitaban, y corriendo y murmurando en tropel por la pradera, se pedían mutuamente explicaciones de lo sucedido. Entre ellos, el clown músico brincaba alarmado como un saltamontes. Rodembac, con expresión tétrica, llegó medio envuelto en la piel de oso de su cama, cuando apareció Mosquilla con las manos altas, recomendando serenidad a todos; y ante la expectación general, explicó de esta manera lo sucedido:

—Fué—dijo—, que mientras tomaba el fresco, observé como una partida de bandoleros se acercaba sigilosamente al campamento, con teas encendidas y puñales lucientes en las manos. Como eran muchos, pedí auxilio a los tres gimnastas y a Bertoldi, y entre los cinco acabamos de ponerlos en precipitada fuga.

Y dirigiéndose al director, continuó:

—De manera, señor Rodembac, que quedas obligado a recompensar los servicios de estos cuatro hombres, que te han defendido, dándoles a cada uno el doble de aquello en que puedes haberles perjudicado durante el tiempo que para tu provecho han trabajado.

Rodembac accedió con la cabeza, aturdido y miedoso como un niño.

—En cuanto a mí—prosiguió Mosquilla—, espero que sabrás también pagarme por haberte salvado.

Rodembac, en presencia de todos, sólo pudo balbucear:

—Pide lo que quieras.

A lo que contestó Mosquilla:

—Quiero llevarme conmigo a la pequeña Alicia y a su madre.

Al oír el asentimiento del director, la pobre malabarista sollozó de alegría, abrazada a su hija. Bertoldi y los gimnastas cruzaron sus miradas estupefactos, con cara de buenas personas. Tom aulló unas seguidillas, como si le asaltara de nuevo la locura.

* * *

A todo esto, el tigre King había desaparecido. Por más que lo buscaron, ni en la jaula,



ni en la cocina, ni en los otros carros pudieron dar con él; hasta que Tom llegó jadeante, anunciando que había visto sangre y percibido el rastro de la fiera perdida. Mosquilla, Alicia y la pobre malabarista salieron en su busca, guiados por el perro, camino de la montaña. A la orilla del río, entre verdes arbustos tintos en sangre, lo encontraron tendido, con los ojos cerrados. Alicia fué a acariciarle, y el tigre, al verla, le dijo:

—Te esperaba, Alicia. Estoy desangrándome; el tiro me hirió en el pecho, cerca del corazón.

Mosquilla le vendó la herida, con la habilidad de un médico, y dándole a beber agua con azúcar, logró reanimarlo de tal manera, que al poco rato el animal pudo levantarse y empezó a andar lentamente.

Un rayo de alegría iluminó a todos con la esperanza de haberle salvado. Les podría acompañar también King en la marcha. Tom le acariciaba las patas con la cara. Alicia le abrazaba con los ojos humedecidos de lágrimas.

El sendero que habían de seguir era blanco, y aun en la obscuridad se dibujaba, serpenteando graciosamente hasta lo alto. Por un puente de troncos franquearon el río, y muy despacio, la pequeña comitiva empezó a trepar por la apacible ladera de la montaña.

La primera luz de la aurora dibujaba en el horizonte una faja de oro; el aire fresco y leve de la madrugada, removía dulcemente las hojas de los árboles; un coro de pájaros co-

menzaba a entonar la canción de la mañana. En tanto que la luz crecía, los fugitivos seguían ascendiendo. El valle aparecía ahora lúgubre y medio borrado por la niebla, que a grandes oleadas iba inundándolo, como si quisiera robarle la luz del nuevo día.

A la mitad del camino, King, fatigado, tuvo que reposar. Sus ojos, inyectados por la fiebre, expresaban el dolor de la muerte. Resollaba como si se ahogara. Bajo su hermosa piel de rey, se percibían los latidos de su corazón.

En un esfuerzo de fiera, logró por fin levantarse de nuevo y seguir el camino hasta la cima.

Allí, al pie de aquel mismo árbol que por la noche percibiera Mosquilla dibujando su perfil sobre el brocado de estrellas, descansaron todos, y nuestro hombre expuso sus proyectos. La malabarista sería nombrada ama de llaves en la hacienda de su tío don Torcuato. La pequeña Alicia se haría amiga de la prima Rosario; y a su tiempo, podría hacerse maestra, ya que su madre no había logrado serlo. Al noble King le darían el oficio de guardián del palacio, y todos vivirían, felices y contentos.

Al oír estas palabras la pequeña Alicia lo abrazó como una hermana. La madre, enternecida, le pidió permiso para darle un beso. Al verlo Tom, reía y lloraba. King era el único que no decía nada.

Yacía inmóvil, rígido, con la cabeza estirada sobre la tierra, la boca entreabierta y los ojos tristes; corrieron en su auxilio, pero era ya inútil...; moría. Moría por haberlos salvado a todos. El valiente y cariñoso King no podría seguir más el camino de la esperanza. Cuando Alicia le acarició la frente, éstas fueron las últimas palabras de su noble amigo:

—Yo no tengo, pequeña Alicia, la gloria prometida de una vida mejor, como vosotros; pero muero feliz, en el cielo de tus caricias.

En aquel momento, desgarrando el velo de la niebla, el primer rayo de sol vino a iluminar el pintado cuerpo del animal caído. Allá muy lejos, en el otro extremo del valle, entre brumas, el gran circo, recogido de nuevo dentro de los carros, seguía adelantando sobre la carretera, con su bullicio de fiesta y de locura.

Nuestros amigos cubrieron el cuerpo de la fiera con frescas ramas de roble, espliegos y tomillos. Pasó piando una bandada de codornices, y nuestro Mosquilla enjugándose una lágrima, escribió sobre un papel, este epitafio:

Aquí yace el tigre King,
Amigo y salvador de los niños;
Hablaban como los hombres
Y obraba mejor que ellos.